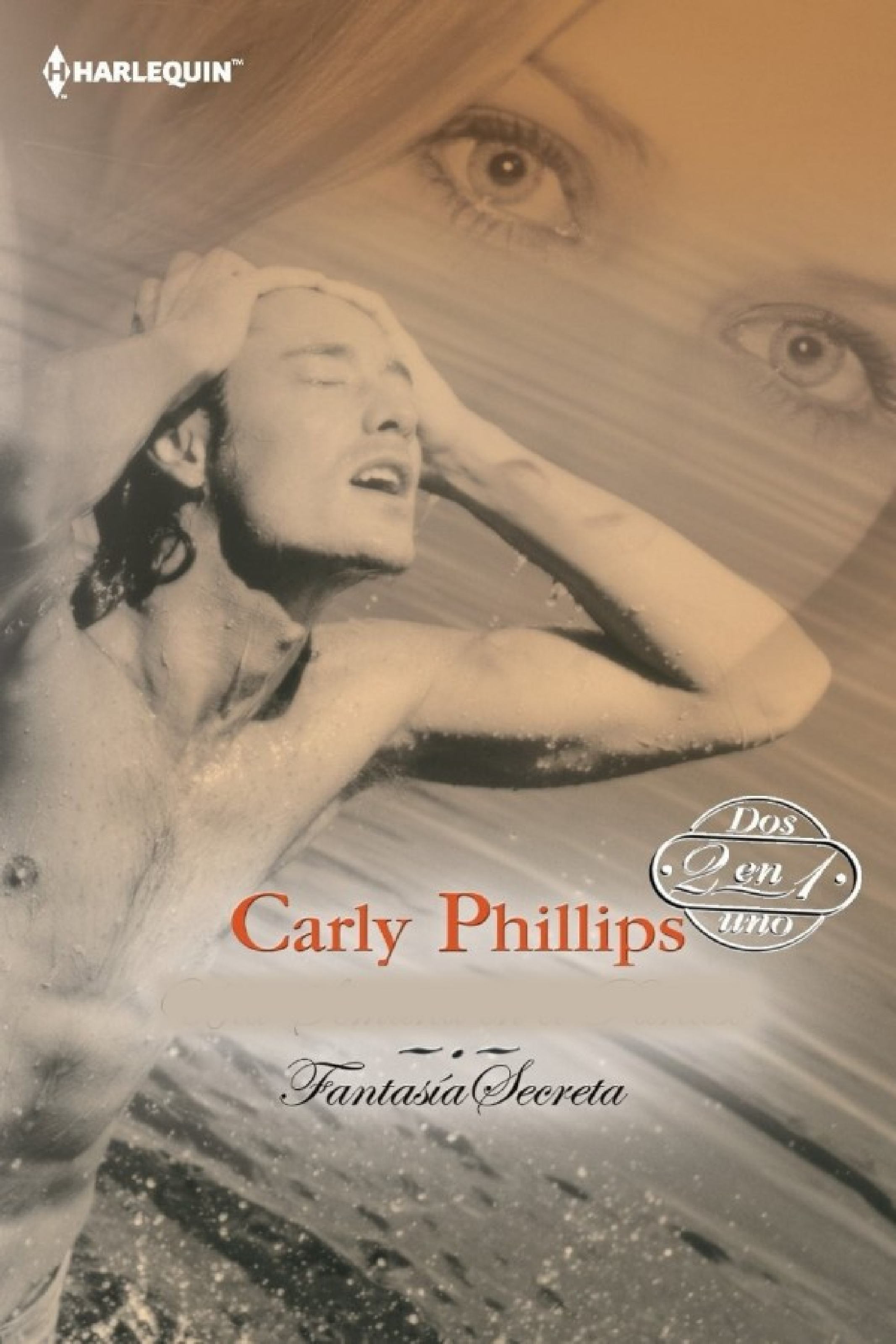

HARLEQUIN
Dos
2 en 1
uno
Carly Phillips
Fantasía Secreta

Carly Phillips



Serie Multiautor Fantasías Inc, 2

Fantasía secreta

Prólogo

Merrilee Schaefer-Weston examinó el expediente que le acababan de poner encima de la mesa. La carpeta que tenía en la mano contenía información sobre Juliette Stanton. Sus preferencias, su talla e incluso su número de pie. Todo lo necesario para preparar y hacer que la fantasía de una mujer se hiciera realidad.

Juliette Stanton, conocida también como la «*Novia a la fuga* de Chicago», era una figura pública gracias al escándalo que rodeó su boda, que nunca se llevó a cabo, y la ilustre reputación de su padre, que era senador. En la actualidad, Juliette era cliente de Fantasías, Inc.

Merrilee leyó la primera pregunta que les hacía a todos sus clientes, aunque conocía las palabras de memoria. *¿Cuál es su fantasía?*

La respuesta siempre era algo vaga. En el caso de Juliette Stanton había sido:

> Experimentar el lujo de que me atienda y me mime un hombre muy especial. Sentirme deseada, ser el centro de su universo y así poder olvidar el dolor de un compromiso roto.

Efectivamente, de aquello era de lo que se ocupaba Fantasías, Inc. Los cuatro lujosos complejos turísticos de Merrilee, situados en cuatro islas de los cayos de Florida, habían sido creados con el propósito de hacer que los sueños, los deseos y los anhelos de sus clientes se hicieran realidad.

Aunque Merrilee podría darle a Juliette simplemente lo que deseara, siempre trataba de ir un paso más allá y darles a sus clientes un final más feliz del que ella misma había podido disfrutar.

De repente, alguien llamó a la puerta. Su cita de las diez había llegado.

—Entre.

La puerta se abrió y un hombre, alto e imponente, entró en el despacho.

—¿Señor Houston? —preguntó Merrilee. Cuando el recién llegado asintió, ella lo invitó a pasar con una inclinación de la cabeza—. Me llamo Merrilee Schaefer-Weston. Bienvenido a Fantasía secreta. ¿Ha tenido un buen vuelo?

—Perfecto —respondió él mientras se acomodaba en la butaca

que había frente al escritorio. Entonces, le dedicó una encantadora sonrisa—. Llámeme Doug.

—Supongo que tienes una fantasía que quieres ver hecha realidad, ¿no?

—¿Acaso no la tiene todo el mundo?

—Gracias a este negocio, he descubierto que así es. ¿Preferirías ver primero la isla antes de contarme la tuya? —sugirió Merrilee.

Había notado cierta timidez en su cliente.

—No —dijo él, rebulléndose en el asiento. Parecía incómodo—. Soy reportero del *Chicago Tribune*.

—Prosigue, por favor —dijo Merrilee, para animarlo.

—Acabo de salir de una relación que acabó muy mal. Durante los dos últimos años, estuve con una mujer, pero no estaba listo para comprometerme. Por supuesto, no se lo dije —explicó mientras se alisaba sus negros cabellos con la mano—. Yo creía que las cosas iban bien… pero las apariencias pueden ser engañosas.

—Y las relaciones pueden ser complicadas y algunas veces desagradables.

—Veo que lo comprende.

Merrilee asintió. Lo comprendía mucho más de lo que Doug podía llegar a imaginar. Se miró el delicado anillo de oro y rubíes que llevaba en el dedo anular de la mano derecha, un símbolo del amor del que había disfrutado demasiado brevemente y que había perdido como resultado de la guerra de Vietnam. Su vida no había salido tal y como había planeado, sino que, como en la mayoría de los casos, el destino había tomado las riendas.

—¿Cómo se relaciona tu pasado reciente con tu deseo presente?

—Mi ex y yo compartíamos negocios y placer. Nos divertíamos y, como ella estaba bien relacionada en ciertos círculos sociales, yo confiaba en la información que ella me proporcionaba.

—Me parece deducir que ella no era de fiar.

—Lo fue hasta que me preguntó de repente cuándo estaría listo para casarme con ella. Yo no lo estaba. Ella pareció aceptarlo bien, o por lo menos eso fue lo que yo creía. Decidió que la estaba utilizando y me dio información que, inexplicablemente, yo ya no pude confirmar. La típica mujer afrentada.

—¿Y es cierto que la estabas utilizando?

Él hizo una pausa, pensándose la respuesta. Por fin respondió.

—Por aquel entonces, yo hubiera dicho que no, pero ahora, pensándolo bien, supongo que la mitad de la emoción de la relación era el acceso personal, más que el profesional, que ella me dio a ciertos círculos sociales y a las personas a las que yo quería dejar al descubierto.

Merrilee apreció aquella muestra de sinceridad y asintió.

—Y ahora estás aquí. Entonces, dime, ¿cuál es tu fantasía?

—Compensar por lo que he hecho. Necesito ser capaz de mirarme en el espejo. Necesito saber anteponer las necesidades de una mujer a las mías.

—Entonces, me estás pidiendo que…

—Que me emparejes con Juliette Stanton, la *Novia a la fuga* de Chicago. Sé que ella ha hecho una reserva para venir aquí.

—¿Y cómo sabes eso? —preguntó Merrilee, entornando la mirada. Si se había tomado las molestias de vigilar a Juliette Stanton y descubrir información que otros reporteros no habían podido averiguar, los motivos de Doug sólo podían acarrearle problemas a Juliette y a ella.

—Un soplo de alguien que sentía que necesitaba saberlo. Mira, esa historia que te acabo de mencionar implicaba al prometido de Juliette Stanton. Me cuesta mucho creer que fuera una coincidencia que ella lo dejara plantado en el altar. En los círculos de cotilleo están intentando dejarla en ridículo y en las emisoras de radio se están haciendo concursos sobre por qué huyó. Mi instinto me dice que esa mujer está sufriendo y que yo soy la causa. Quiero ayudarla a superarlo.

—¿Y tus instintos periodísticos? ¿Cómo sé yo que no estás buscando descubrir su historia como el resto de los reporteros que lo están intentando? ¿Cómo sé que no utilizarías la información que descubrieras?

—No puedes saberlo —respondió él, encogiéndose de hombros —. Cualquier hombre con el que tú la emparejes puede descubrir la misma información y utilizarla contra ella, tanto si es periodista como si no.

Merrilee asintió, sabiendo que tenía razón. Cualquiera podría descubrir las razones que Juliette había tenido para dejar plantado a su novio y revelarlas por dinero, un riesgo que Juliette, la hija del senador, tenía que conocer. No había puesto restricción alguna sobre qué clase de hombre quería para llevar a cabo su fantasía.

—Mira, estoy aquí, sincerándome contigo y dándote mi palabra —prosiguió—. No estoy buscando hacerle daño. Esto es lo único que puedo asegurarte.

—Dime algo más, Doug. ¿Crees en los finales felices? —preguntó Merrilee. Tenía que saber algo más sobre él y sus intenciones antes de acceder a aquel emparejamiento.

Él frunció las cejas y apretó ligeramente la mandíbula. Entonces, suspiró.

—Sí, claro que sí. Mis padres van a celebrar su cuarenta aniversario de bodas este año.

—Eso es maravilloso, pero algo evasivo. No es que me

sorprenda, dado que eres reportero. ¿Crees en que pueda haber un final feliz para ti?

—Si encontrara a la mujer adecuada, y si ella pudiera soportarme, sí, claro que creo —respondió Doug, sin permitir que sus ojos azules dejaran de mirar los de Merrilee. Entonces, se puso de pie—. No te robaré más tiempo, pero te agradecería mucho que tomaras en cuenta mi petición y que luego me comuniques lo que has decidido.

—Lo haré —le aseguró Merrilee, levantándose para estrechar la mano que él le extendía.

Cuando Doug se hubo marchado, Merrilee cruzó las manos delante de ella, encima del expediente de Juliette Stanton, y se puso a pensar. Llevaba mucho tiempo en aquel negocio y basaba sus decisiones en la experiencia, en el instinto y en la fe. Podía denegar a Doug Houston su petición, un riesgo que él había corrido al dejar todas sus cartas encima de la mesa, o podía dejar que el destino tomara las riendas.

Juliette necesitaba curar sus heridas. Doug necesitaba corregir sus errores. Si Merrilee cedía a la petición que él le había hecho, al tiempo que Juliette Stanton se sentía mimada y especial, Doug podría descubrir que era un ser humano, podría llegar a darse cuenta de que las personas son más importantes que una carrera.

Y que el amor era lo más importante de todo.

Capítulo 1

—Arréglate la falda. La tienes subida.

Juliette se sacudió el arrugado bajo de la minifalda vaquera que había tomado prestada de su ecléctica hermana y se colocó la camiseta de algodón, que le dejaba al descubierto un hombro.

—Esto es locura en su grado máximo —dijo, mientras cerraba la cremallera de su maleta. Entonces, se volvió a mirar a Gillian, su hermana gemela—. Explícame por qué te has gastado todos tus ahorros para que yo me pueda tomar unas vacaciones. Por mucho que aprecie tu gesto, no quiero unas vacaciones. No necesito unas vacaciones. Simplemente tengo que volver a hacer mi vida.

Gillian se echó a reír.

—Exactamente de eso se trata. Necesitas una vida, y por eso vas a hacer este viaje —replicó Gillian, colocándose las manos en las caderas y arrugando el traje pantalón que había tomado prestado a Juliette.

Las gemelas se habían cambiado la ropa como parte de un elaborado plan para eludir a los periodistas y conseguir que Juliette llegara al aeropuerto sin que nadie la molestara. Aunque Juliette comprendía que aquella farsa era necesaria, detestaba el engaño.

—Te aseguro que sólo voy a hacer este viaje porque tú te has tomado las molestias de organizármelo —dijo con voz más dulce.

—Y tú tienes que admitir que escapar de los periodistas y de los rumores tiene cierto atractivo —replicó Gillian.

Como sabía que su hermana tenía razón, Juliette dio un paso al frente y la estrechó fuertemente entre sus brazos.

—Ya sabes que yo también te quiero —añadió Gillian.

Juliette lo sabía. Si no hubiera sido por el apoyo de su hermana gemela, le habría resultado imposible soportar aquellas semanas. Desde el día en que Juliette había salido huyendo de la iglesia, los periodistas habían sido implacables. Habían asediado tanto la casa de Juliette como el apartamento de Gillian con la esperanza de conseguir la exclusiva de la *Novia a la fuga*. Sin embargo, nadie aparte de Gillian o del novio sabía por qué Juliette había cancelado la boda.

Nadie lo sabría nunca, al menos no hasta que Juliette hubiera decidido cómo podía proteger a su padre para que él pudiera retirarse del senado, con su reputación y su orgullo intactos. Entonces, la prensa podría cebarse con Stuart Barnes y sus

trapicheos.

—¿Has tenido noticias de ese piojo? —le preguntó Gillian mientras se sentaba.

Juliette negó con la cabeza. Aunque no podía decir que había estado enamorada de Stuart, lo que habían compartido había sido cómodo y seguro. En esos momentos, tenía que reconocer que había sido demasiado cómodo.

La perspectiva del tiempo le había hecho poder ver las razones por las que se habían comprometido. Eran dos y muy simples. Juliette adoraba a sus padres y tenía idealizada su relación. Eran unos padres maravillosos que se las habían arreglado para mantener a la familia intacta a pesar de la pecera en la que vivían. Juliette quería una familia estable y un matrimonio cómodo como el de sus padres. Había creído que podría compartir todas aquellas cosas con Stuart, un amigo de la infancia al que había creído conocer bien.

Además, estaba la otra razón por la que se había comprometido con él, la que le molestaba admitir. Aunque ni su madre ni su padre le habían pedido que se sacrificara, siempre había tomado el camino que se esperaba de ella. Tal vez porque Gillian siempre había sido la rebelde de la familia, ella, la hermana mayor por cuestión de minutos, siempre había sido considerada como la buena chica. Por eso, cuando Stuart puso los ojos en ella, se había dejado llevar por la relación sin cuestionarla. Como anteriormente se había visto herida por un hombre más interesado en el nombre de su padre y en sus contactos que en ella misma, Stuart, que siempre había formado parte de su vida, había sido la apuesta segura. Sus padres lo querían y confiaban en él, por lo que se habían sentido encantados con su relación, ya que les parecía que «Juliette y Stuart estaban hechos el uno para el otro».

Sin embargo, no había sido así en absoluto y, si Juliette se hubiera esforzado lo suficiente, habría visto las señales. Nunca había cuestionado su relación, ni siquiera su poco intensa vida sexual, algo por lo que, en el fondo, siempre se había culpado. Ciertamente, su anterior relación sentimental no había potenciado su confianza. Tal vez, desde el principio, había sabido que, si cuestionaba su decisión, descubriría que había vuelto a repetir su error. Stuart sólo quería alcanzar el escaño que el padre de Juliette iba a dejar muy pronto vacante en el senado. Nada más. Desde luego, no quería a Juliette Stanton, la mujer.

—Juliette, vuelve a la Tierra —dijo Gillian, chasqueando los dedos.

—Lo siento. Tengo demasiadas cosas en las que pensar. No, no he sabido nada de él desde que lo dejé en el altar, pero, ¿qué iba a decir?: ¿«Gracias por quitarme a la prensa de encima para que

pueda quedarme con el escaño de tu padre en noviembre»?

—Mejor podría decir «soy un estúpido». Eso sería un comienzo.

—Estoy completamente de acuerdo. Y considerando que lo único que le faltó fue amenazar con arrastrar con él a papá, tiene suerte de que yo mantenga la boca cerrada sobre por qué me marché corriendo de aquella iglesia.

Stuart era el protegido de su padre, el elegido para sucederle. Si los sucios negocios de Stuart salían a la luz, el padre de Juliette y sus decisiones estarían bajo sospecha, viciando así todo lo bueno que había conseguido durante su cargo.

—Él confía en el amor que tienes por papá —dijo Gillian, apretando los dientes.

—Efectivamente, no confía en el amor que tengo por él —replicó Juliette, soltando una amarga carcajada.

Había pensado que habían compartido cariño y consideración basados en sus años de amistad. Incluso después de que el escándalo hubiera saltado a las primeras páginas de los periódicos, en el que se acusaba al socio en los negocios de Stuart, el congresista Haywood, de blanquear dinero de la Mafia a través de Coffee Connections, su negocio de importación y exportación, Juliette había creído las afirmaciones de su prometido. No era que hubiera cerrado los ojos a la verdad, sino que, como su padre, había creído en la integridad de Stuart. Dado que Stuart no había aparecido implicado en aquel escándalo y que luego la historia sobre el congresista Haywood no se había corroborado, Juliette había confiado en sus instintos.

¡Qué equivocada había estado! Una vez más. Había sorprendido a Stuart, a su socio y a un famoso capo de la Mafia teniendo un *tête-à-tête* en la iglesia minutos antes de que Stuart y ella se casaran.

Por fin había afrontado su vida y las mentiras, se había enfrentado a él y se había marchado. Aunque sus padres la apoyaron en su decisión y en su necesidad de intimidad, Juliette sabía muy bien que ellos también estaban esperando una respuesta.

—Las dos estamos de acuerdo en que esto debe mantenerse en secreto hasta que a ti se te ocurra un plan —dijo Gillian—, pero no me gusta que Stuart esté dejando que la prensa te cuelgue el sambenito de «*Novia a la fuga*» —añadió, mostrándole la caja del vídeo de la película del mismo nombre—. Tenéis el cabello muy parecido. Por cierto, ¿te he mencionado que me encantas con esos rizos? Estoy muy agradecida de que ésta sea la última vez que tengo que sentarme durante horas con el secador para copiar el modo en que te alisas el pelo con el fin de engañar a esos periodistas.

—Gracias —comentó Juliette, riendo. A ella también le gustaba su nuevo aspecto.

En secreto, siempre había envidiado la habilidad de su hermana para romper las convenciones y ser ella misma, sin importarle lo que dijeran las cámaras o la prensa. Juliette esperaba que su nueva permanente, como la de su rebelde hermana, cambiara tanto su apariencia como las perspectivas que tenía para su viaje. Si había un momento en el que dejarse llevar, tendrían que serlo aquellas vacaciones.

—¿Recogiste esas cosas en el centro comercial? —preguntó Juliette.

Si su prometido hubiera estado interesado en planear una luna de miel en vez de una campaña política, ya habría tenido preparado el guardarropa básico para poder marcharse. Sin embargo, Stuart había insistido en que no podían marcharse. Después de todo lo que había pasado, Juliette sabía por qué.

—Claro. Te las puse en la maleta vacía mientras tú hablabas por teléfono. Te sentirías orgullosa de cómo lo hice sin que me siguieran.

—No creo que me apetezca saberlo. Parece que todo el mundo ha estado haciendo sacrificios por mí últimamente —susurró Juliette.

Primero, su estilista había accedido a hacerle la permanente en su propia casa, ya que no quería que la peluquería se le llenara de periodistas. Después, su hermana había estado comportándose como una espía en misión secreta, y disfrutando con ello.

—No son sacrificios sino favores —le aseguró Gillian—. Y como te queremos mucho, no nos importa. Sin embargo, no me gusta que estés metida en la casa, prácticamente sin salir, ¿sabes? Maldita sea, ojalá pudiéramos filtrar esta historia, pero no podemos.

—Todavía no. Papá lleva muchos años sirviendo a este país. Se le aprecia y se le respeta mucho. Tiene un lugar en la historia, que se ha ganado con todo merecimiento. No pienso permitir que se manche esa trayectoria. No se lo merece —afirmó Juliette. Sabía que, por el bien de su padre, aquel asunto tendría que permanecer en secreto durante un poco más de tiempo.

—Estoy de acuerdo.

—Bueno, ya estoy lista.

—Bien —dijo Gillian. Entonces, se levantó y agarró su bolso.

—A ver, repasemos un poco el plan. Yo voy conduciendo tu coche, vestida como tú, mientras tú te sientas en el asiento del copiloto, fingiendo ser yo —dijo Juliette.

—Hasta ahí, vas bien.

—Entonces, pasamos por delante de los periodistas y vamos a tu apartamento, donde están esperando el resto de los buitres, y entramos en el aparcamiento subterráneo.

—Eso es, porque ahí ellos no tienen acceso —confirmó Gillian, riendo—. Así se creerán que vienes a mi casa y, para reforzar la impresión, yo, vestida como tú, saldré a comprar a la tienda de la esquina y luego volveré a entrar. No nos estarán buscando en ninguna parte mientras crean que estamos allí juntas.

—Mientras tanto, yo me meto en el asiento trasero del coche de papá, que irá conduciendo su chófer, y me tapo con una manta para que me pueda llevar al aeropuerto.

—Exactamente. Y si alguien te ve, creerán que eres yo —comentó Gillian—. Nadie se va a molestar en seguirme una vez que yo no tenga acceso a ti. *¡Voilà!* Tú estás libre y de camino hacia tus vacaciones.

—Libre para comenzar una gloriosa semana llena de sol, diversión y soledad —dijo Juliette, extendiendo los brazos.

—Has acertado en las dos primeras —musitó Gillian.

Juliette entornó los ojos. Había crecido a la sombra de su osada y más aventurera hermana. Conocía a Gillian mucho mejor de lo que se conocía a sí misma. La actitud que tenía su gemela le decía que estaba tramando algo.

—¿Qué es lo que no me has dicho?

—Nada —respondió Gillian mientras consultaba el reloj—. Supongo que no querrás perder el avión, así que es mejor que nos marchemos.

—De acuerdo —contestó Juliette antes de agarrar su maleta—. Y si no te lo he dicho antes porque estaba demasiado ocupada quejándome, me ha conmovido mucho que te hayas gastado tus ahorros en mí, y quiero pagarte por ello.

Aunque las dos jóvenes tenían una pequeña fortuna a su nombre por el testamento de su abuela, ninguna de ellas vivía de ese dinero. Las dos habían elegido abrirse paso en el mundo con su propio esfuerzo, Juliette como asesora de relaciones públicas para una empresa farmacéutica y Gillian como profesora.

—Si me pagas, no será un regalo. Considéralo mi regalo por haber roto tu compromiso.

—Tengo tanta suerte por tenerte a mi lado —susurró Juliette mientras apretaba la mano de su hermana.

—Ya lo sé —replicó Gillian con una sonrisa.

Se dirigieron al garaje que había anexo, a la vieja casita de campo que Juliette tenía alquilada y en el que Gillian había aparcado el coche.

—¿Me prometes una cosa? —le preguntó de repente Gillian—. Esa isla es un lugar privado y, si hemos hecho esto bien, no habrá allí ninguna cámara que te haya seguido ni nadie que te haga preguntas, así que suéltate el pelo y sé tú misma, ¿de acuerdo?

—Parece que me has leído la mente.

Juliette no se sorprendió de que la telepatía que existía entre las dos hermanas estuviera de nuevo en funcionamiento. Se echó a reír, sabiendo que ya había decidido aprovecharse de aquella oportunidad para ser libre y experimentar quién era realmente Juliette Stanton. Nunca debería haberse enfrentado al esfuerzo que Gillian había hecho para que se tomara aquellas vacaciones. Se acomodó en el asiento del conductor, metió la llave en el contacto y la hizo girar.

—Bueno —dijo, sobre el rugido del motor del coche—, dejemos que empiece la aventura.

Una semana después de su visita inicial, Doug Houston estaba en el lujoso vestíbulo del edificio principal de Fantasía secreta, esperando al objeto de su fantasía. Su fantasía…

Un sentimiento de culpabilidad se cernió sobre él al pensar en aquel viaje y en la farsa que tendría que representar para conseguir su historia. La culpabilidad no era una sensación con la que Doug estuviera muy familiarizado, especialmente cuando tenía que ver con la realización de su trabajo. Sin embargo, aquel reportaje era demasiado importante como para permitir que sentimientos inesperados se metieran en su camino.

Estaba en aquel complejo turístico para localizar a Juliette Stanton, la *Novia a la fuga* de Chicago, y así poder descubrir los trapos sucios de su antiguo prometido. Y ahí precisamente estaba la fuente de aquel sentimiento de culpabilidad. Podría consolarse diciéndose que no estaba allí para sacar a la luz los trapos sucios de ella y que, al menos, no le había mentido a Merrilee.

Sin embargo, Doug tenía la sensación de que las razones para que Juliette hubiera salido corriendo el día de su boda estaban muy relacionadas con sus propios problemas. Su padre, también periodista, le había enseñado que nunca había que dejar de prestar atención a lo que le decía el instinto a uno y mucho menos después de su último fiasco.

Doug tenía mucha experiencia y sabía que había que tener cuidado por si la fuente no era de fiar. El problema era que él nunca había pensado que debiera desconfiar de alguien tan cercano a él, por eso, cuando su última historia se había venido abajo, le había pillado desprevenido. Su padre adoptivo, periodista y hombre respetado por todos, le había preparado para que fuera el mejor. No obstante, su caída había sido tan rápida y tan pública como su maldito titular, en el que anunciaba la reunión del congresista Haywood con un famoso capo de la Mafia y el blanqueo de dinero a través de un negocio de café, supuestamente legítimo.

El congresista era el socio del prometido de Juliette Stanton, un hombre que aspiraba al escaño de senador del padre de la joven, un hombre que, en opinión de Doug, era tan corrupto como su socio. Doug seguía creyendo que su historia era cierta, el problema era que no tenía las pruebas que necesitaba para respaldar sus afirmaciones. Y estaba seguro de que Juliette Stanton poseía aquellas pruebas.

Doug se pasó la mano por el cabello, que le llegaba casi hasta el cuello de la camisa, lo que suponía otra parte de aquella farsa. No se cortaría el pelo ni se afeitaría hasta que hubiera terminado su estancia en la isla, para asegurarse de que la hija del senador Stanton no le asociara con la fotografía, en la que aparecía con pelo corto y bien afeitado, de su columna del Tribune.

Una semana en aquella isla tropical no sería nada si su padre no siguiera en el hospital. A pesar de que le gustaban los lugares exóticos, Doug tendría que hacer lo posible por conseguir la información que podría proporcionarle Juliette y salir corriendo. No creía que nadie supiera que la joven estuviera allí. Como había puesto una generosa cantidad de dinero en las manos adecuadas, esperaba ser el único que conociera el hecho de que la joven había salido de la ciudad, el único que se pasara una semana completa a solas con la *Novia a la fuga*, una vez que Merrilee le diera el visto bueno. La directora del complejo turístico no lo había echado de la isla cuando se había presentado a tiempo de coincidir con la visita de Juliette, pero sabía que su estancia estaba condicionada.

Había pagado mucho dinero a un viejo amigo militar de su padre para que investigara hasta romper el sistema de seguridad de Merrilee y poder conseguir la información que Doug necesitaba: la fantasía de Juliette Stanton. En el proceso, había descubierto que aquella mujer estaba sufriendo y se había obligado a aceptar su parte de culpa.

No importaba cómo se consolara con un hecho verdadero, es decir, que su fantasía ayudaría a Juliette a olvidar su dolor y que, además, él no quería hacerle daño. El fondo de aquel asunto seguía siendo el mismo: estaba utilizando a otra mujer para conseguir información. De nuevo.

Doug no tenía elección. Aquella historia volvería a situarlo como el mejor reportero político del Tribune, el periódico para el que quería desesperadamente trabajar, no sólo porque había trabajado mucho para conseguir su reputación profesional o porque tuviera un enorme ego. Podía enfrentarse a la patada en el trasero, pero no podía aceptar la desilusión de su padre adoptivo, un hombre al que Doug le debía la vida. Tenía sólo diez años cuando su madre murió. Estaba tratando de escapar de los servicios sociales cuando Ted

Houston le sorprendió tratando de robarle la cartera. Había pensado que necesitaba comida en el estómago más que aquel tipo tan preguntón el dinero en su cartera. Una hora después, había conseguido que le contara su historia y se lo había llevado a su casa, abriéndole las puertas de su corazón.

En la actualidad, aquel mismo corazón estaba enfermo. El estrés de sus problemas profesionales le había pasado factura al corazón de Ted Houston y también a su madre, la mujer que lo había criado como si fuera su propio hijo. Aquello significaba que tenía que descubrir todo lo que la *Novia a la fuga* supiera sobre su prometido y sus sucios negocios. Si conseguía la exclusiva, volvería a ser el primero de su categoría. No era ningún estúpido y sabía que limpiar su nombre no arreglaría el corazón de su padre, pero las buenas noticias le darían un impulso emocional, algo que lo ayudara a recuperarse. Así lo habían asegurado los médicos y tenían razón. Sólo saber que estaba tratando de demostrar su afirmación había hecho maravillas en la mejora de su padre. Aquello había sido suficiente para darle el empujón que necesitaba para permanecer en la isla y esforzarse con aquella historia. Además, le debía a su periódico y a su director conseguir pruebas fidedignas que ayudaran a demostrar su historia.

Por eso, en aquellos momentos, estaba esperando a su presa. Sabía el aspecto que Juliette tenía gracias a las fotos que habían salido publicadas en todos los periódicos y a las que había visto a lo largo de su investigación. Le resultaría imposible confundir su cabello castaño rojizo, liso y brillante, su esculpido perfil o los elegantes gestos que le venían de la cuna. Hasta el momento en el que había salido corriendo de la iglesia, Juliette había sido la perfección personificada. Para Doug, un hombre que pretendía embarcarse en el romance y en el descubrimiento, ella resultaba agradable para los ojos y para su libido.

Sin previo aviso, Merrilee, su ayudante y una mujer a la que Doug nunca había visto antes, pero a la que no le importaría volver a ver, entraron en el vestíbulo. Sobre la espalda de aquella última caían unos rizos algo revueltos por la acción de la brisa y de la humedad. Aquella melena tenía un aspecto algo alborotado, como el de una mujer que se acaba de despertar después de una noche de pasión, el momento en el que una mujer está más cálida y resulta más fácil excitarla… Tan excitado como él estaba entonces, con solo mirarla…

El pequeño volante blanco de su minifalda vaquera se meneaba provocativamente con la húmeda brisa y la camiseta, también blanca, dejaba al descubierto un hombro, de piel cremosa y blanca, que suponía un profundo contraste con el fuego de su cabello, que

parecía gritar que lo acariciaran. Y aquello era precisamente lo que deseaba hacer.

Cuando se acercó un poco más, descubrió aquel esculpido perfil, los hermosos pómulos, los jugosos labios…

Era la *Novia a la fuga*.

Estaba completamente seguro. Aunque se parecía mucho a su gemela, Juliette era demasiado característica como para ser completamente idéntica a otra mujer. No era sólo aquella gloriosa cabellera lo que había cambiado, sino también el sentimiento de liberación que veía tanto en su rostro como en sus gestos. Las manos se movían sin parar mientras hablaba con Merrilee, los ojos le brillaban de sorpresa y de admiración al escuchar lo que le decía la directora del complejo…

Ya no parecía la conservadora novia de Stuart Barnes ni la solicitada hija del senador Stanton. Aquella mujer tenía chispa e intensidad. La excitación ardía en su interior.

Desde el día de lo que hubiera sido su boda, aquella mujer había sufrido una transformación, y las razones de la misma lo intrigaban casi tanto como la historia que buscaba, lo que decía mucho para un hombre en busca de las pruebas que limpiarían su nombre.

Fantasía secreta. Juliette debería haberse imaginado, por el nombre de aquel complejo turístico, que aquél no era un hotel cualquiera. Más aún, debería haberse imaginado que aquello no iba a llevarla a nada bueno cuando su hermana Gillian le dijo que debía dejarse llevar. Con toda seguridad, una semana de decadencia y pecado, que era lo que iba a suponer verse emparejada con un atractivo desconocido, no iba a reportarle nada bueno.

¿Y si estaba equivocada? Juliette se mordió el labio inferior. Aquello representaba una oportunidad para resarcirse por todo lo que se había perdido en la vida al tomar el camino seguro.

—Evidentemente, tú no hiciste la reserva. Si decides marcharte, te reembolsaré completamente las cantidades que se han abonado —le decía Merrilee Schaefer-Weston. Entonces, sacudió la cabeza y se echó a reír—. ¿O acaso debería decir que le reembolsaré a tu hermana todo lo que ha pagado? Debo decir que es la primera vez que esto ocurre en Fantasías, Inc. De todos modos —añadió, tocándole suavemente el brazo—, te ruego que te quedes al menos esta noche como mi invitada. Tal vez la magia de la isla te haga cambiar de opinión.

—¿Magia? —preguntó Juliette, mirando a la madura, pero todavía hermosa, Merrilee.

—¿Y cómo si no describirías estar una semana lejos de los ojos que quieren saberlo todo sobre ti? ¿Una semana sólo para ti misma,

donde nadie sabrá lo que dices o haces?

—Nadie excepto ese desconocido —contestó Juliette, temblando al imaginarse con un extraño para pasar unas vacaciones eróticas. Sin Stuart, sin escándalos…

Sin periodistas.

—Me quedaré una semana.

Así, simplemente, tomó la decisión.

—¡Maravilloso! Te aseguro que no lo lamentarás.

Eso precisamente esperaba Juliette, porque tal espontaneidad no formaba parte de su naturaleza. Sin embargo, ¿adonde la había llevado su comportamiento de buena chica? Utilizada y engañada, por así decirlo. Nadie creería que la conservadora Juliette Stanton, una mujer que pensaba de antemano todos y cada uno de sus movimientos, pudiera actuar siguiendo un impulso. Sin embargo, como Merrilee había dicho y como su hermana le había asegurado, tenía la oportunidad de hacerlo.

—Dame un momento y me encargaré de que te registren en el hotel —dijo Merrilee, antes de marcharse y dejarla, sola, en el centro del vestíbulo.

Juliette miró a su alrededor. El hotel estaba lleno de plantas tropicales. Entonces, inclinó la cabeza y miró a su izquierda, ya que algo parecía indicarle que la estaban observando. Vio a un misterioso desconocido que la estudiaba intensamente a través de unas gafas tan oscuras como su cabello. Era un hombre atlético, vestido solamente con un bañador. Juliette tuvo que tragar saliva.

De repente, el hombre se levantó las gafas y la miró a los ojos. El cuerpo de Juliette aumentó en varios grados su temperatura, y aquello no tenía nada que ver con la humedad que la rodeaba.

—Ya está —exclamó de repente la alegre voz de Merrilee—. Tenemos una serie de bungalós muy retirados que estoy segura de que te gustarán.

Muy a su pesar, Juliette apartó la mirada de la del desconocido.

—Estoy segura de ello y aprecio mucho tus esfuerzos por mantenerme alejada de los ojos demasiado curiosos.

Juliette volvió a mirar hacia el lugar donde estaba el desconocido, pero él ya se había marchado. Una cierta desilusión se apoderó de ella.

—No te preocupes. Tengo el presentimiento de que volverás a verlo —dijo Merrilee.

—¿A quién?

Como única respuesta, Merrilee se echó a reír.

—Permíteme que te muestre tu bungaló. Te llevarán tu equipaje inmediatamente.

Acompañó a Merrilee hacia el jardín. Juntas, bajaron por un

sendero bordeado por un seto verde y unas flores de color rosa que encantaron a Juliette. Mientras recorrían la piscina y los diferentes restaurantes, Juliette no hacía más que buscar a aquel desconocido con la mirada.

Su hermana creía que necesitaba vivir la vida. Aparentemente, estaba a punto de conseguirlo.

Capítulo 2

Después de una breve siesta y de deshacer las maletas rápidamente, Juliette se cambió y se marchó a la playa. De camino, se detuvo para poder admirar la vista. Delante de ella, se divisaba arena blanca e interminables kilómetros de agua azul que se extendían hasta el horizonte, hasta que el azul del cielo se confundía con el del mar. A su izquierda, vio unos exuberantes jardines y a su derecha una piscina con una cascada en el centro.

—Un auténtico jardín del Edén —murmuró.

—Esto te hace pensar que el hombre debió de ser un estúpido por marcharse.

Aquella profunda voz masculina resonó en sus oídos e, inmediatamente, Juliette supo de quién se trataba. El corazón empezó a latirle tres veces más rápidamente de lo normal y la excitación se adueñó de ella.

—Si no recuerdo mal, el hombre no se marchó porque quiso. Lo desterraron.

—Por probar la fruta prohibida.

Al oír aquellas palabras, Juliette no pudo resistirlo más y decidió darse la vuelta.

Si resultaba atractivo desde lejos, en la cercanía era devastador. Sin gafas de sol, se apreciaban unos ojos profundamente azules, unos rasgos tremendamente atractivos. Al contrario del físico rubio y típicamente norteamericano de su ex prometido, aquel hombre iba rodeado del aura de misterio y exotismo que creaban su cabello oscuro, su piel bronceada, su barba de varios días…

Su fantasía se había hecho realidad. En sus sueños, aquél era el tipo de hombre que acudiría a ella en la oscuridad de la noche, el que la tomaría entre sus brazos y la convertiría en el centro de su universo, sin nada más en mente…

—Doug —dijo él, extendiendo la mano—. ¿Tú eres…?

—Encantada de conocerte —susurró ella con una dubitativa sonrisa—. Me llamo Juliette.

No mencionó el apellido, igual que él no había dicho el suyo. Entonces, colocó la mano en la de él. El calor que sintió fue inmediato e intenso y, por el brillo que vio en los ojos de Doug, estaba segura de que él también lo había sentido. Atónita por la repentina atracción, Juliette trató de retirar la mano, pero él la aferró con fuerza.

—Encantado de conocerte, Juliette.

El pulgar de él le acarició brevemente el lugar de la muñeca donde late el pulso antes de soltarla. El placer se apoderó de ella, envolviéndole el corazón y caldeándola por dentro de un modo que no creía haber experimentado nunca.

Le gustaba lo que estaba sintiendo. Cada sensación que experimentaba su cuerpo, cada temblor… Después del dolor y el sufrimiento de las últimas semanas, se había dado cuenta de que necesitaba desesperadamente sentirse atractiva y deseable. Anhelaba una profusa atención que le asegurara que no era plato de segunda mesa. Aquel hombre podría proporcionarle la prueba de ello y ser la distracción que tanto necesitaba.

Sin embargo, quedaba un miedo real, que no dejaba de acuciarla. Aunque había escapado a aquella isla, no podía estar segura de que hubiera conseguido dejar atrás a la prensa. Lo último que quería era causar otro escándalo.

La fantasía secreta de la hija del senador sería un titular mucho peor que el de *Novia a la fuga*. Gracias a su magnífica reputación, el senador había capeado bien aquel temporal de rumores y había negado que hubiera sido avergonzado públicamente o que se preocupara por nada excepto por el bienestar de su hija. A pesar de todo, Juliette no tenía deseo alguno de ocasionarle más publicidad negativa durante los últimos meses de su cargo.

En aquellos momentos, estaba en la isla y se merecía cierto tiempo para ella sola. Al mirar a los ojos de Doug, vio sinceridad en ellos. La atracción era real, su atención singular y genuina. A menos que quisiera perder la oportunidad de toda una vida, no le quedaba más remedio que apartar sus temores y confiar.

Al contrario de Stuart, Doug la miraba como si fuera alguien especial. Juliette deseaba aferrarse a lo que su hermana le había dicho. No quería preguntarse cómo Gillian habría sabido lo que necesitaba. Como gemelas, compartían un vínculo que era mucho más fuerte que nada que fuera tangible o comprensible.

—¿Adónde ibas? —le preguntó él, sacándola así de sus pensamientos.

—Estaba pensando en ir a la playa.

—Y yo estaba pensando en acompañarte donde fueras. Es decir, si no te importa.

Juliette lo miró a los ojos. Cuando decidió quedarse en Fantasía secreta, había decidido confiar. También había decidido dejar atrás todas sus inhibiciones. Al deshacer la maleta, había descubierto que su hermana había saqueado su equipaje y había sustituido todas sus sensatas prendas por cosas poco prácticas y las que eran más conservadoras por las más atrevidas. En su atuendo, la había

liberado de sus ataduras. Sólo le faltaba completar aquel cambio con su actitud. Sin embargo, aquello era algo que resultaba más fácil de decir que de hacer; para conseguirlo sería mejor que no mirara el escote de su minúsculo biquini.

—De hecho —dijo ella, aclarándose la garganta—, me encantaría tener compañía.

Se recordó que aquel hombre no la conocía, que podría ser cualquiera que quisiera ser, actuar de modos nuevos y excitantes.

Extendió la mano y él deslizó la suya contra su piel. El contacto fue cálido y eléctrico y, como dos piezas de un rompecabezas, encajaban perfectamente.

Juliette no sabía si aquél era el hombre que Merrilee había escogido para su fantasía, pero después de su aburrida relación con Stuart, no podía ignorar una atracción tan fuerte y tan abrasadora. Su ex presentaba un aspecto civilizado, quizá demasiado, pero aquel hombre irradiaba un poder salvaje y masculino, lo que la tentaba profundamente.

Nunca antes se había sentido de aquel modo y probablemente nunca volvería a sentirlo. ¿Por qué esperar que se le acercara otro hombre? No quería al hombre que Merrilee hubiera elegido para ella, sino a aquél. Fuera lo que fuera lo que aquella semana fuera a depararle, pensaba dejarse llevar.

Doug le agarró la mano y se acercaron a la playa. Surgían preguntas por todas partes. ¿Quién era aquella mujer que lo había dejado tan impresionado desde el primer momento? Investigación, fotografías e incluso verla a distancia cuando había acompañado a su ex a actos sociales no le habían preparado para la realidad. Aquella seductora y vibrante mujer tenía la dosis justa de encanto y de ingenuidad para seducir a un curtido reportero.

Sabía que todavía no podía comenzar su misión. Merrilee todavía no lo había autorizado. Le había dado veinticuatro horas para que pudiera observar y decidir. Doug respetaba el cuidado que había puesto en el caso y admiraba su dedicación. Si la situación fuera la contraria, tal vez él no estuviera confiando en sí mismo en aquellos momentos.

Por ello, por delante tenía unas horas valiosísimas para convencer a las dos mujeres de que él era el hombre adecuado para Juliette. Persuadirlas no sería ningún problema. Había tenido mucha experiencia en seducir a las mujeres para conseguir lo que necesitaba.

—¿De dónde eres? —le preguntó Juliette.

Doug se sorprendió por la calidez y la dulzura de su voz. Habría creído que sería más distante y cultivada. Sospechaba que la personalidad de la joven sería igual de amable. Aquello podría

causarle problemas. Le habría resultado más fácil mantener una distancia emocional si ella hubiera sido la típica mujer rica, fría y distante.

—Soy de Michigan.

Técnicamente así era. Había nacido en Detroit y había vivido allí hasta los tres años. Entonces, su padre los abandonó y su madre decidió mudarse a Chicago. Sin embargo, no podía decir que vivía en Chicago por si ella se volvía más cautelosa. Tampoco podía darle su apellido por si ella recordaba sus artículos en el *Tribune*. Cuantos menos detalles, mejor.

—Yo nací en Chicago. Esto parece irreal —añadió ella mientras admiraba la blanca arena y la profundidad del océano.

Doug se volvió a mirarla para contemplar el traje de baño que ella llevaba puesto, un biquini con un generoso escote, que revelaba un vientre muy liso y unas piernas muy largas.

—Sí —respondió a duras penas.

Al ver que Juliette se sonrojaba, se dio cuenta de que había cometido un error. Había sido demasiado directo. Necesitaba información, no sexo. Bueno, si era sincero consigo mismo, también necesitaba sexo, pero, por muy tentadora que le resultara, no estaba en su agenda. Estaba allí para hacer que la fantasía de Juliette se convirtiera en realidad y conseguir al mismo tiempo que ella confiara en él y le contara todo lo referente a su ex. Aunque el efecto que estaba teniendo en él era poderoso, no podía utilizarla para satisfacer motivos egoístas. No podía volver a tomar ese camino.

Aquel pensamiento lo sorprendió. El Doug Houston que conocía habría hecho cualquier cosa para conseguir material para una historia. ¿Por qué Juliette tenía que hacer que las cosas fueran diferentes?

Porque ella misma era diferente. No sabía por qué, pero Juliette y su encantadora ingenuidad hacían que pudiera analizar de otro modo su poco estelar pasado. No sólo había causado a Erin un inmenso dolor, sino que la venganza de ella había sido algo que no olvidaría jamás. Era la razón por la que estaba en aquella maldita isla.

A pesar de todo, no podía culparla. Ella no había podido sospechar que él no buscaba un futuro en común. Se había acostado con ella porque había estado interesado en ella, se había quedado a su lado porque ella era conveniente, tanto personal como profesionalmente, pero nunca la había amado.

Al mirar a la mujer que tenía a su lado, se dio cuenta de que Juliette Stanton era una mujer muy hermosa. Demasiado. Debía tener cuidado si se implicaba, con ella de aquella manera, porque

sería él el que se llevaría la patada aquella vez.

—¿Puedo traerte algo de beber? —le preguntó, tras ayudarla a colocar una hamaca y a poner una toalla encima.

—Creo que por ahora contemplaré el paisaje.

—Me encantaría hacer lo mismo —dijo él sin poder evitar fijarse en el escote de ella. Decidió inmediatamente que no debía excederse. Ya había sido suficiente para el primer día.

—Merrilee mencionó que hay una fiesta en la playa esta noche…

—Por favor, no me digas que vas a participar en el concurso de camisetas mojadas.

—Creo que eso haría que todos los hombres le suplicaran a Merrilee que les devolviera el dinero —musitó ella, sonriendo ligeramente.

—Me parece que subestimas el impacto que causas en el sexo opuesto —susurró Doug. Entonces, sin poder evitarlo, admiró de nuevo su espléndida figura.

—Oh, creo que sé muy bien el impacto que les causo a los hombres —replicó Juliette, cerrando los ojos. Parecía como si quisiera ocultar de aquel modo sus pensamientos y sus sentimientos.

Doug se sentó en el borde de la hamaca, junto a ella.

—No estoy seguro de ello.

Aquella actitud le reveló que, seguramente, Stuart Barnes le había hecho dudar de su atractivo. Por eso había acudido a aquella isla, en busca de su fantasía. Recordó todo lo que había leído en su expediente, pero sobre todo que quería sentirse deseada. Doug quiso borrar la duda y las sombras de sus ojos y, por primera vez en su vida, sus motivos no fueron puramente egoístas.

—¿Por qué me parece que estás viéndote influida por los puntos de vista de otra persona?

—¿Porque has estado demasiado tiempo al sol? —bromeó ella, mirándolo con sus enormes ojos verdes.

—No llevo al sol el tiempo suficiente como para delirar. Por otro lado, he estado a tu lado lo suficiente como para saber que tú me afectas —susurró, acariciándole suavemente la piel con el pulgar.

—Aquí hace mucho calor.

—Sí…

Doug sabía que, si no apartaba la mano, los dos se acalorarían más y más.

—Creo que te he entendido.

—Me alegro. No te conozco muy bien, pero te aseguro que puedes afectar a cualquier hombre.

—Gracias por decírmelo. En cuanto a lo de no conocerme, eso es

algo que se puede remediar —musitó. Luego, sacudió la cabeza. Evidentemente, estaba avergonzada.

—¿Me estás invitando?

—Creo que sí —contestó ella, sonrojándose—. A la fiesta de la playa, para que podamos conocernos mejor…

La actitud que ella estaba desplegando ante él demostraba perfectamente que aquellas insinuaciones no le salían fácilmente, lo que sugería lo mucho que había sufrido su orgullo y la confianza en sí misma. Aunque había sido ella la que había dejado plantado a Stuart en el altar, aquello le había pasado factura.

Doug le acarició suavemente un muslo y luego le tomó la mano.

—Bueno, Juliette, me encantaría disfrutar de tu compañía esta noche, por lo que acepto encantado tu invitación.

—Gracias —susurró ella, antes de humedecerse ligeramente los labios, en una intrigante combinación de sensualidad y de inocencia.

—¿Quieres que pase a recogerte o nos reunimos allí?

—Tengo algunas cosas de las que ocuparme primero, así que nos reuniremos allí, ¿te parece?

Doug asintió. Alejarse de su lado fue mucho más difícil de lo que hubiera imaginado cuando sabía que iba a volver a encontrarse con ella a las pocas horas. Nunca hubiera esperado que la conservadora Juliette Stanton fuera la que diera el primer paso, pero debía reconocer que aquello lo acercaba a su meta. Le había dado oportunidad de conocer su historia y de dejar al descubierto los trapicheos de su ex, y la relación de éste con Haywood y con la Mafia. Juliette le había proporcionado la oportunidad. El resto dependía de él.

Merrilee estaba sentada en su escritorio, contemplando el enorme ramo de rosas rojas que le habían mandado. La tarjeta que acompañaba las flores no iba firmada. El remitente era anónimo.

Entonces, alguien llamó a la puerta de su despacho.

—Entre.

Cuando la puerta se abrió, entró Juliette Stanton, vestida como si acabara de regresar de la playa.

—Hola. Siento molestarte, pero me preguntaba si tendrías un minuto… ¡Oh! ¡Qué bonitas flores!

—Gracias. A mí también me lo parecen, aunque me gustaría saber quién me las ha enviado.

—¿Se trata de un admirador secreto? ¡Qué romántico!

—Más que nada es misterioso.

—¿Había alguna tarjeta? ¡Oh! Lo siento. Sé que no es asunto mío.

—En realidad, siempre he creído que cuando una persona me cuenta sus fantasías, es como si se creara un vínculo entre nosotros. No me importa responder. Sí, había una nota —respondió Merrilee, leyéndole la tarjeta—. «Rosas, rojas como rubíes. Porque son tus favoritas».

—¿Y es eso cierto?

Merrilee asintió. Los rubíes rojos le recordaban a Charlie. Sin poder evitarlo, miró el anillo. Sin embargo, sabía bien que hacía mucho tiempo que había perdido a Charlie. Dejarse llevar por el sentimentalismo no se lo devolvería. Aunque se preguntaba quién conocía tan bien sus secretos, aquél no era el momento de hacerse preguntas al respecto.

—Bueno, ¿qué puedo hacer por ti? —le preguntó a Juliette, tras sacar un pañuelo de papel de una caja y enjugarse los ojos.

—Tal vez éste no sea el momento más adecuado. Puedo volver más tarde…

—Estoy bien. Cuéntame, por favor.

—Bueno, no conozco muy bien cómo funciona esto de las fantasías, pero tengo una petición que puede resultar… poco ortodoxa.

—Confía en mí —dijo Merrilee con una sonrisa—. No hay mucho que no haya visto ni oído en mi trabajo de hacer que las fantasías de la gente se hagan realidad.

—En ese caso, de acuerdo. Deseo a Doug… Lo siento, no conozco su apellido, pero quiero que sea el hombre de mis fantasías.

Doug. Merrilee sabía que Juliette se refería a Doug Houston y comprendió que él había escogido el anonimato. Tras la visita que Doug le había hecho hacía una semana, Merrilee había investigado un poco y conocía muy bien los entresijos de aquella fantasía. Había descubierto, antes de que llegara, que él le había dicho la verdad. Era un punto a su favor, pero su estancia en la isla seguía estando condicionada. Merrilee comprendió que si Juliette sabía que había elegido al hombre que había escrito el artículo sobre el socio de su ex, se asustaría. Sin embargo, también sabía que la atracción era más fuerte que el miedo.

—¿Te refieres al hombre que vimos antes en el vestíbulo?

—Sí. Sé que dijiste que lo vería más y quiero que sea así. Quiero asegurarme que él es el hombre que has elegido para mí, a menos que ya esté con otra mujer.

—Evidentemente, hay una fuerte atracción entre vosotros.

—No estoy segura de haber sentido algo parecido antes —confesó Juliette, sonrojándose y desviando la mirada—. Es como algo que te golpea entre los ojos y te deja sin saber qué hacer a

continuación.

—¿Excepto no dejarlo marchar?

—Exactamente.

La joven acababa de hacer que la decisión de Merrilee fuera mucho más simple. Por la ética de su profesión, no podía revelar nada sobre la vida de Doug Houston ni la relación que pudiera tener con el pasado de Juliette. Aquello era algo que tendrían que solucionar los dos cuando llegara el momento y si este llegaba a producirse. Después de observar a Doug toda la tarde, su instinto le decía que no estaba allí para hacer daño a Juliette.

—Bueno, no veo ningún problema. Sea cual sea la fantasía de Doug, y creo que entenderás que no puedo revelarla, no implica a ninguna otra mujer.

—Entonces, está… —comentó Juliette, aliviada.

—Disponible.

—Yo iba a decir que a mi disposición —replicó la joven, riendo.

—Algo me dice que ese hombre no sabe lo que se le viene encima —dijo Merrilee, riendo.

—Creo que estoy jugando limpiamente. Mientras yo le ayude a cumplir su fantasía, ¿por qué no he de ir tras el hombre que más me interesa?

—Entonces, supongo que él también está cumpliendo tu fantasía.

—¿Te refieres a lo de si me está haciendo sentir como si nada ni nadie fuera más importante? Sí, se le da muy bien… Bueno, supongo que debo darle a mi hermana las gracias en cuando la vea por regalarme esta semana para disfrutar y escaparme de los problemas que me esperan en casa.

—Mi esperanza es que mis huéspedes se marchen de aquí con una nueva perspectiva de vida.

—Estoy esperando marcharme de aquí con una nueva perspectiva sobre muchas cosas.

—Bueno, si hay algo que pueda hacer, te ruego que no dejes de venir a comunicármelo.

—Sí. Muchas gracias, Merrilee. Por todo. Y hasta que descubras quién es tu admirador secreto, espero que disfrutes con la atención.

Merrilee sonrió.

—Y yo espero que tú disfrutes de tu estancia entre nosotros y que dejes que empiece tu fantasía.

—Lo haré —afirmó Juliette.

Entonces, se levantó y salió del despacho.

Se puso a recordar los momentos que había pasado con Doug. Se acordó de que había pensado que sería imposible que un hombre tan atractivo se sintiera atraído por ella. Rápidamente, al sentir el

contacto de sus manos, se había dado cuenta de que era Stuart el que hablaba dentro de ella y la llenaba de dudas. Doug había sabido convertirla de nuevo en la mujer segura y confiada que había sido.

Juliette pensó en la semana que la esperaba. Doug sabría distraerla de su dilema de cómo y cuándo revelar el engaño de su ex novio. Era un hombre con el que podría retirar la red tras la cual se había protegido toda su vida y así descubrir el lado más sensual de sí misma, el lado que siempre había creído inexistente. Además, era un hombre al que no volvería a ver después de pasar aquellos días juntos. Y lo más importante era que se trataba de un hombre que no la estaba utilizando por sus contactos en la sociedad o en la política.

Juliette salió de su bungaló y aspiró el húmedo y fragante aire de la noche. Siguió el estrecho sendero que conducía hacia la playa en la que se iba a celebrar la fiesta de aquella noche, la playa en la que esperaba que Doug la estuviera esperando.

Las llamas de unas antorchas iluminaban el camino. Desde lo alto de las empinadas escaleras que conducían a la playa, se detuvo. Había una fogata y una orquesta estaba tocando sobre un improvisado escenario. La gente se mezclaba, algunos en parejas, otros en grupos y unos cuantos estaban solos. Juliette centró más su atención y buscó a la única persona que despertaba su interés.

—¿Estás buscando a alguien? —le dijo de repente su voz a sus espaldas.

—Sólo estaba admirando las vistas —mintió ella.

—Si tú lo dices… —susurró él, echándose a reír inmediatamente —. Sin embargo, yo sé que te estaba buscando a ti.

—Pues ya me has encontrado. Estaba a punto de bajar a dar una vuelta.

—Suena bien —le dijo Doug. Entonces, con un gesto, le indicó que bajara primero. Al llegar a la arena, Juliette se dispuso a seguir andando, pero él le agarró la mano—, pero antes, una cosa.

—¿De qué se trata?

Doug le había colocado las manos sobre los hombros. Estaba estrechándola suavemente contra su pecho. Juliette vio que una barba de pocos días le cubría las mejillas y que sus ojos, tan azules como el mar, la miraban muy fijamente.

—Gracias por invitarme a pasar la noche contigo.

—¿No te parece que estás siendo algo presuntuoso?

Al comprender la extensión de lo que había dicho, Doug abrió mucho los ojos, muy sorprendido. Juliette se echó a reír.

—Bueno, algo me dice que es mejor no profundizar en esa frase.

—Todavía no, pero hay tiempo…

Juliette se echó a reír. Estaba muy nerviosa, porque quería darle

luz verde, pero no sabía exactamente cómo proceder. Sin embargo, la intensidad y el interés que notaba en él la hizo ser valiente.

—No pienso irme a ninguna parte. ¿Te apetece tomar algo? —le sugirió Doug cuando un camarero se detuvo delante de ellos con una bandeja llena de bebidas multicolores—. ¿Una piña colada? ¿Un tequila *sunrise*? ¿O quieres que vaya a la barra y te pida otra cosa?

—Elige tú por mí.

Doug tomó dos vasos altos de la bandeja y le entregó uno a Juliette. Entonces, el camarero se marchó y los dejó solos.

—Es una piña colada.

—Mmm —dijo Juliette, tras dar un sorbo—. Está muy dulce —añadió, sorprendida, mientras se lamía los labios con la lengua.

—Pensé que era mejor iniciarte en los cócteles con algo suavecito.

—¿Qué me delató?

—Tus enormes ojos, llenos de curiosidad. Miraste esa bandeja como si no hubieras visto nada parecido antes.

—Estoy más familiarizada con los vinos y el champán.

—Algo me dice que has llevado una vida muy protegida.

—Yo diría más bien que muy conservadora, pero mi gemela lo ha experimentado todo.

—Bueno, espero que después de esta semana tú puedas afirmar lo mismo.

—Me alegro de ver que pensamos del mismo modo —susurró ella con una sonrisa—. Efectivamente, estoy aquí para experimentarlo todo. Bueno, ¿a qué otras cosas me vas a introducir?

Un temblor sacudió el cuerpo de Doug. No se atrevía a contarle las experiencias que le gustaría tener con ella. Se recordó que era mejor que no hubiera sexo entre ellos.

Necesitaba algo que lo distrajera de las miradas veladas que ella le estaba lanzando. A pesar de aquel comportamiento tan provocativo, el ligero temblor de su voz y la mirada que había en sus ojos revelaban su verdadera naturaleza. Como hija de un senador, había crecido delante de las cámaras, por lo que sabía muy bien guardar las apariencias. Sin embargo, en aquella isla, al verse enfrentada al verdadero deseo, irradiaba una ingenuidad que nunca hubiera esperado. No creía que supiera el efecto que estaba teniendo en él. Cada vez que la miraba y contemplaba el atuendo que había elegido, la boca se le quedaba seca. La falda a modo de pareo que llevaba puesta mostraba gran parte de su pierna, mientras que la camiseta, que imitaba la parte superior de un biquini, mostraba un liso vientre y acentuaba sus redondeados pechos. No difería del atuendo que llevaban el resto de las mujeres

aquella noche, pero las demás no eran Juliette, ni ejercían sobre él el mismo efecto devastador.

—Vamos a ver qué hay en las cabañas de bambú —sugirió él, señalando los improvisados restaurantes—. ¿Qué te apetece? ¿Una hamburguesa, un perrito caliente o prefieres pescado?

—Creo que tomaré una hamburguesa —respondió ella, arrugando la nariz al notar el fuerte aroma del pescado.

—Supongo que las chicas tan conservadoras como tú no aprecian el arte de atrapar, descamar y destripar un pez.

—Yo no he dicho que fuera conservadora —replicó ella con una sonrisa en los labios—, sino que había llevado una vida muy conservadora. Hay una diferencia muy grande entre los dos conceptos. En cuanto a ti, te veo tan relajado que no veo ni una onza de convencionalismo ni en ti ni en tu educación, ¿me equivoco?

—Tienes razón. Me adoptaron y ni mis padres biológicos ni los adoptivos eran conservadores.

—Yo diría que no, especialmente si has heredado el estilo para vestir de alguno de ellos —dijo ella, señalando los pantalones cortos, con motivos hawaianos, que él llevaba puestos, y que no conjuntaban con la camisa de manga corta y de estampado también tropical.

—¿Te molesta?

—No, es diferente.

—¿Diferente en qué sentido?

—En el mundo del que yo vengo, los hombres llevan trajes y corbatas y polos con pantalones de pinzas.

—Bueno, si alguien de mi familia lleva traje y corbata, nunca lo he visto —replicó él, agradeciendo aquel breve, aunque prometedor, inciso sobre su vida privada.

Efectivamente, Ted Houston no se había puesto nunca un traje. Doug, por el contrario, sabía muy bien cómo debía vestirse para cada ocasión, aunque en la isla había dejado que dominara su lado más rebelde.

—Además, mi padre adoptivo tiene un problema congénito y no puede distinguir los colores, y yo creo que heredado su habilidad para combinar los colores.

Juliette se echó a reír con aquella broma.

—¡Eh! No me interpretes mal. Tu estilo es un cambio muy agradable. Tú eres un cambio agradable…

Juliette dio un nuevo sorbo a su cóctel. Doug, que había sentido un soplo de aire fresco con su risa, se dio cuenta entonces de que el camarero se había olvidado de darles unas pajitas, pero no le importó. Así tuvo oportunidad de limpiarle la espuma de la bebida

del labio superior con la yema del pulgar.

Juliette se quedó muy quieta, con aquellos enormes ojos verdes llenos de sorpresa. El mismo Doug reconoció el sentimiento, porque él mismo lo estaba sintiendo. Su mente le decía que utilizara la sorprendente corriente eléctrica que había surgido entre ellos para su propio beneficio. Sin embargo, el corazón, que le latía velozmente en el pecho, lo animaba simplemente a disfrutar.

Cuando apartó la mano, se la llevó a la boca para quitarse la espuma del dedo con la lengua. Juliette suspiró, casi como si fuera de placer, por lo que el cuerpo de Doug se tensó inmediatamente.

Justo entonces, anunciaron la cena e indicaron a los invitados que se dirigieran al buffet, lo que ayudó a Doug a recuperar la razón. Había perdido una oportunidad perfecta de sacarle información con el pretexto de conocerla mejor. No sólo no comprendía por qué no lo había hecho, sino que se sentía completamente descentrado.

—Salvada por la campana —musitó.

—¿Cómo dices?

—Nada. ¿Qué te parece si vamos por algo de comer?

—Vamos.

Efectivamente, Doug necesitaba poner distancia con aquel momento. ¿En cuántos líos podía meterse durante el transcurso de una cena? En demasiados.

Con los platos llenos de comida, se dirigieron a las mesas que se habían colocado para la cena. A sugerencia de Juliette, se sentaron en una que estaba en un lugar más reservado.

Doug se estaba empezando a dar cuenta de que no podía negarle nada cuando tenía aquel brillo de excitación en los ojos, el brillo que indicaba que estaba experimentando algo por primera vez. Él había crecido rápidamente, primero en las calles y luego al lado de Ted Houston. Había aprendido cómo engatusar al diablo para conseguir la información que deseaba, por lo que le sorprendía mucho alegrarse por estar dándole buenos recuerdos que la ayudaran a olvidar los más dolorosos que, sin querer, él le había causado.

Verla comer estaba resultando ser una experiencia muy sensual. Era una delicia cómo se lamía los dedos antes de secárselos ligeramente en la servilleta. Entonces, dejó la servilleta a un lado y bostezó.

—Juro que no es la compañía.

—Es el viaje. Lo sé. Me sorprende que hayas aguantado hasta tan tarde. ¿Quieres marcharte ya a tu bungaló?

—Por mucho que me cueste decirlo, creo que eso sería lo mejor.

—Lo entiendo. —Tras depositar sus envoltorios de papel y las

sobras en los cubos de la basura, Juliette se volvió de nuevo hacia él.

—Me he divertido mucho esta noche.

—Yo también, pero hasta que no te haya acompañado hasta tu puerta, no se ha terminado.

—No tienes por qué hacerlo, aunque me gustaría que lo hicieras.

Mientras la acompañaba hasta la puerta de su bungaló, Doug se sintió como un muchacho en su primera cita, en vez de un experimentado reportero que luchaba por conseguir una historia. Sin embargo, sabía que todas las tareas requerían tiempo y que eso era lo que necesitaba para conseguir lo que esperaba.

—Bueno, ya estamos aquí —dijo ella, apoyándose contra la puerta del bungaló.

Por el brillo que vio en sus ojos, Doug comprendió que ella no escaparía rápidamente tras darle atropelladamente las buenas noches, aunque, por la respuesta que estaba experimentando su cuerpo, no era eso lo que deseaba.

La fantasía de Juliette. Se había esforzado tanto por descubrirla, aunque sólo hubiera sido por sus egoístas propósitos… Sin embargo, poco a poco, estaba dándose cuenta de que aquélla no era la única razón de que quisiera hacer realidad sus sueños. Disfrutaba dándole la atención que ella deseaba y gozaba con el brillo que veía en sus ojos.

Dio un paso al frente y le acarició suavemente la mejilla. Juliette suspiró y, sin poder evitar el impulso, Doug enredó un dedo en uno de los rizos de su cabello. Era tan sedoso como había imaginado, pero su piel lo era aún más.

Suavemente, la tomó entre sus brazos. Los labios de la joven estaban tan cerca que casi estaban besando los de él. ¿Serían tan deliciosos como su piel? ¿Se escaparía a su control el breve beso de buenas noches que iba a darle, convirtiéndose en un fuego imposible de apagar? Se prometió guardar las distancias y se juró una vez más que el sexo no pasaría jamás a formar parte de la ecuación.

Cuando la besó, supo que aquello no tenía nada que ver con sus propósitos y todo con el deseo que ella le hacía sentir. Entonces, lo descubrió. Los labios de Juliette eran suaves, pero decididos. Sabían a la dulzura de la piña colada y recibieron sus caricias con un ansia que no debió tomarlo por sorpresa, pero así fue.

A pesar de que aquel beso iba destinado a dejarla deseando más, era él el que anhelaba un contacto más íntimo. Como si Juliette le hubiera leído los pensamientos, separó los labios y dejó que su lengua se deslizara al interior de la boca y la hiciera suspirar de placer. Sin pensarlo, la aprisionó entre su cuerpo y la puerta del

bungaló. Juliette le rodeó la cintura con las manos.

Durante un momento, Doug dejó que su cuerpo se moldeara al de ella, le permitió que sintiera lo que le hacía. Entonces, en lo que debió de ser el movimiento más difícil de su vida, dio un paso atrás y rompió el beso. Sin embargo, no interrumpió el contacto entre sus cuerpos. Apoyó la frente sobre la de ella y escuchó la atribulada respiración de Juliette, que armonizaba perfectamente con los rápidos latidos de su corazón.

—Eres muy hábil —murmuró ella.

—Tú tampoco lo haces mal —replicó Doug, riendo. Entonces, levantó el rostro.

—Me lo tomaré como un cumplido —dijo Juliette mientras llevaba un dedo a los labios de él, lo que volvió a despertar su deseo.

—Esa era mi intención. Ahora, deberías dormir.

Le quitó la llave de la mano y abrió la puerta del bungaló. Sin embargo, no hizo ademán por entrar tras ella cuando Juliette cruzó el umbral y le deseó buenas noches.

Cuando la puerta se cerró, Doug se echó a temblar.

—Maldita sea…

Necesitaba una estrategia, y la necesitaba muy pronto. Si no, corría el peligro de perderse en Juliette Stanton sin cumplir el propósito que lo había llevado allí. Un propósito que ella le hacía olvidar demasiado fácilmente.

Capítulo 3

Juliette se desperezó en la cama. Al ver que ya había amanecido, se sorprendió. Había dormido estupendamente.

La cama, que era muy cómoda, ofrecía espacio más que suficiente para dos personas. La noche anterior, se había desvelado deseando no estar sola. Deseando haber tenido el valor de invitar a Doug a pasar.

Sin embargo, no lo había hecho y él no lo había sugerido. Era un caballero, algo que le gustaba mucho de él. Se estaba tomando las cosas muy lentamente, algo que producía en ella sentimientos encontrados.

Se obligó a levantarse y se dirigió al cuarto de baño. Sabía que había sido la traición de Stuart la que la había hecho dudar de que fuera deseable para los hombres, pero no podía negar la necesidad que tenía de que Doug demostrara que estaba tan interesado por ella como ella por él.

En lo que se refería a aquel hombre, sus deseos estaban lejos de sentirse satisfechos, y no estaba hablando sólo de la parte física. Deseaba también conocerlo mejor. Quería saber cuál era su fantasía y si ella era una parte integral para su realización. Dado que las aventuras de una noche no eran su estilo, apreciaba la oportunidad de poder conocerlo antes de pasar a una intimidad para la que, emocionalmente, no estaba preparada.

Terminaba de lavarse la cara y de cepillarse los dientes cuando alguien llamó a la puerta. El sonido de unos nudillos sobre la madera la sobresaltó. Entonces, recordó que la noche anterior había colgado en su puerta la tarjeta por la que se requería servicio de habitaciones.

—¡Ya voy! —exclamó. Con un estómago lleno y su dosis de cafeína se sentiría mucho mejor para enfrentarse con la playa, con los biquinis y con Doug, aunque no necesariamente en ese orden.

Rápidamente, se dirigió al armario para encontrar algo con lo que cubrir el ligero camisón que llevaba puesto. El albornoz de algodón que había metido en la maleta había sido sustituido por una bata corta de seda, cortesía de Gillian. Aquella prenda no resultaba muy adecuada para abrir la puerta. Juliette revolvió entre su ropa, esperando encontrar algo más adecuado, pero su hermana se había asegurado de que lo cómodo se viera sustituido por lo sensual.

La persona que esperaba al otro lado de la puerta volvió a llamar.

—¡He dicho que ya voy!

Suspiró y tomó la bata de seda. Era aquello o el camisón. Rápidamente se envolvió en la prenda y se anudó el cinturón mientras caminaba hacia la puerta.

Abrió la puerta para que el camarero pudiera entrar con la comida. Sin embargo, el hombre que esperaba, no era un camarero. Era Doug. Al verlo, el corazón le dio un vuelco. Llevaba puestas las gafas que tenía la primera vez que lo vio. Con una ligera barba y una sensual sonrisa en los labios, daba un nuevo significado a la palabra sexy. Al recordar que ella misma había besado aquellos mismos labios, se echó a temblar y, sin pensar, se cerró un poco más la bata, como si aquello pudiera protegerla de él.

«Como si quisiera protección», pensó, sin poder evitarlo. Por el modo en que Doug inclinó la cabeza, supo que había notado su intento por cubrirse. Al notar la calidez de su mirada sobre la piel, sintió como si fuera a abrasarse.

—¿Pediste servicio de habitaciones?

Había estado tan absorta, mirándole el rostro, que no se había dado cuenta de que llevaba una bandeja de desayuno en las manos y un ramo de flores bajo el brazo. Entonces, le entregó las flores.

—Gracias —susurró ella, tras inhalar su delicado aroma.

—De nada. Puedo poner la bandeja en la terraza para que podamos comer allí o podemos comer dentro. O la puedo dejar sobre la mesa y dejarte en paz, pero te ruego que te apiades de mí porque esta cosa es bastante pesada.

Juliette dudaba que supiera exactamente la naturaleza de su fantasía, pero no podía negar que la estaba cumpliendo hasta el último detalle. Sabía cómo ocuparse de ella y hacer que se sintiera especial. Estaba segura de que no le preocupaba lo más mínimo que ella le pidiera que se marchara. ¿Por qué iba a hacerlo? Ella quería que se quedara tanto como, aparentemente, él deseaba hacerlo.

—Si voy a desayunar bajo este cálido sol, admirando un hermoso jardín de plantas tropicales, no me gustaría hacerlo sola. La puerta de la terraza está abierta. ¿Por qué no colocas la bandeja allí? —le sugirió.

Sin darse cuenta, dejó caer la mano. La bata se le entreabrió, dejando a la vista parte del encaje del camisón. No obstante, aunque los ojos de Doug se oscurecieron, ella supo que no había revelado mucho.

Él suspiró. Había pensado que dormir bien a lo largo de aquella noche le daría objetividad, distancia y una renovada cautela para poder sacarle la información que necesitaba. Era un profesional y

tenía muchas razones para centrarse plenamente en su objetivo. Incluso había descartado la posibilidad de que Merrilee no le permitiera quedarse en el complejo.

Sin embargo, al admirar a Juliette vestida con aquella sensual bata, supo que permanecer indiferente a ella no era algo que pudiera conseguir fácilmente. Su plan para aquel día los mantendría ocupados y le daría la oportunidad de entablar conversación con ella para que, posiblemente, Juliette tuviera ocasión de revelar algo de lo que andaba buscando. No obstante, era del presente de lo que debía ocuparse en primer lugar. Ver el aspecto que ella tenía por la mañana había provocado que hablar quedara en un segundo plano y que el deseo se hubiera apoderado de él.

Ya había reconocido su debilidad por las mujeres atractivas. Y Juliette, recién levantada de la cama, tan hermosa, lo tentaba de un modo que hacía que sus instintos más básicos estuvieran a punto de anteponerse a los más urgentes.

Como pudo, entró en la cabaña, y, tratando de no prestar atención a las revueltas sábanas de la cama, se dirigió directamente a la terraza.

—He tenido fantasías sobre esto —dijo ella, con voz profunda, a sus espaldas.

—¿Sobre los pastelitos de mantequilla? —le preguntó él, mostrándole la selección que llevaba en la bandeja. Aquello era mejor que dejarse llevar por las fantasías reales con una mujer a medio vestir a la que deseaba.

—Sobre desayunar en una isla tropical, con un hombre muy atractivo a mi lado —replicó Juliette, saliendo también a la terraza —. ¿Y cómo puedes hablar como si sólo hubiera pastelitos de mantequilla? —añadió, mientras se sentaba en una de las sillas, cruzando las piernas y revelando una piel tan suave que hizo que Doug babeara más por ella que por la comida que había en la bandeja.

—Porque prefiero los dulces.

—¿Dulces como éste? —preguntó Juliette, tomando una fresa entre los dedos—. ¿O más como esto? —añadió, mostrándole uno de los pastelitos.

—No —respondió Doug, inclinándose sobre ella, muy cerca de su cabello revuelto y de su fresca piel—. Más como esto.

Entonces, le acarició suavemente los labios con los suyos. Tenía la intención de no dejarse llevar por la pasión y lo consiguió hasta que ella suspiró. En aquel momento, sintió que las rodillas le cedían. Si no hubiera sido porque estaba agarrado a la silla, se habría caído a sus pies.

Lentamente, levantó la cabeza y encontró que ella lo estaba

estudiando, con una dulce sonrisa en los labios.

—¿Ha sido lo suficientemente dulce? —preguntó.

—Por ahora —respondió él. Decidió que, tras aquel pequeño aperitivo, era hora de ponerse manos a la obra, por lo que fue rápidamente a sentarse al otro lado de la mesa—. Bueno, ¿estás disfrutando de tus vacaciones?

—Más a cada momento que pasa. ¿Café?

—Sí, pero permite que sea yo el que lo sirva. Yo hago de camarero aquí, ¿te acuerdas?

—Tú trajiste el desayuno, pero eso no significa que no pueda ayudarte a servirlo. No soy una inútil.

—En ese caso —susurró él, colocándose las manos detrás de la cabeza—, me encantaría tomar una taza. Solo. Bueno —añadió, mientras Juliette le servía el café—, sé que no eres una inútil y tampoco una feminista…

—¿Y cómo has sabido eso?

—Porque anoche te quité la llave, te abrí la puerta y todavía vivo para contarlo.

—Piensa lo que quieras —comentó ella, riendo—, pero si alguna vez pisas mis derechos, ya verás quién soy yo.

—No me cabe ninguna duda de que sabes defenderte muy bien, pero volvamos a lo que iba a decir antes. No eres inútil y tampoco una feminista radical, entonces, ¿qué es lo que eres?

—¿En la vida real? —preguntó Juliette mientras se tomaba un trozo de donut.

—Sí, en la vida real. No pienso dejar que el mundo exterior se entrometa aquí, pero me gustaría conocerte un poco. Y también que tú me conocieras.

Sabía que le encantaría compartir con ella todo lo que pudiera. Se había pasado su juventud cuidando de sí mismo e incluso después de que los Houston se lo llevaran a su casa, había tenido miedo de contarles demasiado sobre sí. Sus padres adoptivos habían necesitado mucha paciencia para poder ganarse su corazón. Sin embargo, con Juliette, una mujer a la que acababa de conocer, estaba deseando abrirse tanto como quería escuchar todo lo que ella tuviera que decirle. Sabía que aquello era muy peligroso, porque significaba que ella lo estaba afectando de un modo que podía poner en peligro su historia. Y su corazón.

—Te lo pondré fácil y, primero, te contaré algo sobre mí. Soy escritor —comentó él antes de tomar un sorbo de café.

—Yo soy asesora de relaciones públicas para una empresa farmacéutica. Y estoy soltera —añadió, haciendo que Doug se atragantara—. Pensé que te gustaría saberlo.

—Yo también. Me refiero a lo de estar soltero.

—¿Has estado casado alguna vez?

—No —respondió él, dándose cuenta de que aquel interrogatorio le abría la puerta para preguntas propias.

—¿Has estado alguna vez a punto de hacerlo?

—¿Es posible estar a punto de hacerlo si nunca has tenido la intención de hacerlo?

—Lo es si te ves arrastrada por las circunstancias…

—En mi caso, podríamos decir más bien que me impliqué en una relación en la que los dos queríamos cosas diferentes. Ninguno de los dos nos dimos cuenta hasta que fue demasiado tarde.

—¿Demasiado tarde para qué? —quiso saber Juliette.

—Demasiado tarde para evitar que alguien sufriera.

—Yo sé muy bien de lo que estás hablando.

—Supongo que al menos tenemos eso en común.

—Mmm…

Juliette no sabía lo que la había empujado a hacerle todas aquellas preguntas sobre asuntos que ella misma quería evitar, pero, como Doug, se alegraba de que tuvieran eso en común. Sin embargo, no estaba lista para divulgar nada más, por muy estrecha que fuera la relación que quisiera tener con él.

—Bueno —comentó ella, tratando de cambiar de tema—. ¿Qué tienes planeado para hoy?

—Pensé que podríamos probar algunas de las actividades que ofrece el complejo.

—¿Huyendo del peligro?

—¿Te ha dicho alguna vez alguien que eres demasiado perspicaz? —le preguntó él, riendo, aunque evitó mirarla a los ojos.

—No recientemente.

—Bueno, pues no dejes que las opiniones de la gente te hagan subestimar tu valía.

—Necesito darme una ducha y cambiarme antes de salir —dijo ella, recordando que siempre se había medido por el estándar de Stuart.

—Y yo tengo algunas cosas de las que ocuparme con Merrilee.

¿Sería referente a su fantasía o sólo en relación con su estancia en la isla? Juliette entornó los ojos. Se moría por preguntarle, pero no lo hizo. Sabía que si él respetaba los detalles de su fantasía, ella debía hacer lo mismo con los de la de él. Aquello era algo de lo que no tenían por qué hablar, a menos que ella quisiera confiar en él. Una posibilidad muy remota.

—Déjame acompañarte.

—Tú relájate. Me reuniré contigo más tarde, en la piscina.

—Eso espero.

—Cuenta con ello —dijo él, poniéndose de pie.

Antes de marcharse, le dedicó un guiño que hizo que el estómago le diera un vuelco. Mientras se dirigía a la puerta, Juliette miró los pantalones vaqueros cortados, que se moldeaban a su firme trasero y la sudadera de manga corta, que revelaba unos brazos fuertes y bronceados. Era tan atractivo…

Fuera o no lo acertado, fuera o no una estupidez, quería todo lo que Doug pudiera ofrecerle. Quería conseguir su más profundo deseo con él. Quería que la tomara entre sus brazos, que la hiciera sentir no sólo deseada, sino también segura, algo que sabía que él conseguiría sin ningún esfuerzo. Quería admitir el dolor que había habido en su vida y dejar que fuera Doug quien la ayudara a subsanarlo.

Él mismo le había dado una breve perspectiva sobre su alma, algo que Stuart nunca había hecho. En todo el tiempo que habían pasado juntos, nunca la había mirado de aquel modo ni había hablado de nada emocional con ella, a excepción de su campaña.

Doug era diferente. No podía estar fingiendo el calor que se reflejaba en sus ojos ni en su expresión. Aunque sólo estuviera allí para hacer que su fantasía se convirtiera en realidad, sentía que también estaba aprendiendo algo sobre él. Su instinto le gritaba que confiara en él de un modo como nunca había sentido con Stuart.

Después de haber cometido un grave error, Juliette no estaba dispuesta a precipitarse. Tendría tiempo suficiente para aprenderlo todo sobre Doug y aprender también a confiar en sí misma. Mientras tanto, pondría sus armas de mujer a prueba. Cuando finalmente hiciera el amor con él, algo que deseaba de todo corazón, la experiencia sería la respuesta a sus sueños.

Mientras tanto, la anticipación era la mitad de la diversión, algo que, evidentemente, Doug comprendía bien. Estaba construyendo su relación muy lentamente, con suaves besos e íntimos gestos, como las flores y el desayuno.

Sin embargo, ella esperaba mucho, mucho más.

Doug necesitaba un respiro. Se dirigió hacia la playa y se sentó en una de las tumbonas, dejando que las olas y que la suave brisa de la mañana le calmaran los nervios y la conciencia.

Después de dejar a Juliette, había llamado a su casa para preguntar por su padre. No le habían dado el alta y le estaban haciendo más pruebas. Su madre había insistido en que Doug siguiera con su trabajo, dado que el estado del padre había mejorado muchísimo desde que se había marchado después de prometerle que regresaría con nuevas noticias. Así que, por el momento, su padre estaba descansando cómodamente. Él, por el contrario, no.

Había visto cómo se le encendían los ojos a Juliette cuando apareció en el umbral de su bungaló, con el desayuno y las flores. Él mismo había sentido que se alegraba mucho de verla, a pesar de que sólo habían pasado una noche separados. Sus sentimientos habían sido muy reales, no parte de una fantasía.

—Buenos días, Doug —dijo Merrilee, de repente, antes de sentarse en otra hamaca a su lado—. ¿Estás disfrutando de la paz y de la tranquilidad?

—Estoy disfrutando de todo lo que ofrece este lugar.

—Gracias. Estoy segura de que te has estado preguntando cuál ha sido es mi decisión.

—Confío en tu buen juicio. Espero que hayas podido conseguir confiar en mí.

—Me parece muy interesante que seas tan astuto como para darte cuenta del hecho de que la confianza debe ir por ambas partes. Cuento con que recuerdes ese detalle cuando estés con Juliette.

—Juliette es muy lista, lo suficiente como para sacarme información sin que yo le haga las mismas preguntas que ella me ha hecho a mí.

Se dio cuenta de que aquello nunca le había ocurrido. La inocencia y la ingenuidad de la joven le atraían de un modo que no comprendía. Si no tenía cuidado, podría terminar deseando más que confiara en él que el que le diera información, algo que no podía permitirse.

—¿Estás diciendo que has encontrado a tu pareja? —le preguntó Merrilee, riendo.

—¿Me estás diciendo que me puedo quedar? —replicó él sin contestar.

—Doug, no me perdería esto por nada del mundo, pero no te equivoques. Si le haces daño a Juliette Stanton en vez de hacerla feliz durante el tiempo que pase en mi isla, responderás delante de mí y de mis abogados.

—Te doy mi palabra de que no quiero hacerle daño a Juliette Stanton —prometió él, extendiendo la mano y agarrando la de Merrilee con firmeza.

—De acuerdo. Ven a mi despacho para que puedas firmar los papeles que documentan tu fantasía.

—Encantado. Por cierto, he visto a varias personas que desembarcaban del hidroavión. ¿Está la isla completa esta semana?

—Soy muy afortunada porque, desde que abrí mis complejos turísticos, no he tenido vacantes ninguna semana. Les he hecho un hueco a algunas personas al final de esta semana porque parecen estar más desesperados que la mayoría. Lo hago algunas veces, si la

persona me toca un punto sensible.

—Algo me dice que eso ocurre con la mayoría de la gente. Eres una mujer como las que ya no hay, Merrilee. Sincera, cariñosa…

—Y tú eres un seductor —replicó ella, riendo—. En realidad, soy una mujer madura. He vivido y he visto lo suficiente como para comprender la alegría de otras personas… y también el dolor. Lo suficiente como para hacer que este negocio sea un éxito.

—Perdóname por preguntarte esto, pero la primera vez que nos vimos noté cierta tristeza en tus ojos.

—Eres periodista —dijo Merrilee, con una tierna sonrisa—. No espero que pasen muchas cosas desapercibidas a esos ojos de águila, pero tienes razón. Perdí a mi prometido en la guerra de Vietnam. Me casé después, pero no fue lo mismo. Me pasé la vida preocupándome de las necesidades de otra persona a costa de las mías.

—Me parece que el hecho de que hayas abierto estos complejos turísticos supone lo mismo.

—Sí, pero me alegra ver cómo las fantasías de otras personas se hacen realidad. Nueve de cada diez veces el resultado no es lo que habían imaginado, pero, a menudo, es mucho mejor de lo que habían esperado.

—Parece un jeroglífico.

—Vuelve a hablar conmigo cuando haya acabado la semana —dijo Merrilee, mientras se ponía de pie y Doug hacía lo mismo—, pero no dudes en pasar por mi despacho cuando sientas la necesidad. Siento mucha simpatía por ti, Doug Houston.

—El sentimiento es mutuo.

—Entonces, no me desilusiones.

Con eso, Merrilee se marchó, caminando lentamente por la playa. Doug soltó un gruñido. No le había pedido más de lo que tenía derecho a esperar. De hecho, no había requerido más de lo que él pedía para sí mismo. Sin embargo, no podía evitar tener la sensación de que estaba caminando por un terreno muy personal. Y Merrilee lo sabía.

Cuando salía por el edificio principal, se detuvo en recepción para organizar todos los detalles necesarios para una velada muy especial. Cuando tuvo acceso al informe de Juliette en Fantasías Inc., había descubierto más sobre ella de lo que habría soñado nunca. No sólo sabía las cosas de las que tenía miedo, como el esquí acuático, sino también las cosas que le gustaría experimentar, lo que iba desde un viaje en globo a montar a caballo a orillas del mar. Las preguntas de Merrilee siempre eran muy extensas, por lo que Doug contaba con la información necesaria como para asegurarse de que Juliette nunca olvidara aquella experiencia.

Estaba seguro de que él mismo no olvidaría ni un segundo.

Después de preparar la velada, se dirigió a la piscina. Había muchas personas allí, pero no le costó ningún trabajo ver a Juliette sobre una de las tumbonas. Ninguna otra mujer tenía su mismo color de cabello ni lo atraía tan intensamente.

Cuando llegó a su lado, se dio cuenta de que estaba dormida. Colocó una silla enfrente de ella y apoyó los pies en su tumbona. Por primera vez en su vida, Doug se sintió satisfecho con contemplar cómo dormía una mujer.

El pecho subía y bajaba lentamente. Sus rotundos senos se ceñían bajo la tela del biquini, que aprisionaba sus pezones con fuerza. En contraste con su sensual cuerpo cubierto con aquel minúsculo traje de baño, el rostro, libre de maquillaje, relucía con el aceite de bronceado. Su rostro, completamente relajado, tenía una inocente apariencia que conmovió su alma más de lo que hubiera querido.

Cruzó las manos sobre el vientre y se preguntó por qué lo atraía tanto. Sin embargo, antes de que pudiera encontrar una respuesta, ella entreabrió los ojos y se rebulló en la hamaca. Se preguntó si estaría soñando o sobre qué lo estaría haciendo. Y con quién.

Minutos más tarde, Juliette se despertó, sobresaltada. Doug la contempló, absorto, mientras ella iba comprendiendo poco a poco dónde estaba.

—Por fin te despiertas.

—¿Cómo…? ¿Cuándo…? —preguntó ella, todavía algo azorada, con un ligero rubor en sus ya bronceadas mejillas—. No importa. Estoy segura de que no lo quiero saber.

—Sólo llevo aquí unos minutos y, por si es eso lo que te estás preguntando, no roncas.

—Vaya, gracias.

—¿Has descansado bien? —preguntó él. Ella asintió y luego apartó rápidamente la mirada, lo que hizo que Doug se preguntara una vez más por los sueños que habría tenido—. ¿Sigues interesada en las actividades que ofrece este complejo?

—Claro. Después de nadar un poco y de tomarme una bebida fría. ¿Qué se te había ocurrido?

—Voley playa y luego una sorpresa.

—Me encantan las sorpresas —dijo Juliette con una amplia sonrisa.

—Entonces, dispongámonos a comenzar. Te echo una carrera hasta la piscina —sugirió Doug mientras se quitaba la camisa y la tiraba encima de la bolsa de playa de Juliette. Entonces, al ver cómo ella admiraba su torso desnudo, sonrió—. Si sigues mirándome de ese modo, ni siquiera la piscina logrará enfriarme.

—Hay muchas otras maneras aparte de la piscina para ocuparse de tu problema —ronroneó ella, con los ojos oscurecidos por una pasión que resultaba imposible de confundir.

Por primera vez desde que se conocían, Juliette no apartó la mirada tras lanzar un comentario provocativo. Aunque se ruborizó ligeramente, en sus ojos brillaba una decisión que no había visto antes. Doug se dio cuenta de que estaba cómoda con él, lo suficiente como para que bajara la guardia. Los recelos iniciales habían desaparecido. A partir de aquel momento, Doug sólo podía esperar que el cielo lo ayudara.

Capítulo 4

Juliette se zambulló en la piscina. El agua estaba lo suficientemente fresca como para devolverla a la realidad y hacer que se olvidara del sensual sopor en el que su sueño la había sumido. Se había quedado dormida pensando en él, en sus talentos eróticos, y todos sus sentidos se habían despertado por ello. En su imaginación, Doug la había llevado a un febril e insatisfecho estado de deseo. Cuando se había despertado, sin haber logrado cumplir sus anhelos, había descubierto que él la estaba observando.

Cuando salió de debajo del agua, Doug surgió también a su lado.

—¿Qué hay de esa bebida? —le dijo Doug, señalando la cascada que había en el centro de la piscina y el bar tropical.

—Creo que esperaré un rato —respondió ella, poniéndose a flotar en el agua. No quería ni imaginarse cómo reaccionaría su cuerpo ante una combinación de alcohol, sol y Doug.

—¿Qué te parece entonces si compartimos una colchoneta?

Juliette se agarró al lado que él le ofrecía y juntos flotaron en la parte más profunda de la piscina, a la deriva y solos.

—Hay que admitir que esto es vida.

—Con toda seguridad es mucho mejor que la rutina diaria…

—Dijiste que eras escritor.

—Sí, sigo los pasos de mi padre.

—¿Te importa si te pregunto de cuál de ellos?

—Ted Hou… mi padre adoptivo. En realidad, es el único padre que tengo. Mi padre biológico se marchó, así que no hay razón alguna para acordarse de él.

—¿Tienes buena relación con tus padres adoptivos?

—Son los mejores que podría tener.

—Eso mismo pienso yo de los míos. Creo que es un regalo maravilloso cuando puedes mirar tu infancia y saber que ha sido muy buena. ¿Sientes alguna vez que debes algo a tus padres por darte mucho más que un simple techo bajo el que cobijarte? Claro, me refiero a tus padres adoptivos…—dijo Juliette.

—Sé que les debo mucho. En mi caso, me sacaron de la calle.

—¿Cómo fue eso?

—Yo tenía diez años. Hacía días que no había dormido, si no se cuenta descansar sobre el banco de un parque, y no había comido desde hacía el doble de tiempo. Estaba a punto de que me llevaran a una familia de acogida y también a punto de que me arrestaran —

dijo Doug. Al oír aquellas palabras, Juliette colocó la mano sobre el brazo de Doug, para así transmitirle que comprendía lo que estaba contando. Entonces, con la mano que le quedaba libre, él cubrió la de ella—. Algunas veces, en medio de la noche, me despierto hambriento y tengo que pellizcarme para recordar que tengo un frigorífico repleto en la planta de abajo y que ya no soy un muchacho de diez años, que se ha quedado sin opciones y que tiene que recurrir a robar carteras para poder comer.

—Lo siento. Cuando te hice esa pregunta estaba pensando en mi padre y en cómo puedo ayudarlo ahora. Nunca imaginé…

Juliette sacudió la cabeza, sin saber qué decir. Había hablado de su padre, aunque sin mencionar el nombre, pero no le importó compartir aquella información con Doug. No cuando él le había contado una etapa tan dura de su pasado.

—Cuando uno sabe lo afortunado que es por tener buenos padres y, créeme, yo sé lo que es, no hay nada que uno no hiciera a cambio de todo lo que se le ha dado. Eso es algo que yo comprendo muy bien.

Juliette asintió. Evidentemente, Doug podía entender perfectamente su deseo de cuidar y de proteger a las personas que la habían criado.

—Me parece que estás aquí para solucionar algo. ¿Se trata de algo relacionado con tu padre? —le preguntó Doug, apretándole ligeramente la mano.

—Podríamos decir eso.

Se peguntó lo que Doug le aconsejaría si supiera la verdad sobre quién era y todo lo que había pasado. Se preguntó si podría abrirle su corazón y confiar en él. Después de todo, había cometido muchos errores como para confiar en su buen juicio, pero algo le decía que Doug era diferente, que no la utilizaría del modo en que lo había hecho Stuart. Ya había decidido confiar en él físicamente. Sus sentimientos no podrían andar muy a la zaga.

De repente, una mujer anunció que comenzaba el partido de voley playa, lo que rompió la oportunidad de compartir más profundamente lo que había entre ellos en aquellos momentos.

—Actividades organizadas —dijo Juliette con una sonrisa—. Son para las personas que no pueden permanecer ociosas.

—Y para las personas a las que les gustan las multitudes —musitó Doug, antes de zambullirse de nuevo en el agua.

Juliette lo había vuelto a hacer. Nunca había revelado su doloroso pasado a nadie, y menos a una mujer. Erin se habría postrado a sus pies para que le suministrara aquella información. No había tenido deseos de compartirlo con ella, que había sido su novia durante dos años y, sin embargo, en un día, Juliette conocía

sus más íntimos secretos. Sólo esperaba que su deseo por conocer más datos sobre el ex novio de la joven hubiera sido la causa por la que se había sincerado de aquella manera. Temía perder su propio corazón y odiaba cada vez más el constante sentimiento de culpabilidad que lo acompañaba a cada paso.

Doug volvió a salir a la superficie y se sacudió el agua del cabello antes de agarrarse a la colchoneta.

—¿Te interesa el voley playa?

—Sé que dijiste que querías probar algunas de las actividades que se organizan, pero creo que voy a pasar del voley playa. Prefiero la compañía de alguien muy especial a la de un grupo grande —añadió, mirándolo intensamente a los ojos.

—¿Recuerdas que tengo algo muy especial planeado para nosotros? —dijo él, que, a pesar del riesgo que suponía, también prefería estar con ella a solas.

—¿Me vas a contar de qué se trata?

—Lo haré muy ponto. Por ahora, lo único que necesitas hacer es regresar a tu bungaló. Todo lo que necesitas para esta noche te está esperando allí.

—Si no tengo cuidado, me podría acostumbrar a tantas atenciones.

—No hay razón alguna por la que no debieras hacerlo. Una mujer como tú se merece lo mejor —susurró. Entonces, extendió hacia delante las piernas por debajo del agua y las entrelazó con las de ella. Juliette le recompensó con una enorme sonrisa.

El corazón de Doug empezó a latir rápidamente. En aquel momento, supo que estaba perdido. Debería haberse dado cuenta cuando le contó todos los detalles de su infancia. Sólo con aquella sonrisa, había comprendido que estaba empezando a tener unos sentimientos muy fuertes por aquella mujer.

Cuando le dijo a Merrilee que creía en los finales felices, no había mentido. Lo único que ocurría era que nunca habría pensado que una mujer pudiera inspirar aquella clase de sentimientos en él, y mucho menos Juliette Stanton, la mujer a la que sólo necesitaba por unas razones egoístas. Sólo quería la información que ella tenía y que él tanto necesitaba. Acababa de admitir que había ido a la isla para solucionar algo que estaba relacionado con su padre. Se preguntó si el senador Stanton estaría implicado con su protegido en aquellos negocios tan sucios, aunque dudaba que fuera así. En la información de la que disponía, nunca se había mencionado al senador y su reputación estaba por encima de toda duda.

Aquellos pensamientos hicieron que Doug volviera a pensar de nuevo en Juliette y en su relación con Stuart Barnes. Aquella mañana, ella le había preguntado si había estado comprometido.

Juliette había hablado de verse arrastrada por las circunstancias y de que así, una persona podría terminar hasta contrayendo matrimonio. Sin duda alguna, había estado hablando tanto sobre sí misma como sobre él.

Así que Juliette sería capaz de comprender lo que significaba anteponer a un padre a sí mismo. Desgraciadamente, no apreciaría ser la que resultara sacrificada por dicha causa. Pensó entonces en su padre, que estaba en la unidad de cuidados intensivos, y en la sonrisa que había visto en su cansado rostro cuando había ido para decirle que se marchaba a buscar su historia. Sólo sabía una cosa. No le había quedado elección.

¿Cómo lo sabía? Juliette estaba delante de la puerta del armario, que era también un espejo de cuerpo entero, mirando los vaqueros, la camisa blanca con la camiseta debajo y un par de sencillas botas negras. Todo era de su talla, todo resultaba cómodo y fácil de llevar. Se preguntaba una y otra vez cómo Doug había podido saber lo mucho que necesitaba aquellas prendas que simbolizaban una vida corriente.

No se había puesto algo tan simple desde la universidad. Ya no había un par de vaqueros en su guardarropa. Siempre, y especialmente desde que había empezado a salir con Stuart, había sido muy consciente de ser el foco de atención, por lo que siempre había salido de la casa muy bien vestida y con aspecto muy conservador.

Cuando oyó el timbre, echó a correr hacia la puerta, con la intención de darle las gracias a Doug en cuanto lo viera. Sin embargo, cuando le rodeó el cuello con los brazos y sintió que él le acariciaba la cintura, sintió que la simple gratitud se convertía en algo más, algo básico y elemental, salvaje y libre.

Echó la cabeza hacia atrás, tan sólo con la intención de mirarlo, pero aquel movimiento tuvo como resultado un contacto más íntimo entre ellos. Su firme pecho, cubierto por una camisa vaquera, se apretaba contra el de ella, acrecentando las sensaciones de sus sensibles senos. La hebilla del pantalón se le apretaba contra el vientre, pero aquella presión no era nada comparado con la firme columna de su erección, que se frotaba contra su feminidad y agrandaba aún más su deseo.

—¿A qué debo una recepción tan entusiasta? —preguntó Doug sin soltarla.

—Has anticipado mis necesidades.

—¿Cómo puedes estar tan segura de eso, cuando ni siquiera conoces lo que tengo planeado para esta noche?

—Con los vaqueros será más que suficiente.

Doug la retiró lo justo y la hizo girar sobre sí misma para poder admirarla.

—Veo que te sientan muy bien —dijo. Al oír aquellas palabras, Juliette se sonrojó. Él lo vio enseguida y le acarició suavemente las mejillas con un dedo—. ¿Es que no has oído nunca antes un cumplido?

—Claro que sí, pero nunca dirigido a mí.

—En ese caso, los hombres de Chicago deben de ser ciegos. No me digas que una hermosa mujer como tú nunca ha tenido una relación seria.

Juliette suspiró. De repente, sintió deseos de compartir la verdad sobre su pasado, que se estaba convirtiendo en una carga demasiado pesada. Quería contárselo todo a Doug.

—Probablemente estuve más cerca de casarme que tú.

—¿Cómo de cerca?

—Lo suficiente como para llevar puesto el vestido de novia.

Doug se quedó sorprendido. Nunca había esperado que ella le contara tanto en tan poco tiempo. Los remordimientos volvieron a apoderarse de él.

Estaba utilizando su fantasía y todo lo que sabía que ella necesitaba de un hombre para conseguir la información que ayudara a su causa y, sin embargo, todavía no había hecho nada por ella. Todo era falso. Juliette era hermosa por dentro y por fuera y también muy deseable. Más que nada, quería que ella también lo creyera.

—¿Qué clase de estúpido fue capaz de estar a punto de casarse contigo y de dejarte escapar?

—De la clase que tiene aspiraciones más altas de las que se merece —dijo Juliette mientras se soltaba de él y se recogía el cabello en una coleta—. Bueno, ¿qué tienes planeado para esta noche?

El cambio de tema había resultado más que evidente. Doug sabía que tenía que aceptarlo. Después de todo, ella había confiado mucho más en él de lo que habría imaginado nunca en un solo día.

—¿Te da esto una pista?—respondió él, sacándose un pañuelo rojo del bolsillo.

—Nada.

—Me desilusionas. Si unes esas ropas a este pañuelo…

—Nada de nada —dijo Juliette entre risas.

—Parece que vas a tener que seguirme la corriente. Y confiar en mí —añadió, mientras plegaba el pañuelo y, tras colocarse detrás de ella, le vendaba los ojos—. Ahora sí que es una verdadera sorpresa.

—No veo nada —se quejó ella, extendiendo las manos.

—De eso se trata precisamente. Dame la mano.

Así salieron al exterior del bungaló, en dirección al coche eléctrico que él tenía esperando. La ayudó a sentarse y le colocó el cinturón de seguridad. Al inclinarse sobre ella y aspirar su olor, el deseo se apoderó de él, por lo que tuvo que rezar para tener fuerza de voluntad para contenerse.

—Bueno, ya está. ¿Te encuentras bien?

—Me muero de curiosidad, pero sí.

—Estupendo. La anticipación es la mitad de la diversión. Ahora, agárrate.

Rápidamente dio la vuelta al coche para ponerse al volante. Arrancó el vehículo y lo hizo bajar por un sendero apartado, hacia un lugar del que el personal de Merrilee le había hablado anteriormente.

—Bueno, ya hemos llegado —dijo, tras detener el coche—. ¿Tienes ya alguna pista? —añadió, al ver que ella olisqueaba el aire.

—Huele a…

Antes de que Juliette pudiera terminar la frase, Doug le quitó el pañuelo para que pudiera ver. La joven parpadeó mientras sus ojos se adaptaban a la luz y conseguía ver dónde estaban.

—¡Caballos! Huele a estiércol de caballo. ¡Estamos en un establo! —exclamó, encantada—. ¡Qué sorprendente! Siempre he querido montar a caballo —añadió mientras bajaba del vehículo—. Cuando era pequeña, le supliqué a mi padre que me comprara un caballo. Él se echó a reír y, en vez de eso, me compró un perrito. Él no hacía más que ir y venir de Washington DC. Lo hacía con tanta frecuencia que no habría podido cargar, ni cargarnos, con la responsabilidad de un poni, pero nunca dejé de desear uno.

Otro dato más. Doug sabía que aquél era un buen momento para preguntarle por su padre, pero no quiso destruir el momento. Además, estaba disfrutando demasiado con la alegría y la excitación que ella demostraba.

—No sabía que tuvieran caballos aquí.

—No hay mucho que Merrilee haya pasado por alto —contestó él.

—Entonces, ¿cuál es el plan?

—Vamos a ir a dar un paseo nocturno por la playa.

—No se me puede ocurrir nada mejor.

Al mirarla, Doug pensó que a él tampoco. El mozo del establo les advirtió sobre una tormenta tropical que se estaba acercando, algo muy común para aquella época del año. Doug le prometió que regresarían pronto o que utilizarían los refugios que había en la ruta. Lo más sabio sería dar un paseo rápido y regresar rápidamente, pero en lo que se refería a Juliette, no reaccionaba con sensatez alguna.

Después de recorrer los establos, se marcharon. Cuanto más se alejaban del complejo turístico, más hermosa era la playa. Como Doug tenía experiencia con los caballos, el que había elegido para Juliette era muy manso, por lo que el hecho de que el mar estuviera algo bravo por la próxima tormenta no le hacía encabritarse.

Aunque Doug había planeado aquel viaje para Juliette, él también se quedó atónito por la belleza que los rodeaba. Además, el hecho de que ella hubiera reaccionado como una niña ante los vaqueros o el paseo a caballo, la inocencia que Juliette tenía, en contraposición con su atribulada vida, lo sorprendía. De hecho, tanto lo afectaba que, a su lado, le parecía estar viendo el mundo por primera vez.

Gracias al sonido del océano y al ruido que hacían los caballos, no podían hacer otra cosa que no fuera centrarse en la belleza de lo que los rodeaba, por lo que Doug estaba muy agradecido. De hecho, aunque hubiera querido hablar, no habría podido. El nudo que tenía en la garganta era demasiado grande.

Se recordó que sus planes se centraban en una cena, algunas preguntas, y un rápido retorno a casa. Aquella velada estaba destinada a cumplir sus propósitos minimizando todo lo que fuera posible el riesgo para su corazón, algo que sospechaba que había sido más de lo que había esperado.

Finalmente, llegaron a su destino al otro lado de la isla. Doug le entregó los caballos al mozo del establo.

—¿Dónde estamos? —preguntó Juliette Como respuesta, Doug extendió la mano y la condujo a través de los establos. Entonces, la llevó hacia una casa pintada de color amarillo, rodeada de unos frondosos jardines tropicales.

—Esta casa es propiedad de una pareja que trabajaba en un restaurante de Nueva York y que se cansaron de la vida que llevaban allí. Se asociaron con Merrilee, se mudaron aquí y ahora preparan fiestas privadas.

—Así que, ¿estamos sólo nosotros? —dijo ella con una ligera nota de pánico en la voz.

—Podría llamar a la caballería si prefieres no estar sola —bromeó Doug, aunque comprendía la sensación que ella había expresado porque él mismo la sentía. El corazón le latía mucho más fuerte siempre que Juliette estaba cerca.

—No hay otro lugar en el que prefiriera estar…

De pequeña, había soñado con montar a caballo, pero nunca se había imaginado los sentimientos que aquella poderosa bestia podía despertar en ella. Sentada en el caballo y admirando el paisaje, había descubierto que nada de aquello tenía que ver con el pulso que le latía entre las piernas. El paseo parecía haber tenido

cualidades afrodisíacas, y su efecto no había disminuido cuando se había bajado del caballo con la ayuda de los fuertes brazos de Doug. Esperaba con impaciencia aquella velada en la intimidad.

Dos horas más tarde, satisfecha gracias a una deliciosa langosta y algo afectada por el vino, seguía sintiéndose de la misma manera. No había habido un momento de aburrimiento en la conversación. Habían hablando de una amplia variedad de temas, de preferencias, igual que ocurre en una primera cita.

Estaba más relajada de lo que debería estarlo, considerando el modo en el que Doug la estaba mirando. Sin embargo, no tenía dudas sobre quién era la persona con la que deseaba estar ni de que él fuera un buen hombre.

—¿Estás lista para regresar?

—¿Tanta prisa hay? —preguntó ella—. No querrás que me suba a ese caballo algo bebida, ¿verdad?

—Nunca habría dicho que una copa de vino en una cena que ha durado dos horas te iba a afectar tanto —comentó él riendo.

—¿Puedo contarte un secreto? —dijo Juliette, inclinándose sobre la mesa, al tiempo que con un gesto del dedo, le pedía que hiciera lo mismo.

Sin embargo, antes de que Doug pudiera responder, el camarero se les acercó.

—Perdónenme los señores.

—¿Sí? —preguntó Doug.

—Tengo un mensaje de la central. La tormenta se acerca más rápidamente de lo que se había supuesto en un principio. Los caballos están a salvo en el establo de aquí, pero ustedes tendrán que regresar en coche. Ya está esperándolos en la entrada, para cuando ustedes deseen marcharse.

—Gracias —dijo Doug. El camarero asintió y volvió a dejarlos solos.

Una tormenta. Juliette respiró profundamente. Su miedo a las tormentas era algo pueril y poco razonable. Era el resultado de una travesura de la infancia que las había dejado a Gillian y a ella, cuando sólo tenían ocho años, en una casa en un árbol. El miedo a que les regañaran había sido mucho mayor que su temor a la lluvia y, para cuando las niñas se dieron cuenta de la severidad de la tormenta, los rayos y los truenos les impidieron regresar a su casa. Su padre las encontró por fin, pero no antes de que un trueno partiera la rama de un árbol cercano. Desde entonces, el miedo que Juliette sentía de las tormentas formaba parte de su ser.

—¿Ves? Tenemos que volver en coche, así que no hay que preocuparse por que hayas bebido vino y tengas que montar a caballo.

—Es que hay otras cosas que me preocupan —dijo ella.

—Bueno, tú dirás…

—No es el vino lo que me ha afectado tanto sino…

Respiró profundamente y fortaleció la resolución que había estado desarrollando a lo largo de la cena. Había tomado una decisión y no pensaba echarse atrás. No quería que, cuando su estancia en aquella isla hubiera terminado, tuviera nada de lo que lamentarse. Estaba lista para dar el paso que, evidentemente, Doug el caballeroso había estado evitando. ¿Tal vez por miedo a ofenderla? No sabía, pero ya iba siendo hora de descubrirlo.

—¿De qué se trata? —insistió él, cubriéndole la mano con la suya.

—Eres tú. Haces que pierda la cabeza y que me sienta mareada. Produces un efecto muy importante en mí. Estaba a punto de decirte que no estaba lista para irme a casa si ello significaba que me ibas a dejar en el umbral de mi bungaló.

Doug tosió. El hombre que se sentía atraído por Juliette estaba luchando con el periodista que se había prometido que no la utilizaría sexualmente para conseguir sus fines. Sin embargo, se recordó que también estaba en aquella isla para asegurarse de que los deseos de Juliette se hacían realidad. Si la rechazaba, estaría destruyendo su fantasía y su necesidad de sentirse deseada por un hombre muy especial, el hombre que Doug había elegido ser. Además, la deseaba tanto como ella lo deseaba a él. Tras sopesar las circunstancias, supo que podía convencerse de que estar con ella, cuando la propia Juliette se lo había pedido, no sería estar utilizándola para obtener información. Se aseguraría de que ella supiera lo mucho que la deseaba y de que disfrutaba de la intimidad que compartieran. Sin embargo, como se había prometido antes, acostarse con ella no podía ni debía ocurrir.

Tras agarrarla de la mano, se puso de pie, haciendo que Juliette hiciera lo mismo.

—Deberíamos irnos ahora, pero hablaremos en el coche, cuando vayamos de camino.

Ella asintió.

Había esperado que la presencia del conductor lo ayudara a contrarrestar la tensión sexual que había entre ellos, pero no habían enviado un coche o un minibús, tal y como había esperado, sino una limusina. Aquel gesto, completamente innecesario en una isla tan pequeña, era propio de una romántica como era Merrilee. Por supuesto, la limusina tenía una pantalla que ocultaba a los pasajeros de la mirada del conductor, para que ellos pudieran comportarse como les viniera en gana. Y, por el brillo que vio en los ojos de Juliette, vio que a ella tampoco se le había pasado por alto aquella

posibilidad.

Sin embargo, vio que miraba al cielo y que, al ver las negras nubes que se estaban formando, se echaba a temblar.

—Las tormentas me dan mucho miedo —susurró—. Es un miedo de la infancia. Sé que es una tontería, pero…

—Lo siento, se suponía que no iba a desatarse hasta más tarde.

—Esas cosas ocurren —comentó ella, antes de meterse en la limusina, seguida de Doug.

En el momento en el que el conductor cerró la puerta, la lluvia empezó a caer. Doug estaba a solas, con una mujer que parecía estar a punto de sentársele en el regazo en cuanto retumbaran los primeros truenos. Una mujer a la que él deseaba desesperadamente.

Capítulo 5

Los truenos resonaron sobre sus cabezas, Juliette apretó las manos en el regazo. Se sentía muy avergonzada. ¿Cómo podía seducir a Doug si estaba demasiado asustada para moverse?

Sin previo aviso, la mano de él cubrió las suyas.

—Relájate —susurró.

Entonces, le tomó una mano y le fue estirando los dedos poco a poco. Cuando lo hubo conseguido, se la extendió encima de su propio muslo.

Tenía la pierna firme y fuerte bajo la dura tela vaquera. Sus poderosos músculos se flexionaron bajo sus caricias, lo que hizo que Juliette soltara lentamente el aire que tenía en los pulmones.

—Te has perdido el último relámpago.

—Tenía cosas mejores en las que pensar.

—De eso se trata precisamente —dijo él, riendo.

Entonces, el rugido de los truenos la sorprendió por completo. Juliette se puso tensa y le apretó los dedos contra el muslo.

—¿Sabías que si cuentas los segundos entre el relámpago y el trueno se puede saber a qué distancia está el centro de la tormenta? —comentó ella.

—¿Es verdad o se trata de un cuento?

—No lo sé, pero gracias a ti, yo tengo otra cosa en la que pensar, al menos durante esta tormenta —susurró ella, dándole a la voz un tono deliberado de picardía combinado con deseo.

—Sea lo que sea lo que tienes en mente, ¿evitará que tengas miedo?

Juliette asintió y se giró para quedar frente a frente con él y así poder colocarle las manos en los hombros.

—Estaré demasiado ensimismada como para pensar en el tiempo —musitó ella, armándose de valor.

—Entonces, habrá que hacer que te distraigas —murmuró Doug, con una voz tan ronca que despertó el deseo en todos los poros de su piel.

La tormenta, los nervios y la abrumadora necesidad hicieron que se echara a temblar. Lentamente, deslizó las manos hasta llevarlas a los botones de la camisa de Doug. Ya tenía dos abiertos y, sin proponérselo, le rozó el vello del pecho con los dedos. Él contuvo el aliento y, cuando lo dejó escapar, el sonido que se produjo fue parecido a un gruñido. Aquella respuesta afectó a Juliette en lo más

profundo de su vientre y, más allá, en el pulso que le latía entre las piernas.

Acababa de demostrarle que tenía el poder de afectar físicamente a un hombre, algo que había dudado seriamente. Doug podría no darse cuenta de la importancia de su descubrimiento, pero ella nunca olvidaría aquel regalo, aquel momento ni a aquel hombre.

Deslizó poco a poco el botón por el ojal y fue repitiendo el mismo movimiento con los siguientes. A lo largo de aquellos gestos, el aliento acalorado de Doug no dejaba de acariciarle la mejilla. Entonces, un pequeño gemido de necesidad se le escapó de la garganta.

Doug apoyó la cabeza contra el asiento y cerró los ojos. Poco a poco, ella lo estaba matando, con sus caricias, con la mirada de sus ojos, con su capacidad para dejar el miedo de lado y perderse en aquella delicada exploración. Doug la estaba ayudando a cumplir su fantasía, pero también estaba descubriendo que tenía necesidades propias.

Abrió los ojos cuando ella, como si le hubiera leído el pensamiento, le había apartado la camisa para dejar el tórax al descubierto. Enredó los dedos en el vello del pecho y le acarició suavemente los pezones. Sus labios recorrían dulcemente la sensibilizada carne hasta que Doug se echó a temblar de deseo.

Un relámpago cruzó el cielo e, inmediatamente, el trueno estalló encima de ellos. Si lo que ella había dicho anteriormente era cierto, estaban en el centro de la tormenta. Sin embargo, Juliette estaba demasiado presa de su deseo, de su propia tormenta, como para darse cuenta de lo que estaba ocurriendo a su alrededor.

A Doug le pasaba lo mismo. Perderse en ella no era lo que había tenido en mente cuando había decidido apaciguar sus temores y tranquilizarle los nervios. El corazón le galopaba más fuerte que el caballo que habían montado antes y el deseo tomaba cada vez más fuerza dentro de él. Estaba tan tenso que era él quien necesitaba que lo tranquilizaran. Sabía que no encontraría el alivio que tanto buscaba si Juliette continuaba con sus sensuales movimientos.

Con la humedad de la lengua, ella fue abriéndole un sendero por el pecho, hasta llegarle al cuello, y se detuvo cuando le alcanzó la oreja.

—Estoy distraída —le susurró.

—Estoy seguro de ello…

Doug decidió colocar las manos a los lados. En primer lugar, había prometido que no se implicaría de aquella manera con ella y, además, ella misma se estaba distrayendo de su miedo a las tormentas. No necesitaba sus manos, ni su boca… Al pensar en

todas las posibilidades que había ante ellos, apretó los dientes.

—¿Te estoy distrayendo? —le preguntó, mientras le mordisqueaba suavemente el lóbulo de la oreja y le hacía subir a cotas inimaginables de infierno y paraíso.

—Ya hemos llegado —dijo de repente el conductor, a través del intercomunicador del coche—. La parada de Juliette es la primera.

Doug, a pesar de todo, se dio cuenta de que el conductor no había facilitado el apellido de Juliette para tratar de proteger su identidad al máximo. Aquello le recordó a Doug quién era y lo que estaba haciendo. O, más bien, lo que no debería estar haciendo. Afortunadamente, habían regresado al complejo turístico justo a tiempo.

La limusina se detuvo, pero el conductor no salió para abrirles la puerta. Evidentemente, les estaba dando una oportunidad para hablar.

—Bueno, supongo que ya está.

—No tiene por qué ser así —musitó ella mientras le ayudaba a ponerse la camisa con una picara sonrisa en los labios—. Recuerda lo que he dicho antes. No quiero entrar en mi bungaló y dejarte de pie en el umbral de mi puerta.

—Esta vez no sería así. Yo estaría en el interior del coche…

Doug empezó a abrocharse los botones, necesitando algo en lo que distraerse. Sin embargo, ella le apartó las manos y terminó la tarea ella misma. Cuando terminó, volvió a dejar las manos en el regazo.

—Un verdadero caballero me acompañaría a mi puerta. Y, una vez que llegara allí, ¿te parece que querría que yo entrara sola?

Sí. No. Lo que él quisiera no importaba. Además, sabía muy bien que no era un caballero.

Otro relámpago iluminó el cielo. Los enormes ojos de Juliette brillaban llenos de esperanza y parecían estar pidiéndole que no la defraudara. A los pocos segundos, estalló el trueno y, entonces, Doug supo que su destino estaba escrito. No podía enviarla al interior de su bungaló para enfrentarse al resto de la tormenta y al resto de la noche sola. Se preguntó si el destino se estaba riendo de él.

Como respuesta a su pregunta, abrió la puerta de la limusina y salió al exterior. Estaba lloviendo muy fuerte y no se sorprendió cuando el conductor prácticamente se materializó a su lado ni cuando Juliette miró el cielo desde el asiento trasero del coche.

—Te has tomado tu tiempo en decidirte. No me importa estar sola. Soy una mujer adulta, por muy infantil que sea el modo en que me he comportado, y he sobrevivido a muchas tormentas sola.

—¿Estás esperando a que me ahogue? —le preguntó Doug,

extendiendo la mano para ayudarla a salir.

—No quiero que entres a hacerme compañía porque te apiades de mí.

Él la tomó entre sus brazos y la sacó de la limusina para apretarla fuertemente contra su pecho.

—¿Te parece que esto es piedad? —susurró él. Al escuchar aquellas palabras, duras y desesperadas, Juliette abrió mucho los ojos—. No sé por qué te sorprendes. Gracias a esa distracción que necesitabas, te has pasado la última media hora excitándome.

—¿De verdad estás excitado?

—Claro. Por ti.

Al oír aquellas palabras, Juliette sonrió. Doug no pudo contenerse y la besó en los labios. Ella se echó a reír y le devolvió el beso, abrazándolo con fuerza y abriendo mucho la boca, para dejar que él accediera plenamente a su interior. Como ruido de fondo, Doug había notado que, discretamente, el conductor se había vuelto a meter en el coche y se había marchado.

La agarró de la mano y la llevó bajo el porche del bungaló, aunque era demasiado pequeño como para proporcionarles cobijo.

—Deberíamos entrar.

—Sí, deberíamos, pero si lo hiciéramos, yo nunca superaría mi miedo a las tormentas. Si consiguiéramos reemplazar mis malos recuerdos por otros más placenteros…

—Entonces, tendríamos una cura para todas las fobias. Podríamos patentarla y ganaríamos millones.

—A mí no me importaría intentarlo si tú quieres.

Doug lanzó un gruñido y reconoció su derrota. Estaba allí y, a menos que quisiera volver andando a su alojamiento, no iba a moverse. Además, tampoco podía regresar dándole la impresión equivocada y dejándola confundida y vulnerable.

Sin poder resistirse, volvió a besarla. Aunque sabía que no podía justificar aquello con la noción de que estaba llevando a cabo su fantasía, en aquel momento no le importaba nada más que sentir y saborear la erótica mezcla de agua de lluvia y de Juliette. Acarició suavemente los labios de ella con los suyos e investigó cuidadosamente los pliegues de su boca, aprendiendo y dando un minuto y devorando al siguiente.

El ruido de los truenos iba siendo cada vez más débil, pero, a pesar de todo, Juliette se ponía rígida cada vez que estallaba uno.

—Tranquila…

No dejaba de acariciarla, tratando de calentarle el cuerpo con el mismo fuego que ardía en su interior. Cuando empezó a temblar de frío, Doug supo que el tiempo que iban a pasar en el exterior estaba a punto de terminar. Sin embargo, no podía entrar hasta que no

hubiera conseguido reemplazar sus viejos temores con algo que ella ya no temiera ni olvidara nunca.

Con ese pensamiento, deslizó las manos entre los muslos de Juliette, agarrándola muy íntimamente, esperando una señal de rechazo o de aceptación. Cuando la mano se acomodó allí, ella asintió y entreabrió más las piernas para facilitarle el acceso.

Juliette suspiró, palpitando de excitación. Sintió cómo Doug apretaba la mano contra su parte más íntima, a pesar de la pesada barrera de la tela vaquera, y empezaba a despertar en ella emociones que nunca había experimentado antes, Juliette tembló y se aferró a él, segura de que, si no lo hacía, se desplomaría.

Aquello era el deseo real, las sensaciones que siempre había deseado sentir. Los incansables movimientos de la mano de Doug hacían que el corazón le palpitara, que la garganta se le cerrara…

—¿Dónde estás ahora? —le preguntó él, apartándole el cabello húmedo de la cara.

—Estoy ahogándome… de deseo.

Había estado a punto de decir «emoción». Decidió no precipitar las cosas, pero sabía que sus sentimientos andaban desbocados.

—¿No tienes miedo?

—¿Y de qué podría tenerlo?

Como si quisieran ponerla a prueba, los elementos decidieron manifestarse en aquel momento. Aunque el cielo no se iluminó de luz, los truenos rugieron por encima de sus cabezas. Sin embargo, Juliette se sentía segura.

—De mí nunca. No tienes que tener miedo de mí.

Al mirar aquellos ojos azules, ella creyó sus palabras. Tras aquella breve interrupción, Doug volvió a centrarse en el lugar que estaba excitando con sus expertas caricias. Unas cálidas e intensas sensaciones se abrieron paso dentro de ella, llevándola hacia la consecución del placer.

—¿Dónde estás? —volvió a preguntarle sin dejar de presionar, de rotar, de juguetear con ella.

Al ver que no contestaba, él interrumpió inmediatamente los movimientos de la mano.

—Doug, por favor —susurró ella. Las sensaciones eran tan exquisitas que casi le impedían hablar.

—Solo dime dónde estás. Abre los ojos y mira a tu alrededor.

¿Acaso los había cerrado? Juliette levantó muy lentamente los párpados y contempló la oscuridad de la noche.

—Estoy fuera de mi bungaló.

Doug recompensó aquella respuesta con el movimiento justo, con la rotación perfecta de la palma y de los dedos de la mano hasta que ella sintió que la liberación de su tensión estaba cerca, más

fuerte de lo que la había sentido nunca.

Se aferró a Doug para apoyarse en él y le ofreció las caderas, buscando así una presión más fuerte y más profunda.

—¿Está lloviendo? —preguntó él. Como sabía lo que ocurriría si no contestaba, Juliette parpadeó y se obligó a contestar.

—Sí.

—¿Hay relámpagos? —preguntó.

Estaba tan, tan cerca… Su cuerpo temblaba a la espera del movimiento que la catapultara a la cima de placer, y que estaba tan cerca… No quería hablar, quería sentir. Y, sin embargo,…

—No, no hay relámpagos. Ya no.

Rápidamente, Doug cambió de posición y la apoyó contra la puerta, ésta proporcionaba un apoyo más firme para la espalda de Juliette y permitía que él empujara y tocara tan profundamente como deseara, llevándola hasta los límites exteriores del deseo.

—¿Truena?

—Sí. Oh, sí —susurró ella, sintiendo que el momento estaba cada vez más cerca.

—¿Qué vas a pensar la próxima vez que llueva?

—En ti —dijo Juliette, al tiempo que su cuerpo explotaba de placer.

Doug besó sus labios y atrapó aquellas palabras en su boca. Justo entonces, un potente trueno estalló en el cielo, pero a ella no le habría importado ni aunque hubiera caído encima de ellos.

Poco a poco, las lánguidas oleadas de placer fueron siendo cada vez más débiles. Juliette fue consciente de que había alcanzado el orgasmo con Doug de un modo que le resultaba completamente extraño. Sin embargo, por mucho que hubiera gozado, se sentía mortificada con sólo pensar cómo iba a poder volver a mirarlo a la cara.

—El café está listo —dijo Juliette, entrando en el pequeño salón del bungaló con dos tazas.

Llevaba puesto un ligero conjunto de seda, que cubría más piel de lo que a Doug le habría gustado, pero que realzaba unas curvas que seguía queriendo sentir plenamente, sin la barrera de la ropa.

—Gracias. Un café caliente es justo lo que necesitaba.

—¿Sigues teniendo frío?

Aunque ella se había puesto ropa seca, a él no le había quedado más remedio que quedarse con la que llevaba puesta. Los vaqueros no estaban demasiado empapados, pero la camisa estaba chorreando, por lo que se la había quitado y se había envuelto en una toalla para no enfriarse.

—Ya me siento mejor.

Aquello no se debía al café, sino a la visión que tenía de Juliette. El cabello le caía en suaves rizos sobre los hombros y estaba sin maquillar, pero lo estaba excitando más de lo que había conseguido nunca otra mujer.

—Este lugar me sorprende. Tiene todas las comodidades de mi casa y, sin embargo, nunca me he sentido más alejada de mi vida.

—Yo tampoco me siento mucho más cercano a la mía —musitó Doug, sin poder reprimir un escalofrío.

—Ojalá tuviera algo de abrigo que poder prestarte, pero casi no reconozco las prendas que he traído en la maleta. Además, en cualquiera caso, no serían de tu talla.

Juliette no podía mirarlo a los ojos, ni a ninguna otra parte. Doug deseó que ella no se sintiera tan incómoda por la increíble experiencia que acababan de compartir. Deseó tener una camisa que ponerse y poder aliviar así aquella incomodidad. Quería que Juliette se sintiera cómoda con él, vestido o no. Anhelaba repetir la experiencia de fuera, aunque aquella vez en una cálida cama, en la que él podría entrar dentro de su cuerpo.

Se pasó una mano por los ojos. Aquello no podría ocurrir. Ya había llevado las cosas más allá de lo que nunca hubiera debido y la inquietud con la que se comportaba Juliette revelaba lo incómoda que se sentía. El único modo de distraerse era hablar.

—¿Te compraste toda la ropa para este viaje? —le preguntó él, recordando que ella había comentado que casi no reconocía la ropa que tenía en la maleta.

—No —respondió ella, riendo de una manera que le hizo pensar que aquéllas eran las prendas que se había comprado para su luna de miel.

Sin poder evitarlo, se preguntó si aquellos minúsculos trajes de baño habrían estado destinados para los ojos de otro hombre. Cuando se le ocurrió aquel pensamiento, sintió que el estómago se le hacía un nudo al pensar que otro hombre pudiera haber estado mirándola. Doug quería ser el único hombre que pudiera contemplar las varias facetas de Juliette Stanton… ¡Dios santo! ¿De dónde habían salido aquellos sentimientos de posesión?

—No —reiteró Juliette—, mi hermana me sorprendió con este viaje… y con el guardarropa.

—Tu hermana debe de ser increíble —dijo él, sintiendo una profunda sensación de alivio.

—Sí, es muy especial. En realidad, somos gemelas. ¿Y tú? ¿Tienes hermanos o hermanas?

—No. Mis padres no podían tener hijos, y por eso me aceptaron tan fácilmente. ¿Os habéis llevado siempre tan bien tu hermana y tú?

—Sí. Es mi mejor amiga. Me ayuda siempre en los momentos más difíciles.

Al oír que ella hablaba así de su más reciente pasado, sintió que se le hacía un nudo en el estómago. ¿Cuántas veces había devorado la información cada vez que alguien le había vaciado su alma? Si había sentido escrúpulos, los había acallado con el pretexto de que estaba haciendo su trabajo. Sin embargo, con Juliette todo era diferente.

—Entonces, estáis las dos. Tal vez seáis gemelas, pero tú eres demasiado única como para que alguien se te parezca. Eres demasiado especial —admitió.

—Gracias. Gillian, mi hermana, es mucho más extrovertida que yo, mucho menos reservada…

Su voz se interrumpió bruscamente. Doug supo inmediatamente que estaba pensando en lo que había ocurrido durante la tormenta. Sus pensamientos se vieron confirmados cuando un ligero rubor cubrió sus mejillas.

—Eh… ¿Qué te pasa? Se suponía que debía darte buenos recuerdos para reemplazar los malos, no para hacer que te sintieras demasiado avergonzada como para poder estar conmigo.

—Es sólo que…

—Dilo.

—Es como si te lo hubiera pedido y tú me lo hubieras suministrado. Y tú no sacaste nada a cambio.

¿De verdad no lo entendía? Se había sentido tan afectado por su orgasmo que casi había tenido él uno con sólo mirarla. Nunca había tenido sentimientos tan fuertes con respecto a una mujer, nunca se había preocupado tanto por el placer de otra persona sin ver el suyo correspondido.

—No es así tal y como yo lo recuerdo…

—¿Me estás diciendo que no fui yo sola la que sintió algo?

—Los dos tenemos nuestras fantasías, Juliette…

¿Qué era lo que le había dicho a Merrilee? «Necesito saber que puedo anteponer las necesidades de una mujer a las mías». En aquellos momentos, aquello sólo habían sido palabras para sacarle del paso y conseguir que Merrilee lo emparejara con Juliette, aunque tenían algo de verdad. Sin embargo, al besarla, al acariciarla, al darle placer, Doug había aprendido que no sólo era posible anteponerla a ella físicamente, sino que quería anteponerla también emocionalmente.

Al volver a mirar a Juliette, vio que ella se había inclinado hacia delante, esperando que él siguiera hablando. Lo que más le extrañó fue que no le importaba contárselo. No había esperado tener que hacerlo, pero ella había hecho que deseara abrirse a ella y

compartir.

—Recientemente, hice mucho daño a alguien a quien apreciaba mucho. Desde su punto de vista, yo la estaba utilizando y supongo que esa apreciación no estaba lejos de la realidad. Ahora, quiero demostrar que puedo anteponer las necesidades de una mujer a las mías.

—¿Y te sirve cualquier mujer para ello?

—No, claro que no. Además, tú no eres una mujer cualquiera, al menos no para mí.

—Sin embargo, no me puedes negar que lo que ocurrió entre nosotros fue sólo por mi parte. Y tengo que saber… ¿me estabas utilizando para demostrar algo?

—No más de lo que yo creo que tú me estabas utilizando a mí para realizar tu propia fantasía. Eres muy testaruda… Técnicamente, sí, fue sólo por tu parte, pero…

—¿Pero qué?

—Has empezado a significar mucho para mí —respondió él, inclinándose hacia ella hasta que sólo estuvieron separados por unos pocos centímetros—. He disfrutado viéndote y escuchándote… ¿Sabes que haces esos soniditos, esos suspiros, esos gemidos de placer?

Las pupilas de Juliette se dilataron. Un ligero rubor le cubrió el rostro y abrió ligeramente la boca para luego cerrarla sin emitir ni un solo sonido. El mismo Doug sintió que un intenso calor estaba inundando su cuerpo y empezó a sudar. Al tratar de convencerla a ella, se estaba excitando de nuevo. Aquélla era su pena y su castigo. Estar tan cerca de la mujer que deseaba y saber que tenía que mantener las distancias, tanto por el bien de ella como por el suyo propio. Para hacer que su propia fantasía se convirtiera en realidad, para estar seguro de que podía anteponer las necesidades de una mujer a las suyas, no podía ir más allá. No podía acostarse con ella, aun sabiendo que, al hacerlo, haría realidad una fantasía de otro tipo, porque su conciencia y su alma corrían un riesgo. Igual que su corazón.

—¿Y sabes lo que ocurre con esos sonidos?

—¿Sí?

—Me excitan.

Juliette tragó saliva. Estaba volviendo a hacerlo. Para calmar uno de sus anhelos, estaba despertando uno nuevo y de una clase completamente diferente.

Sabía que estaba tratando de convencerla de que darle placer había resultado placentero para él también, y lo estaba consiguiendo. Aquello le recordó que, igual que él estaba tratando de cumplir su fantasía anteponiendo las necesidades de otra persona

a las propias, ella también debía cumplir la suya, que era liberarse completamente en aquella semana y ser ella misma. Se había jurado que experimentaría, sin ataduras, sin inhibiciones…

—¿Doug?

—¿Si?

—¿Estás todavía excitado? —le preguntó. Para hacerlo, tuvo que armarse de valor y pensar en el poco tiempo que les quedaba en la isla.

Él respondió con un «sí» apenas susurrado. Entonces, Juliette agarró los extremos de la toalla y lo estrechó contra ella. Aspiró su aroma, potente y masculino. Su cuerpo, ya excitado, lo hizo aún más. Los pezones se le endurecieron y el deseo fue despertándose en su vientre, unas reacciones que ya le resultaban familiares y bienvenidas. En tan poco tiempo, se sentía más próxima en aquel terreno a Doug de lo que lo había estado nunca con su prometido.

—Esta vez, deja que sea yo la que se ocupe de ti.

Susurró aquellas palabras casi al mismo tiempo que cubría la boca de él con la suya, excitándolo con el movimiento de sus labios al pronunciar sus palabras. Quería excitarlo con las palabras y con sus caricias, exactamente como Doug había hecho con ella.

Él la agarró por los hombros, para así hacer que el beso fuera ligero y evitar que sus cuerpos se tocaran íntimamente. Sin embargo, Juliette decidió poner a prueba todas sus armas de mujer e insistió, acariciándole los labios con la lengua.

Evidentemente, consiguió lo que buscaba porque, de repente, Doug dejó que profundizara el beso y que aquél fuera el más dulce que ella hubiera conocido nunca. Juliette se imaginó que había hecho progresos, pero, cuando él acompasó sus movimientos y utilizó la lengua tal y como ella lo estaba haciendo, ya no pudo seguir pensando.

Capítulo 6

Aquello era un paraíso. Allí era donde se sentía Doug. Se estaba perdiendo en aquella cálida, dispuesta y húmeda boca una vez más. Las señales de peligro estaban sonando con fuerza en su interior, pero no podía apartarse de Juliette para obedecerlas. Sin romper el beso, sus manos fueron deslizándose de los hombros para terminar agarrándola por la cintura. Las barreras, aunque fueran de seda, ya no eran aceptables, así que levantó la suave tela para poder acariciar la suave piel de Juliette.

—Te toca a ti, ¿te acuerdas? —susurró ella, agarrándolo con firmeza por las muñecas.

La suave voz de Juliette lo sacó de las brumas del deseo y lo devolvió a la realidad. Podría mentirle a ella, pero no podía mentirse a sí mismo. Quería todo lo que ella quisiera darle. Lo único que podía hacer era aceptarlo.

—Ya te dije que no esperaba nada a cambio.

—Lo sé, me diste placer porque lo deseabas, aunque estabas demostrándote algo a ti mismo. Ahora, soy yo la que quiere darte placer.

Entonces, respiró profundamente, como si se armara de valor, y colocó la mano en la pretina del pantalón. Doug apretó los dientes. Juliette sintió el deseo y lo apretó con más firmeza, deslizando al tiempo la palma de la mano arriba y abajo, lenta pero muy sensualmente. El cuerpo de él despertó bajo sus caricias hasta el punto de casi ya no poder mantener el control.

—¿Vas a negar que te gusta eso? —preguntó ella. Doug no pudo ni negar ni afirmar nada. Las sensaciones eran demasiado intensas —. Yo creo que las pruebas hablan por sí solas.

Juliette se echó a reír. Sin embargo, cuando trató de alcanzar al botón del pantalón,

Doug supo que tenía que hacer algo para impedirlo antes de que las cosas fueran demasiado lejos. Sin embargo, también sabía que le estaría haciendo mucho daño si la rechazaba.

Aunque él ya le había explicado su fantasía, Juliette seguía sin comprender del todo por qué él se había detenido tan pronto. Considerando lo mucho que la deseaba, a él mismo le estaba costando mucho entenderlo. No podía reconocer al hombre que era capaz de hacer el sacrificio de no tomar lo que ella le ofrecía. No había hecho muchas cosas en su vida de las que sentirse orgulloso,

y, sin embargo, negarse lo que más deseaba, lo que quería con más fuerza que la información que ella poseía era nuevo en él. Juliette era especial y sólo lo hacía por ella. Había sido Juliette la que había conseguido que se negara el placer sólo porque era lo mejor para ella. En cierto modo, le debía algo sólo por eso y aquél era el único modo en el que podía pagarle.

Ella consiguió desabrochar el botón de los pantalones y centró toda su atención en la cremallera. Doug respiró profundamente, preguntándose cómo podía pararla.

—¿Te acuerdas que te dije que estuve prometida? —dijo ella, de repente—. Lo que no te dije fue que no había chispas —añadió, mientras empezaba a bajar la cremallera. Doug apretó aún más los puños en los costados—. No había excitación ni verdadero deseo.

Afortunadamente, se detuvo, porque Doug quería oír todo lo que tuviera que decir, y no podría hacerlo mientras lo estuviera desnudando. Aquellas palabras eran importantes, ya que le darían más conocimiento sobre ella, algo que deseaba por razones personales y no profesionales. Quería escuchar lo que ella tenía que decir porque necesitaba saber cuál era la fuente de su dolor, un dolor que quería hacer desaparecer, no por su fantasía, sino porque se sentía al borde de… de tener por ella sentimientos mucho más profundos.

—No me puedo imaginar a ningún hombre que no te desee…

—Entonces, deja de imaginar y confía en lo que te digo. No me deseaba y yo siempre pensé que era culpa mía. Había pasado por algo similar una vez anteriormente y el caso de mi prometido sólo reforzó ese sentimiento. Un hombre no podía desearme.

El instinto periodístico de Doug se puso en estado de alerta y le dijo que estaba muy cerca de conocer la verdad. Juliette podría estar a punto de admitir sus secretos.

—Tienes que saber que yo te deseo —susurró, tocándole la mejilla.

—Lo sé —dijo ella, sonriendo—. Y dado que estamos admitiendo nuestras fantasías, tienes que saber que estás haciendo que se cumpla la mía, y eso ha sido un regalo increíble.

—¿Por qué?

—Me has devuelto la fe en mí misma…

Entonces, sin previo aviso, volvió a centrarse en la tarea que le había tenido ocupado unos minutos antes.

Juliette agarró la cinturilla de los vaqueros, lo que hizo que Doug se diera cuenta de que sólo le quedaban unos pocos segundos para tomar una decisión. No era un hombre indeciso. Perseguía sus fines sin importarle las consecuencias. Su carrera era prueba evidente de ello. Sin embargo, en lo que se refería a Juliette

Stanton, todas sus intenciones se quedaban en nada en el momento en que estaba cerca de él.

Le agarró las muñecas y detuvo así sus decididos movimientos.

—Si te he devuelto la fe en ti misma, ¿significa eso que crees en mí?

—Claro.

—Y crees que te deseo…

Juliette asintió. Un ligero rubor le cubrió las mejillas cuando hizo un gesto muy significativo con la cabeza.

—Las pruebas son muy evidentes.

Doug entrelazó las manos con las de ella e hizo que se acercara más a él, para así poder tomarla entre sus brazos y resistir la tentación al mismo tiempo.

—Entonces, ¿podrás creer que quiero conocerte mejor antes de… corresponderte? Al menos en estos momentos.

—Creo en ti lo suficiente como para confiar en lo que dices —susurró Juliette, descansando la cabeza contra el pecho de él.

Entonces, cerró los ojos. Pudo imaginar su rostro a través de los párpados cerrados. Si había creído que era guapo antes, después de todo lo que habían compartido aquella noche, le parecía serlo más que nadie.

—Así deberías hacerlo. Recuerda que yo no soy el que tiene miedo de las tormentas. Si no quisiera estar aquí, podría marcharme enseguida.

Aquello tenía sentido. Por supuesto, podría marcharse. Al contrario del resto de los hombres que había habido en su vida, Doug no sabía quién era ella, así que, por lo tanto, no podía querer nada de ella más que sexo o compañía. Si se miraba el asunto de aquella manera, casi podía estar agradecida de que él hubiera decidido que prefería conocerla primero. Aquello la hizo relajarse y confiar en él aún más que antes.

Después de todo, ningún hombre había mostrado nunca interés por ella. Doug sí. Él le había hecho experimentar el lujo de verse mimada y cuidada por un hombre muy especial. Con Doug, se sentía deseable, como si, efectivamente, fuera el centro de su universo. Había veces que incluso olvidaba el dolor que había experimentado en su relación con Stuart y, después de que Doug hubiera completado la parte más básica de su fantasía, quería más.

Doug había dicho que quería conocerla mejor. Si aquél era el camino por el que podía cumplir sus deseos, no tenía problema alguno en ceder a ello.

—Bueno, ¿qué es lo que quieres saber sobre mí?

—¿Qué te parece si comienzas por tu miedo a las tormentas? —preguntó Doug, acurrucándola un poco más contra su pecho.

—Mi padre nos construyó una casa en un árbol cuando teníamos ocho años. Se estaba tan bien allí que Gillian y yo pasábamos mucho tiempo en ella. Demasiado tiempo, así que mis padres tuvieron que restringirnos el horario. Éramos sólo unas niñas, ¿sabes?, así que teníamos que jugar allí fuera cual fuera el precio.

—Y yo que pensaba que eras la hija perfecta.

—Gillian era la traviesa, lo que me hacía parecer a mí la perfecta, pero eso vino después, a medida que me fui haciendo mayor. Con ocho años, sólo quería divertirme.

—No hay nada malo en eso.

—A mí me gustaba divertirme. Estábamos jugando en casa de Stuart…

—¿Stuart?

—Mi… vecino. Bueno, mi prometido —admitió. Quería que el tiempo que pasara con Doug estuviera lleno de sinceridad. Sentía que él se preocupaba por ella, que le interesaba lo que le explicaba —. Se estaba haciendo tarde y había empezado a llover. Entonces, sus padres nos dijeron que nos fuéramos a casa.

—Y déjame que lo adivine. Vosotras dos tomasteis un desvío.

—Efectivamente. Y empezó a llover a cántaros. Para cuando Gillian y yo oímos la lluvia, era tan tarde que teníamos miedo de regresar. Con ocho años, suele dar mucho miedo que le castiguen a uno. Nos pasamos mucho tiempo preguntándonos qué hacer y, antes de que nos diéramos cuenta, empezaron los truenos, los relámpagos y la lluvia arreció. Estábamos empapadas, asustadas y nos queríamos ir a casa, pero mi padre nos encontró primero.

—No me extraña. Estabais en el lugar más evidente.

—Ya te he dicho que sólo teníamos ocho años. Él nos encontró después de que un rayo hubiera caído sobre la rama de un árbol cercano. No creo haber estado tan asustada en toda mi vida. Estaba abrazada a Gillian, llorando, mientras ella estaba teniendo la aventura de su vida —añadió, encogiéndose de hombros—. Por eso tengo miedo a las tormentas. Supongo que me tendría que haber imaginado que yo no valía para tener tantas emociones.

—Bueno, yo difiero en eso…

De nuevo, era aquella voz profunda, tan sexy, que reverberaba dentro de ella, volviéndola del revés y haciéndola desearlo más que nunca.

—Depende de quién esté compartiendo la excitación conmigo.

—En estos momentos, creo que sería yo.

—En eso, no pienso discutir.

Juliette se fue estirando encima del sofá y él hizo lo mismo. Así se sentían más cómodos.

Tal vez porque Doug se sentía libre de tener que pasar

inmediatamente a algo sexual, se sentía menos presionado. Sin embargo, no había otro hombre que le interesara más. Acababa de demostrar que había un modo que no era físico, pero que no por ello dejaba de ser íntimo, para expresar ese interés y Juliette se sentía agradecida. Lo suficiente como para poder relajarse entre sus brazos, mientras, en el exterior, la tormenta se iba alejando poco a poco.

Sintió que la movían, que la levantaban y que la transportaban. No se había dado cuenta de que se había quedado dormida. Sin embargo, se sorprendió al despertarse en brazos de Doug.

—¿Qué estás haciendo?

—Moverme antes de que me despierte permanentemente retorcido como un muelle.

—Podrías haberme despertado…

—¿Y perder la oportunidad de tenerte entre mis brazos? Ni hablar.

La llevó hasta el dormitorio y la depositó en la cama, no sin antes retirar la colcha para luego poder arroparla. A continuación se sentó en el colchón a su lado. Era un gesto muy paternal, pero, a la vez, no había nada familiar en el deseo que veía en los ojos de Doug, ni en la tensión sexual que él había prendido dentro de ella. El pulso le latía a toda velocidad mientras esperaba que él le dijera lo que tenía que decir.

Doug tomó un rizo de su cabello y se lo enredó en un dedo. Estaba saboreando cada roce, cada sensación, justo como le pasaba a ella cuando él estaba cerca.

—Ha dejado de llover —murmuró él.

—Y te marchas —dedujo ella, llena de desilusión.

—No me queda elección…

Lentamente, Doug la miró. Sus ojos se centraron en la suave línea del escote mientras que los dedos trazaban al mismo tiempo el movimiento. La bronceada piel de él contrastaba con la palidez de la de ella. Aunque sus caricias eran muy tiernas, se notaba que las intenciones eran sexuales. Juliette experimentó al momento cómo se encendía su pasión. De repente, la camisola de seda, que tan suave había resultado segundos antes, parecía dura y rasposa contra los pezones. Nada más que las caricias de Doug podrían aliviar aquella tensión y, por la determinación que veía en su rostro, aquello no iba a ocurrir en aquellos momentos.

—Claro que tienes elección. Puedes quedarte.

—Todavía no.

—¿Por qué…?

Antes de que Juliette pudiera terminar la pregunta, Doug bajó la

cabeza y le besó los labios larga y dulcemente. Aquel beso fue capaz de arrebatarle toda la energía y detener todo pensamiento racional…

Mientras él hacía maravillas con la boca, metió los dedos por debajo de la camisola de Juliette y encontró la barrera del sujetador, aunque no se echó atrás. Con una ligera caricia, tomó el pezón entre dos dedos, y lo apretó y lo estimuló.

Juliette levantó los brazos para tratar de tocarlo, pero él le asió las muñecas y se las inmovilizó sobre el colchón. Ella estaba a su merced.

—No quiero irme —admitió Doug, apoyando la frente sobre la de ella.

—Entonces, no lo hagas.

—Has sufrido tanto últimamente…

—Yo nunca he dicho eso.

—Tu ex prometido solo quería lo que tú podrías hacer por él, no a ti. A mí eso me parece que es sufrir. Y, si me quedo, los dos sabemos adonde nos llevará eso.

Juliette asintió con la cabeza. El corazón se le llenó de una cálida sensación.

—Por tu bien, tienes que estar segura.

—Creo que comprendo muy bien lo que mi cuerpo me pide en estos instantes…

—Yo quiero que tu mente también lo sepa. Y eso lleva tiempo.

Juliette pensó que, más bien, era él quien necesitaba tiempo. Respetaba sus deseos, pero no pensaba marcharse de la isla sin experimentar una completa intimidad física con él. Al pensar en cómo sería hacer el amor con Doug, se echó a temblar. Sabía que, tras aquella experiencia, jamás volvería a ser la misma.

—Buenas noches —dijo él, tras taparla bien con la colcha. Entonces, se inclinó sobre la cama para depositar otro breve beso.

Juliette suspiró. Saber que aquello era lo mejor y lo necesario no conseguía que despedirse de él resultara más fácil.

Cuando el teléfono empezó a sonar, Juliette estaba en otro mundo. Sola con Doug, en una isla desierta, rodeada por el sol brillante y las flores tropicales, para las que Doug había encontrado una sensual utilidad. No quería que nada la sacara de aquel paraíso, pero el persistente timbre no dejaba de sonar.

—¿Sí? —preguntó, con la esperanza de que, si tenía que interrumpir sus sueños, al menos fuera por Doug.

—Cuando te mandé a esas vacaciones, no creí que te olvidarías de mí. ¿Cómo estás? —preguntó Gillian, algo preocupada, desde el otro lado de la línea.

—Se supone que en el paraíso no deben existir los teléfonos —protestó Juliette, aunque no pudo negar que se alegraba mucho de tener noticias de su hermana, a pesar de que no fuera quien ella había creído.

Cerró los ojos, pero su sueño parecía ir alejándose cada vez más y se veía reemplazado por la realidad. Un dormitorio demasiado frío como cortesía del aire acondicionado, una cama demasiado fría por la ausencia de Doug y un enorme vacío interior.

—Si estás en el paraíso, ¿por qué pareces tan triste?

—No estoy triste, Gillian —dijo Juliette, incorporándose en la cama. Sólo se sentía algo sola—. Además, te dejé un mensaje en el contestador el día en que llegué aquí.

—Sí, bueno. ¿Me creerías si te digo que estaba fuera y demasiado ocupada para devolverte la llamada?

—Sería más exacto decir que estabas demasiado asustada. Te conozco muy bien, Gillian. Tenías miedo de escuchar lo que yo tenía que decir sobre el hecho de que me hubieras organizado estas vacaciones sin decírmelo… ¡Ah! Y también de lo de cambiarme toda la ropa.

—Al ver que no volvías a llamarme, empecé a preocuparme.

—Deberías estarlo. Te lo mereces.

—¿Tan mala idea ha sido enviarte allí?

—En realidad, creo que ha sido la mejor idea que has tenido en mucho tiempo —admitió.

—¡Vaya! ¡Qué bien! Bueno, he leído mucho sobre Fantasías, Inc. en una revista. ¿Te puedes creer que las parejas terminan casadas gracias a ese lugar y a su dueña?

Casadas. Antes de que Juliette pudiera seguir pensando si procesar la información o hablar, Gillian continuó.

—Y hablando de casarse, o mejor dicho, de no casarse, deberías saber que Stuart ha estado muy callado desde que te marchaste. Eso me hace tener ciertas sospechas.

—¿Callado en qué sentido? Yo no me he vuelto a poner en contacto con él desde que acordamos no hacer declaraciones.

—Llamó el día en que te marchaste.

—¿Que me llamó? ¿Por qué iba Stuart a querer hablar conmigo ahora?

—Seguramente estaba comprobando que estabas. Créeme si te digo que no se creyó que yo fuera tú.

—Hace demasiado tiempo que nos conoce.

—Bueno, no te preocupes. No le dije nada ni revelé ningún secreto. Lo intentó varias veces y luego lo dejó. Es precisamente eso lo que no me gusta.

—¿Y papá? ¿Cómo están mamá y él?

—Bien. Tampoco debes preocuparte en ese sentido. Papá no le va a decir a nadie dónde estás. Por mucho que respete a Stuart, al menos por ahora, a ti te quiere más.

—Se sentirá tan desilusionado cuando sepa la verdad…

—Es mejor que se sienta desilusionado por esa serpiente que confundido y preocupado por ti.

Juliette sabía que, efectivamente, sus padres se preocuparon mucho cuando canceló la boda sin previo aviso y sin indicar nada de antemano. No le había dicho a nadie nada de que estaba a punto de dejar a Stuart, principalmente porque ni siquiera ella misma lo había sabido. Aquello no era propio de ella, como tampoco lo eran aquellas repentinas vacaciones. Se preguntó lo que la familia entera pensaría si supiera que había empezado una relación con un completo desconocido.

—¿Se te ha ocurrido algo sobre cómo desvelar todo este lío con los menores daños posibles o estás demasiado absorta por el hombre de tus fantasías? Espero, y deseo, que sea lo segundo, dado que para eso te envié allí.

—En realidad, acabo de conocer a alguien que puede ofrecerme algo de consejo al respecto. Se trata, como si así dijéramos, de una tercera parte imparcial.

—¿Se trata de un hombre imparcial o de una mujer imparcial?

—¡Como si no lo supieras! Después de todo, tú creaste mi fantasía.

—La fantasía, pero no al hombre. Bueno, ¿cómo es?

—Muy especial —respondió Juliette, sabía que tenía que agradecérselo todo a su hermana—. ¿Qué fue lo que escribiste? —añadió, buscando en la mesilla de noche una copa de los papeles de Merrilee—. ¡Aja! Aquí está. Experimentar el lujo de que me atienda y me mime un hombre muy especial. Sentirme deseada, ser el centro de su universo y así poder olvidar el dolor de un compromiso roto… ¿Cómo sabías todo esto?

—Porque tú eres parte de mí. Cuando tú sufres, yo sufro. Y si yo hubiera pasado por las mismas circunstancias que tú, esas vacaciones serían justamente lo que habría necesitado.

—Por cierto, ¿me has enviado aquí porque te sientes culpable, porque fui yo la que se involucró sentimentalmente con Stuart y no tú?

—Si yo no hubiera sido la salvaje adolescente, la que estaba siempre castigada y metida en líos, tal vez nunca habrías tenido que hacerlo. Cuando viste que Stuart estaba interesado por ti, sólo tuviste que mirar a papá y viste que eso supondría un modo de agradarle. Te lanzaste sin ni siquiera preguntarle a tu corazón. Y yo me siento responsable de eso.

—Yo tomo mis propias decisiones, aunque a veces sean las equivocadas. Tú no debes sentirte culpable por nada… ¡La vida es tan complicada! —exclamó Juliette, riendo—. Sin embargo, las cosas siempre se arreglan del mejor modo posible. He conocido a Doug.

—Sea quien sea, pareces muy feliz. Eso es lo único que yo quiero.

—Sólo estamos de vacaciones. Es algo temporal. Además, es de Michigan.

—Creo que deberías ocuparte de la logística más tarde y concentrarte en disfrutar.

—Eso es lo que quiero hacer.

—Supongo que ese Doug es la desinteresada tercera parte de la que tú esperas que pueda ayudarte a formular un plan para ayudar a papá. ¿Confías en él?

—Sí —respondió Juliette, sin dudarlo—. Sé que mi experiencia no me da la razón, pero este hombre es diferente. No me conoce ni sabe nada de mi pasado. Es imposible que busque algo en mí a excepción… a excepción de mí.

—No tienes que convencerme de nada. La felicidad que noto en tu voz habla por sí sola. Diviértete y no hagas nada que yo no haría.

—Eso me da un margen de acción muy amplio.

—Exactamente —dijo Gillian, encantada consigo misma.

Juliette colgó el teléfono, llena de una inquieta energía. Después de asearse, se recogió el cabello en una coleta, se visitó con un vestido y unas sandalias, y se dispuso a marcharse. Tal vez un paseo por la isla lograra tranquilizarla. Además, faltaba todavía una hora para el desayuno.

En el exterior, todo estaba tranquilo a excepción de los animales. Los pájaros trinaban en los árboles y una ligera brisa mecía las copas de los árboles. Media hora más tarde, se sentía mucho más tranquila y relajada. De repente, un ruido atrajo su atención desde unos arbustos que había a sus espaldas. Estaba segura de que era demasiado ruidoso como para ser un animal. Asustada, Juliette empezó a caminar con más rapidez, pero no vio a nadie que la siguiera.

—¡Qué raro! —susurró.

De repente, deseó de todo corazón que la isla no fuera tan privada ni que estuviera tan aislada. Durante todo el camino de vuelta, tuvo la incómoda sensación de que ya no estaba sola.

Cuando llegó a la piscina, sus miedos se disiparon. Doug estaba haciendo unos largos en la enorme piscina. El placer de verlo reemplazó al miedo. Rápidamente, decidió sentarse en una hamaca y observarlo.

Nadaba con gracia y estilo. Golpeaba el agua con fuerza, casi sin sacar la cabeza, para tomar aire. Era casi como si estuviera esforzándose todo lo que podía para vencer una frustración en vez de nadar por placer o para hacer ejercicio.

Se preguntó si se estaría imaginando cosas, pero, cuando finalmente Doug levantó la cabeza el tiempo suficiente como para verla, en vez de saludarla de algún modo, la giró rápidamente y siguió con su duro entrenamiento una vez más.

Capítulo 7

Juliette era la última persona que Doug necesitaba o quería ver. Se giró y siguió nadando, decidido a agotarse tanto que no lograra responder a su serena belleza o a la sinceridad de sus ojos, hasta que su cuerpo estuviera tan cansado, que no pudiera reaccionar cuando estuviera cerca del de ella y su mente pudiera concentrarse en tratar de conseguir las respuestas que buscaba.

Hasta aquel momento, cada vez que había retirado una capa de Juliette Stanton, había conseguido un mayor acceso a sus pensamientos, a sus sentimientos y a su pasado, había dejado que fuera ella la que marcara el ritmo. Nunca había tratado de llegar más allá de los límites establecidos, ni siquiera cuando había mencionado el nombre de su ex novio. «Menudo reportero», pensó, mientras se esforzaba con más ahínco en su ejercicio.

Recordó la llamada que había realizado al hospital aquella mañana y la vaga respuesta de su madre. Después de las últimas pruebas que le habían realizado a su padre, habían encontrado que tenía las arterias obturadas, por lo que necesitaba un *bypass*, porque, si no, no podría sobrevivir a otro ataque.

La noche anterior, le habían practicado una operación de urgencia. Como no había podido localizarlo en su habitación, su madre había soportado las largas horas de la operación y la espera en solitario. Doug sentía que debía haber estado a su lado.

Tal vez lo habría hecho si hubiera estado ejerciendo su profesión en vez de dejarse seducir por Juliette Stanton, la mujer que tenía las respuestas que lo liberarían de aquella misión para poder volver a su casa, que era donde se le necesitaba.

Cuando por fin salió a la superficie para tomar aliento, la encontró arrodillada al borde de la piscina.

—El ejercicio no te va a servir de nada si mueres en el intento.

—Necesitaba quemar un poco de energía.

—Más bien parecía que te estabas matando. ¿Qué es lo que pasa?

—He recibido malas noticias de mi casa.

—¿Tus padres?

—Mi padre. Tuvo un ataque al corazón hace algún tiempo y anoche tuvieron que operarlo.

—Oh, lo siento —susurró ella, colocando una mano encima de la de él—. ¿Hay algo que pueda hacer por ti?

—No, pero gracias por preguntar.

—¿Necesitas marcharte? —preguntó ella, con tal preocupación en la voz, que Doug sintió que no pudiera dirigir hacia ella la ira y la frustración que le había adjudicado mentalmente.

—En estos momentos no. La operación ha ido bien. Creo que se va a reponer.

—Me alegro mucho. Sé lo mucho que quieres a tus padres —dijo Juliette, sin poder ocultar su alivio—. Por supuesto, yo te echaría mucho de menos si tuvieras que marcharte.

Con aquella sincera afirmación, la furia de Doug terminó por desaparecer. No podía culparla de aquello por mucho que quisiera.

—Bueno, ¿qué haces levantada tan temprano?

—No podía dormir.

Doug vio un ardor en su mirada que le resultó imposible no comprender. Marcharse y dejarla sola en aquella cama, aun sabiendo que ella se le habría entregado con gusto, había sido una de las decisiones más difíciles de toda su vida. A la luz de día, se alegraba de sus acciones y se respetaba a sí mismo. Después de todo lo que había pasado últimamente, aquello era decir mucho, por lo que tenía que estarle agradecido a Juliette.

—Yo tampoco descansé muy bien —admitió él.

Juliette asintió sin hablar. ¿Qué se podía decir cuando el silencio resultaba como un libro abierto y podían leerse mutuamente sus pensamientos?

Siempre había creído que sus padres compartían una relación única, en la que los votos matrimoniales no sólo significaban algo, sino que se reforzaban con cada año que pasaba. Por el contrario, las pocas relaciones de larga duración que había tenido habían implicado mucho sexo y las peticiones de las mujeres para que expresara sus sentimientos cuando él prefería que lo dejaran en paz. Siempre había terminado sintiéndose ahogado, necesitando escapar.

Lo que estaba experimentando con Juliette era muy especial. Compartían un cómodo silencio cuando no había nada que decir. A él no le importaba abrirse a ella y Juliette le daba una comprensión tácita, sin ataduras, sin expectativas. Lo más extraño de todo era que Doug deseaba que ella le pidiera algo. Lo más sorprendente era que había podido dar marcha atrás cuando ella se le había insinuado sexualmente. Le preocupaban más sus sentimientos y su bienestar que el suyo propio.

—¿Por lo de tu padre?

—No. Recibí la llamada esta mañana.

—¿Y ahora? ¿Sigues preocupado?

—No mucho. Por cierto, anoche te eché de menos.

El genuino placer con el que ella sonrió casi le compensó por

aquella noche en vela.

—Bueno, esos viejos clichés deben de tener algo de verdad, porque la ausencia hizo que mi corazón vibrara más fuerte.

—Me estás matando —gruñó él.

—Espero que no. Hay muchas otras cosas que quiero hacer contigo primero.

—¿Qué cosas? —preguntó Doug de todas formas, a pesar de que intuía la respuesta.

—Bueno, en primer lugar, quiero que me des más besos de esos que das tan bien —susurró ella mientras pestañeaba, llena de vergüenza.

Aquello bastó a Doug. La agarró por la cintura y la tiró a la piscina. Ella gritó, sorprendida, y se aferró a él.

—No es justo —dijo, aunque no estaba enfadada, sino que sonreía.

Doug la mantuvo agarrada por la cintura hasta que la llevó a una zona de la piscina en la que ella pudo hacer pie. Mientras tanto, ella luchaba por bajarse la falda del vestido.

—Tal vez no, pero finalmente te tengo donde quiero tenerte. Estás entre mis brazos y te he refrescado un poco. ¿Qué te parece?

—No me molesta, y lo sabes. Lo que ocurre es que tus métodos son poco ortodoxos.

—Tú misma dijiste que querías experimentarlo todo. Yo sólo te estoy ayudando. Además… quiero estar contigo también y en estos momentos estamos completamente solos…

—¿Cómo puede discutir una mujer con un hombre que se ha tomado tantas molestias por tenerla entre sus brazos? —preguntó ella, rodeándole el cuello con los brazos.

—No puede.

Doug la hizo separarse un poco de él para poder verla mejor. El vestido se le pegaba a la piel en los lugares adecuados y casi se había vuelto transparente, dado que revelaba claramente los pezones a través de la tela. De repente, los besos que ella había mencionado resultaron muy atractivos.

—¿Es a esto a lo que te referías? —le dijo Doug, besándola deliciosamente.

Como respuesta, Juliette prácticamente ronroneó. Entonces, arqueó la espalda hasta que sintió la firme erección de Doug contra el muslo. Con los besos, él trató de evitar que se le acercara demasiado. El beso resultante no tenía nada que ver con lo que ella recordaba.

—No, ése ni siquiera ha sido parecido —murmuró Juliette.

—¿Y esto?

Con la lengua, le acarició la línea de los labios con una

languidez que la desarmó.

Una deliciosa sensación se le despertó en el vientre, tan fuerte que las rodillas casi se le doblaron. Mientras las manos de Doug le acariciaban el cabello, las eróticas sensaciones se iban apoderando de ella. Aquello parecía ser sólo un preludio de los placeres que podrían compartir si él no la torturara con aquella lentitud en sus movimientos.

Desde que había conocido a Doug, el deseo y el anhelo que sentía en su interior habían adquirido proporciones casi epidémicas. No sólo era que quisiera experimentar el deseo, sino que esperaba hacerlo con Doug, el hombre que le había devuelto la confianza en sí misma.

—¿Y bien? —preguntó él cuando hubo terminado de besarla.

—Puedes hacerlo mejor —mintió ella; estaba segura de que ningún hombre podría resistir un desafío así.

—No tienes ni idea.

Entonces, la agarró por la cintura y la estrechó aún más fuerte contra su cuerpo. Deslizó la lengua entre los labios de ella y dejó que las explosivas sensaciones empezaran a devorar su cuerpo mientras la besaba de aquel modo seductor y magistral.

Lentamente, metió la mano en el agua y empezó a deslizaría por debajo del vestido de Juliette, hasta que logró tener acceso a los pechos. El deseo se despertó completamente en su interior, manifestándose por medio de una cálida humedad que ella reconoció a pesar de estar rodeada de agua.

—Dios…

—¿Estás satisfecha ya? —susurró Doug, mientras iba besándola suavemente por la mejilla hasta llegar al cuello, que mordisqueó insistentemente.

—¿Satisfecha con el beso? Sí, con el beso sí. ¿Satisfecha completamente? Ni hablar. ¿Y tú?

—Estar satisfecho significa que uno ha tenido suficiente, y yo nunca tendré suficiente de ti…

Juliette sintió que aquellas palabras le llegaban al corazón. Como respuesta, le agarró la cinturilla del bañador y metió los dedos hasta que pudo tocar el vello que le adornaba la entrepierna y la suave y húmeda punta de su sexo.

—Juliette…

Ningún hombre había pronunciado su nombre con tanta pasión ni reverencia. Nunca había necesitado a un hombre tanto como necesitaba a Doug. Lo deseaba dentro de ella, llenándola, aliviando su deseo…

Apretó un poco más y por fin tomó la columna de su masculinidad entre los dedos, deleitándose en su firmeza y su

longitud, en su suavidad aterciopelada…

De repente, a sus espaldas, oyó un sonido muy distintivo que provenía de los arbustos. Aquel sonido la sacó de la bruma del deseo en la que se hallaba inmersa. Recordó que había escuchado aquel sonido antes, aquella misma mañana. Rápidamente sacó la mano y se apartó de Doug.

Él se sumergió rápidamente en el agua, para refrescarse y para esconderse al mismo tiempo. Entonces, una pareja pasó al borde de la piscina, de la mano, aunque ninguno de los dos los miró.

—Hemos estado muy cerca.

—Nosotros lo estuvimos más —replicó él.

—¿Y eso te molesta? —preguntó Juliette. Doug se pasó una mano por el cabello húmedo, lleno de frustración, pero no contestó —. Que haya intimidad entre nosotros y tu fantasía… ¿Tienen que excluirse mutuamente?

—No estoy seguro.

—Yo sí. Dijiste que necesitabas ver que podías anteponer las necesidades de una mujer a las tuyas. Eso es lo que has hecho conmigo. Físicamente, te alejaste de mí cuando estaba claro que tu cuerpo prefería quedarse. Emocionalmente también lo has hecho. Has escuchado todas mis historias y medias respuestas sobre mi antiguo prometido y mi familia sin pedirme nada más.

—Tampoco es que te conozca completamente.

—Te he hablado de mi miedo por las tormentas y sobre la casa que mi padre construyó en el árbol. Tú has admitido que te adoptaron y me has dicho que pasaste mucha hambre en las calles. No creo que se pueda comparar.

—Tal vez no, pero tú escuchaste todo lo que te dije y lo comprendiste sin emitir juicio alguno.

—Eso no me resultó nada difícil porque me interesas —dijo Juliette, mientras se dirigía al borde de la piscina.

—¿Adonde vas?

Con mucho trabajo, Juliette consiguió salir del agua. Al sentir la brisa sobre su piel, se echó a temblar.

—Vuelvo a mi bungaló para darme una larga y cálida ducha.

—Eso me parece una idea estupenda…

Al ver el modo en que se le habían dilatado las pupilas, Juliette comprendió que tenía los mismos anhelos de ella. La joven deseó desesperadamente que ocurriera, que los dos compartieran aquella ducha juntos. Sin embargo, también sabía que debía esperar al momento adecuado y estaba segura de que aquél no lo era. Doug evidentemente la deseaba, pero su fantasía los estaba separando. Miró a su alrededor para buscar sus sandalias y las vio flotando en la piscina. Se encogió de hombros, sabiendo que eran una causa

perdida.

—Sé que en estos momentos necesitas espacio. Tiempo para pensar, pero cuando nos reunamos más tarde, deberías saber algo.

—¿El qué?

—Que nuestras fantasías pueden coexistir y que sé cómo puedo convencerte de ello. Para cuando haya terminado, ya no te sentirás tan inseguro. ¿Doug?

—¿Sí?

—Tampoco te sentirás insatisfecho.

Antes de que pudiera sonrojarse o exhibir cualquier signo que pudiera traicionarla, se dio la vuelta y se marchó, dejándolo solo en la piscina, insatisfecho y deseándola con todo su corazón. Sin embargo, si ella se salía con la suya, no estarían separados mucho más tiempo.

Doug observó cómo Juliette se marchaba. Se preguntó si sabría que aquel desafío no había conseguido engañarlo en absoluto. Cuanto más se unían, más segura de sí misma se sentía ella. Se alegraba de saber que había podido crear algo bueno en su vida.

Tomó las sandalias que Juliette había dejado en el agua y, sin poder dejar de recordar lo que habían compartido en el agua, salió de la piscina y regresó hacía su bungaló. Se pasó el día leyendo el periódico en la terraza mientras trataba de analizar su situación. Su vida. Sus sentimientos.

Los sentimientos que tenía por Juliette. Era inútil negar el impacto que había tenido en él. Como un cometa, había entrado en su vida y la había cambiado para siempre. Sin duda alguna, lo había redimido. Antes, nunca había pensado en los sentimientos de los demás en lo que se refería a su trabajo, a excepción de los de su padre. Había sido Juliette la que le había hecho darse cuenta de que quería parecerse a Ted Houston en muchas más maneras que en simplemente ser un periodista.

Juliette… Ella le había ayudado a olvidarse de todos los problemas de su vida, aunque hubiera sido por unos breves momentos. Le había permitido tener sentimientos nuevos y, evidentemente, estaba decidida a seducirlo. Creía que si se acostaban juntos, él lo haría para darle placer.

El corazón empezó a latirle al triple de la velocidad normal. Era tan persuasiva como hermosa. En la piscina, no había podido resistirse a ella, a pesar de sus promesas. Por primera vez desde que había puesto los ojos en Juliette Stanton, no le importaba. ¿Por qué? ¿Por qué? ¿Podría ser porque se estaba enamorando de su *Novia a la fuga*?

Aquel pensamiento lo dejó atónito. Sus relaciones pasadas habían tenido que ver tan poco con el amor, que seguramente no habría reconocido aquel sentimiento aunque se le pusiera delante y, sin embargo, en esos momentos, estaba contemplando la posibilidad. Una complicación que no había anticipado nunca.

No podía decidir con exactitud cuál había sido el momento en el que ella se había convertido en parte de su vida. Cuando estaba con Stuart Barnes, la había admirado. El día que la vio en el vestíbulo de Fantasía secreta, se había quedado atónito… ¿Se estaría enamorando? No lo sabía, pero no podía negar que sus sentimientos eran muy fuertes, aunque no sabía cómo manejarlos ni lo que podrían significar para su futuro personal o profesional.

De repente, alguien llamó a la puerta de su terraza. Era Juliette, como si él la hubiera invocado con aquellos pensamientos. Estaba de pie al lado de la hoja de la puerta, con un aspecto fresco, y vestida con una falda de color amarillo limón, camisola y blusa a juego. Evidentemente, estaba nerviosa, porque no dejaba de retorcerse las manos. Juliette no podía ocultar sus sentimientos y la a… adoraba por ello.

—Hola —dijo ella, tras abrir la puerta corredera y entrar al interior.

—Hola…

—¿Doug? ¿Qué te pasa? Me estás mirando como si no me hubieras visto nunca antes.

Aquélla era una descripción muy exacta. Juliette podía leerle muy bien los pensamientos. Tenía que dejarlos a un lado y concentrarse en lo que Doug, el reportero, tenía que hacer.

Se dio cuenta de que ya no podía mantener la promesa que había hecho de mantener las distancias. Le parecía que aquella promesa había sido realizada hacía una vida, antes de aquella revelación tan sorprendente. Además, a cada segundo, aquella certeza se afianzaba cada vez más. Se había enamorado de Juliette Stanton.

No le resultaba difícil hacer una lista de las razones que lo habían empujado a ello. Ella era todo lo que nunca había experimentado en una mujer y todo lo que deseaba. Fresca, inocente, abierta, sincera…

Recordó el tiempo en que su padre había tratado de definir su relación con su madre. «Tu madre tiene los tornillos que llenan los agujeros que yo tengo en la cabeza». Aquéllas habían sido las palabras exactas de Ted Houston. Doug recordaba haber mirado a su padre sin entender.

—Ella me escucha, hijo —le había dicho—, y eso es muy raro en una mujer. Así que, si encuentras una que te escuche y te

comprenda, ya tienes la mitad de la batalla ganada. El resto de las mujeres no merece la pena. Tus hormonas te dirán que sí, pero tu corazón y tu cabeza te llevarán en la dirección adecuada.

Su padre tenía razón. Desde el momento en que había puesto los ojos encima de Juliette, había estado siguiendo a su corazón. Por eso había respondido a sus preguntas y había podido anteponer las necesidades de ella a las propias. La noche anterior, la cabeza había tomado las riendas y lo había obligado a salir del bungaló antes de que pudiera hacer algo que los dos pudieran lamentar.

Las palabras de su padre encajaban perfectamente con Juliette. A pesar de que seguía necesitando su información, quería limpiar su nombre, ya sabía con toda seguridad que Juliette estaría siempre primero, porque la amaba.

—Bienvenida —le dijo—. No es tan grande como tu bungaló, pero servirá.

—Es todo tan masculino —comentó ella, mirando los muebles de madera oscura, los suelos de madera y la sobria decoración—. Como tú. Eso le hace a una preguntarse si Merrilee coloca a las personas en las habitaciones que mejor les van, como hace con sus fantasías.

Doug se echó a reír, a pesar de que sentía que sólo había secretos, mentiras y omisiones entre él y lo que se estaba convirtiendo en su verdadera fantasía: la propia Juliette.

—Bueno, ¿qué te trae por aquí?

—Necesito hablar contigo.

—Me das miedo.

—No hay por qué, pero necesitas prestarme mucha atención. Había pensado hacer esto seduciéndote, pero veo que no puedo.

—¿Qué es lo que te pasa? —preguntó Doug, a pesar de que no estaba de acuerdo con aquella afirmación.

—¿Qué puede ser más íntimo que el sexo?

—No estoy seguro. Dímelo tú.

—Las verdades, los secretos, las revelaciones íntimas… Una vez que dos personas se cuentan ese tipo de cosas, han compartido algo más profundo y con más significado que una unión física. Tú ya me has hecho ese regalo compartiendo tu pasado conmigo.

—Sí —dijo él, sabiendo que no le había contado todo—. Sigue.

—Voy a corresponderte. Necesito hacerlo. Cuando lo haga, estaremos a la par. Por así decirlo, te habré dejado que entres en mi interior. Y así sabrás con toda seguridad que me has antepuesto a todo lo demás.

¿Cómo iba a creer eso teniendo en cuenta las mentiras y omisiones que había entre ellos? Por eso, Doug resistió la necesidad que sentía de tocarla. Si no lo hubiera hecho, no habría podido

contenerse y se la habría llevado a la cama para satisfacer así sus fantasías más físicas. Sin embargo, primero necesitaba escuchar lo que ella tenía que decirle, establecer aquel vínculo emocional que ella quería regalarle, aunque no por su historia o su profesión. Ya vería más tarde lo que haría con aquellas verdades.

—Cuando veas que ya has cumplido tu fantasía, podremos hacer el amor…

—Juliette…

Ella simplemente sonrió. Acostarse con Juliette sería la respuesta a un sueño, tanto suyo como de ella. La joven se humedeció los labios, lenta, suavemente, como lo había hecho aquella mañana.

Así sería como le haría el amor. Lenta y suavemente. Sin embargo, sabía que nunca podría hacerlo hasta que no fuera del todo libre, hasta que no le hubiera contado la verdad. Y sabía que no podía hacerlo sin perderla para siempre.

—Tengo secretos que nadie conoce, nadie aparte de mi hermana, porque no ha habido nadie hasta ahora en quien pudiera confiar. Ahora confío en ti, porque tú me has hecho sentir mimada y especial.

—Eso es porque lo eres —musitó Doug, tragándose una maldición. Estaba en el purgatorio, entre el Paraíso y el Infierno.

—Gracias a ti, ahora lo creo, pero por si te estás preguntando el porqué de esta repentina revelación, te diré que no es sólo para tener un vínculo mayor contigo, sino porque necesito tu consejo. Lo que estoy a punto de decirte puede afectar a la vida de muchas personas.

—Tengo que admitir que has despertado mi curiosidad…

Doug, el reportero, estaba a punto de conseguir la información que necesitaba, por la que había viajado hasta aquella isla. Doug, el hombre, estaba a punto de estar entre los brazos de Juliette y dentro de ella.

Todo su ser temblaba ante la posibilidad de perder todo lo que acababa de descubrir que significaba tanto para él por conseguir aquella información de un modo engañoso, algo que había sabido desde que había empezado aquella charada.

Sin embargo, ya no se trataba de una charada, ya no era un medio de salvar su carrera. Era su vida. Juliette era su vida y no quería perderla.

Capítulo 8

—Mi nombre completo es Juliette Stanton —dijo ella, como si nombre debiera significar algo para él.

—La hija del senador Stanton.

—Mi padre es una figura pública muy importante, ¿verdad?

—Es uno de los pocos políticos que pueden presumir de tener una buena carrera, en lo personal y en lo político. Veo muchas de sus cualidades en ti —afirmó Doug.

—Te agradezco el cumplido. Veo que todavía no has establecido la relación. ¿Podría ser que la noticia no hubiera llegado a Michigan?

—Eres la *Novia a la fuga* de Chicago, ¿verdad? —anunció él, sin poder negar la evidencia—. Establecí la relación entre las dos personalidades, pero no quise incomodarte.

—Entonces, ¿no me reconociste?

—Bueno, el cabello es diferente de cómo aparece en las fotografías —dijo Doug para no mentir.

—Todo el mundo cree que salí corriendo porque me entraron dudas, o porque tenía un amante esperándome. ¿Sabías que las emisoras de radio de Chicago están haciendo concursos? Era ridículo. No podía salir de mí casa sin que me siguieran. ¿Es que no tiene la gente nada mejor que hacer con sus vidas? Ni siquiera soy una mujer famosa.

—Nunca se sabe lo que va a despertar el interés de la gente.

—Tú no me has preguntado por qué salí corriendo.

—Si quieres que lo sepa, no me cabe la menor duda de que me lo dirás…

Cuando recordara la conversación, quería que Juliette recordara que ella se lo había contado todo sin que él la forzara, quería que se diera cuenta de que no había forzado ni dirigido la conversación de ningún modo.

Cuando descubriera la verdad sobre él, no sólo no quería que sufriera, sino que quería que fuera capaz de perdonarlo.

—Quiero decírtelo, sólo que no sé por dónde comenzar.

Su dolor era tan palpable que Doug decidió que no quería prolongarlo más de lo necesario.

—Conozco los artículos de periódico que señalan al socio de tu antiguo prometido como parte de un plan para blanquear dinero.

—Entonces, sabrás que el artículo fue retirado por falta de

pruebas —afirmó Juliette. Doug simplemente asintió—. Yo creía que Stuart era inocente. Creía que su socio, el congresista Haywood, era inocente.

—Entonces, el hecho de que se retirara ese artículo debió de ser una bendición.

—En aquel momento, solo confirmó lo que ya sabía, pero después…

Doug contuvo el aliento. Allí estaba la respuesta a su historia. La que volvería a colocarlo a la cabeza de su profesión, aliviaría la inquietud emocional de su padre y arreglaría el daño que le había hecho a la reputación del *Tribune*. La maldita culpa luchaba con la anticipación que sentía en su interior.

—… Habíamos llegado pronto a la iglesia para hacer los preparativos de última hora, pero yo sentía algo de claustrofobia y dejé a mi hermana y a mi madre en la sacristía porque necesitaba salir a tomar un poco el aire. No había nadie en la iglesia todavía, pero no quería encontrarme con nadie, así que me marché a un lugar que Stuart, Gillian y yo solíamos frecuentar de niños. Allí fue donde los vi.

—¿A quién viste? —preguntó Doug, sintiendo que la adrenalina le palpitaba en las venas.

—A Stuart, al congresista Haywood y a Paul Costa. El artículo del periódico aludía a los vínculos con la Mafia y el blanqueo de dinero, pero no mencionaba a nadie por su nombre. Se dice que Costa es un capo, por lo que no había posibilidad alguna de que yo no lo reconociera. Además, oí parte de la conversación. Era algo sobre el hecho de que se había conseguido que se retirara el artículo. No me quedó duda alguna de que Stuart estaba implicado.

Doug la escuchó incrédulo. Su instinto le había dicho que ella conocía el vínculo que unía a Barnes y a Haywood con los negocios sucios. Sin embargo, nunca hubiera pensado que también había sido testigo ocular de sus trapicheos.

—¿Te vieron?

—¿Crees que se podría pasar por alto a una mujer vestida con su traje de novia? En realidad, fue sólo Stuart quien me vio y se excusó. Yo ya había echado a correr, pero él me agarró del brazo y me llevó a un lugar privado. Tuvimos una fuerte discusión. Yo cancelé la boda y él…

—¿El qué? —le preguntó Doug, agarrándola de las manos para calentarlas entre las suyas. Ya tenía su historia. Lo único que podía hacer ya era ocuparse de Juliette. Ya se imaginaría más tarde cómo podría contarle la verdad sin desgarrarle el corazón—. ¿Te amenazó?

—No estaría tan destrozada o tan confusa acerca de qué hacer si

yo fuera su blanco. Me dijo que si él caía, se aseguraría de que se llevaba a mi padre con él. Era una amenaza implícita para que yo mantuviera la boca cerrada.

Sabiendo lo mucho que Juliette quería a su padre, algo que seguramente sabía, Stuart Barnes se había garantizado su silencio.

—Perdóname por preguntarte esto, pero, ¿está tu padre implicado en modo alguno?

—No, pero si el protegido del senador Stanton era arrestado, afectaría de todos modos a la reputación de mi padre y todo lo que había conseguido durante la vigencia de su cargo. Aunque sea inocente, pasaría a la historia por haber dejado su escaño rodeado del escándalo y de las sospechas.

Doug gruñó. Aquella afirmación acababa de darle una razón para no tratar de dejar al descubierto a Barnes y a su congresista a cualquier precio. Un artículo de esas características con Juliette como testigo destruiría a su padre, y cualquier cosa que afectara al senador Stanton mataría a Juliette. Aquello era algo que nunca sería capaz de hacer. El duro reportero que había sido antes de conocer a Juliette ya no existía. Doug tendría que aceptar aquel hecho…

Tenía que conseguir preparar un plan enseguida. Y pronto. Aunque tenía motivos personales para tratar de dejar a Barnes y a Haywood en evidencia, le quedaba una razón mucho más importante: no podía permitir que sus actividades ilegales siguieran produciéndose. Tenía que dejarlas al descubierto antes de que Barnes fuera elegido senador. Existía la posibilidad de que el hecho de que Juliette lo hubiera dejado abandonado en el altar le ganara cierto voto de simpatía. Tenía que detenerlo sin herir a Juliette ni a su familia.

—Te has quedado muy callado. Veo que te he dejado muy sorprendido.

—No. Siempre supe que tú eras especial, pero saber de lo que fuiste capaz para proteger a tu padre, el modo en que los medios de comunicación han hablado sobre ti…

—Él habría hecho lo mismo por mí sin dudarlo, por eso necesito preparar un modo de impedir que Stuart pueda llegar a ser senador. No puedo consentir que lo sea sabiendo lo que sé. Estoy segura de que juntos se nos ocurrirá una idea, aunque esperaba que, primero, pudiéramos hacer algo más juntos.

La temperatura de la habitación subió algunos grados. En cuestión de segundos, Doug pasó de estar preocupado a excitado. Aparentemente, Juliette sentía lo mismo, porque se estaba acercando a él para colocarle las manos en los hombros y susurrarle al oído.

—¿Te das cuenta de la importancia de este secreto?

¿Comprendes que no lo compartiría con cualquiera?

—Juliette… —susurró él. Si ella supiera con quién lo había compartido…

—Doug, me has hecho sentirme como si pudiera confiarte cualquier cosa. Eso tiene que significar algo en el esquema de tu fantasía.

—Las fantasías son complicadas…

—No tienen por qué serlo —susurró ella, mordisqueándole el cuello detrás de la oreja.

Aquello era una ironía en el grado más alto. Ella le había revelado todo para hacer que se unieran más. Si se marchaba para decidir cuál era el mejor modo de utilizar aquella información, le haría casi tanto daño como sus secretos, unos secretos que no podía revelar hasta que no hubiera ideado un modo de ayudarla, de salvar la reputación de su padre y de asegurar su futuro como pareja.

—Doug, si tu fantasía trata de verdad sobre anteponer las necesidades de una mujer a las propias, entonces… hazme el amor.

Toda la contención que Doug había estado ejerciendo sobre sí mismo se desvaneció en aquel instante. Ella lo había liberado mental y emocionalmente y él se negaba a mirar atrás. Tendría que encontrar aquella salida… después de hacer lo que ella le estaba pidiendo.

—Llevas torturándome varios días —susurró Doug, tomándola entre sus brazos y colocándola encima de la cama. Después, la empujó suavemente por las caderas y la tumbó encima del colchón. Luego, se echó encima de ella.

—¿De verdad? Sé que lo he intentado. Ya estaba empezando a creer que no estaba teniendo demasiado éxito.

—Estoy seguro de ello. Lo que ocurre es que tengo eso que se llama disciplina.

—A mí me parece que ya la has perdido…

Juliette levantó la pelvis, presionando su feminidad contra la firme erección. Al notarla, lanzó una exclamación de apreciación.

—Vaya, veo que no me he equivocado.

—Llevas puesta demasiada ropa…

—Entonces, quítamela.

Aquélla era la sugerencia más provocativa que Doug había escuchado nunca. Ella extendió los brazos para provocarlo aún más si aquello era posible. La blusa revelaba que debajo había una prenda de encaje, una suave tela de araña que le recordaba la lencería sexy y las cálidas noches de pasión.

De repente, le pareció que la temperatura de aquella noche en particular iba a subir varios grados.

Juliette miró a los profundos ojos azules de Doug, incapaz de

creer lo juntos que estaban en aquellos momentos y lo íntima que iba a ser su unión a los pocos segundos. Ella le había confiado sus secretos más íntimos, por lo que no le cabía duda alguna de que la ayudaría a saber cuál era el siguiente paso que debía dar, igual que ella le había ayudado a cumplir su fantasía.

La suya estaba a punto de cumplirse. El corazón le latía a toda velocidad pensando en el erotismo que las manos de Doug le iban a transmitir. Aquellas manos se estaban perdiendo poco a poco bajo su blusa y se habían detenido al encontrar la camisola de encaje…

Con hábiles dedos, él siguió tocando hasta que le encontró los pechos, erguidos y llenos, esperando sus caricias.

—¿No llevas sujetador? —le preguntó él.

—No es necesario con tantas capas…

—Mejor. Más fácil para mí.

—Ese era el plan…

Doug la sorprendió al darle un suave beso en las acaloradas mejillas. Entonces, se levantó un poco y alineó sus cuerpos tanto como le fue posible, a pesar de la barrera de la ropa. Firme y pesada, su erección la tentaba con infinitas posibilidades.

—¿Cómo te gustaría, Juliette? ¿Lento o rápido?

—Creo que ya nos hemos tomado las cosas con demasiada calma, ¿no te parece?

Como respuesta, Doug le agarró la camisa y tiró de ella. Los botones se esparcieron por todas partes, al tiempo que se escuchaba el sonido de la tela rasgada.

—Estoy aquí para cumplir tus deseos. Después de todo, se trata de que consiga que tus sueños se hagan realidad.

—¿Sabías que existe la opinión de que toda mujer fantasea con la época de las cavernas?

—Entonces, hagamos que la tuya se haga realidad —dijo Doug, admirando los pechos a través del encaje de la camisola—. ¿Qué haría tu cavernícola después de haberte llevado arrastrando a tu cueva?

—Me besaría —susurró ella, sintiendo un deseo más fuerte que nunca.

—¿Dónde? Ya sabes que no puede satisfacerte si no sabe lo que te gusta —replicó Doug. Mientras esperaba que ella respondiera, empezó a dibujar círculos alrededor de uno de los pezones, torturándolo, excitándolo…

—Pensé que habíamos acordado que sería rápido.

—Si me dices lo que te gusta, te prometo que te lo daré rápido, con fuerza y profundo —musitó él. Al escuchar aquellas palabras un suave gemido se escapó de los labios de Juliette, lo que excitó aún más a Doug—. Bueno, ¿dónde te gustaría que te besara?

—Creo que mi cavernícola me besaría los pechos —musitó ella, avergonzada de decir lo que más deseaba.

Tal y como había prometido, Doug besó ligeramente uno de los pezones, para después humedecerlo repetidamente con la lengua. Entonces, empezó a estimularlo más rápidamente, lo que le provocó a Juliette una intensa sensación de placer entre las piernas e hizo que se retorciera bajo él. Doug le estaba dando todo lo que había prometido.

Juliette no se había dado cuenta de que había cerrado los ojos hasta que sintió que le levantaba la camisola y que se la quitaba por la cabeza La sensación de la tela deslizándose sobre su piel fue exquisita.

—Eres tan hermosa… —musitó él. Avergonzada, Juliette desvió la mirada, pero Doug le agarró la barbilla y la obligó a mirarlo—. Yo no soy tu ex. No deseo ni el escaño de tu padre ni ninguna otra cosa. Sólo te deseo a ti. Cada vez que te miro, veo a la mujer que… admiro —añadió mientras comenzaba a acariciarle ambos pechos con las manos—… la mujer por la que siento algo muy especial.

¿Sería la mujer que amaba? A Juliette se le ocurrió aquella pregunta sin previo aviso, sin haberlo pensado antes. En realidad, tenía la sensación de que era en sus propios sentimientos en los que estaba pensando, a pesar de que las sensaciones físicas impedían todo proceso mental. Su cuerpo pedía tanto…

Extendió una mano y se agarró la cinturilla de la falda. Doug comprendió enseguida lo que le quería decir y se levantó. Entonces, se quitó los vaqueros que llevaba y ella hizo lo mismo con la falda.

—Tampoco llevas braguitas… —susurró él.

—Ya he dicho que quería facilitarte el trabajo. Además, tú tampoco llevas ropa interior.

Doug estaba gloriosamente desnudo frente a ella. Era todo músculo y acero. Juliette no pudo evitar tragar saliva.

—La diferencia es que yo sí la llevaba.

—Ahora no…

En un abrir y cerrar de ojos, Juliette sintió que él la cubría con su cuerpo desnudo. Su propio cuerpo se moldeó para adaptarse a los contornos de su masculinidad. Doug le agarró la cabeza entre las manos y sus labios se fundieron con los de ella en un apasionado beso. La lengua descubrió como si fuera por primera vez los contornos de la boca de Juliette, haciendo que aquello fuera el preludio de lo que estaba por venir.

Lentamente, él fue bajando las manos e introdujo un dedo en su resbaladiza feminidad. El gruñido de placer que emitió resonó en toda la habitación.

—Te prometí que sería duro, rápido y profundo…

Juliette levantó las caderas, haciéndole saber que estaba lista. Como respuesta, Doug le dedicó una atractiva sonrisa.

—Y yo siempre mantengo mi palabra.

Entonces, sin decir nada más, le separó las piernas y la penetró de un solo empujón. Juliette cerró los ojos y se rindió a las intensas sensaciones. Lo sentía dentro de ella, deteniéndose lo suficiente para permitir que su cuerpo se adaptara a él.

Ella estuvo a punto de alcanzar el placer en aquel momento y, si servían de indicación los guturales sonidos que salían de la garganta de Doug, a él le había ocurrido lo mismo.

Sin embargo, la reacción emocional de Juliette era mucho más potente que las sensaciones físicas que sacudían su cuerpo.

No era virgen, pero casi se sentía como si lo fuera. Sensaciones y sentimientos eran completamente nuevos para ella. Amor…

No tuvo tiempo de procesar lo que significaba aquello, dado que él se incorporó lentamente, dejando que ella gozara con los movimientos de su miembro entrando y saliendo de su cuerpo, para darle así tiempo a que ella pudiera acomodarse a su tamaño, longitud e intenciones.

Instintivamente, Juliette flexionó las piernas para mantenerlo dentro de ella.

—Doug… —susurró, mientras él se movía duro, profundo y rápido, tal y como le había prometido.

—¿Es esto lo que tenías en mente? —preguntó, mientras salía de ella, sólo para penetrarla con más fuerza que antes.

—Sí.

Había estado esperando tanto tiempo aquel momento, a aquel hombre, que sentía que el orgasmo no estaba muy lejos. Las sensaciones iban creciendo, más y más rápido, adueñándose de todo su ser hasta que se encontró más allá de la capacidad de poder razonar.

Doug había encontrado el ritmo perfecto. Aquella vez, se alzó sobre ella, sujetando el peso de su cuerpo sobre las manos para hacer que lo único que ella sintiera fuera a él entrando y saliendo de su cuerpo, duro y caliente, grueso y firme…

Las caderas de Juliette se alzaron para acoger todos y cada uno de sus movimientos. Entonces, abrió los ojos. La emoción que vio en los de él, la tensa expresión de su rostro, igualaba todo lo que ella estuviera sintiendo.

—Doug, por favor —susurró. Ni siquiera estaba segura de qué más podía desear.

—¿Más profundo?

—Oh, sí…

—En ese caso, ayúdame, cielo.

Juliette le rodeó la cintura con las piernas, empujando su feminidad hacia él, tanto que cada uno de los movimientos hacía que Doug se hundiera más dentro de ella.

—Más rápido… —gimió, con el último aliento que le quedaba.

Él le dio lo que pedía y se movió más rápidamente dentro de ella, hasta que provocó un estallido de luz y un interminable placer en su cuerpo. Doug dejó escapar un gemido. El orgasmo de Juliette provocó el suyo. Tal vez la había estado, esperando, pero lo importante fue que alcanzaron el clímax al unísono…

Minutos después, entre los brazos de Doug, fue cuando por fin los latidos de su corazón volvieron a la normalidad. Sin embargo, Juliette estuvo completamente segura de que todo lo demás había cambiado.

Después de la traición de Stuart, el amor había sido la última cosa que había creído que volvería a desear o a encontrar. Su fantasía era sólo para superar el dolor y saber que era deseable, no sólo por su familia o por sus contactos políticos, sino sólo por ella misma. Sin embargo, a pesar de todo, se había enamorado.

Al comprender aquello, decidió que se negaría a tomar una actitud pasiva ante su vida y su futuro. Tal vez la recién encontrada determinación tenía algo que ver con el hecho de que Stuart le hubiera exigido que guardara silencio y la total seguridad que él había tenido de que haría lo que le pedía. Tal vez tenía más que ver con amar a un hombre muy especial, al que se negaba a perder después de aquellas vacaciones. Al menos, si así ocurría, no sería porque ella no lo hubiera intentado.

Aunque, por el momento, guardaría silencio con relación a Stuart, tenía la intención de decirle a Doug que lo amaba. Con un poco de suerte, él sentiría lo mismo y ella, Juliette Stanton, hija del senador Stanton, tendría su final feliz.

Doug permaneció despierto durante mucho tiempo después de que Juliette se hubiera quedado dormida. Respiró profundamente, aspirando la fragancia de su cabello. Habían decidido no salir a cenar y habían llamado al servicio de habitaciones. Entonces, habían hecho el amor una vez más. Aunque Doug sentía que su cuerpo estaba temporalmente saciado, no podía decir lo mismo de su corazón.

¿Cómo podía estarlo cuando los rodeaba tanta incertidumbre?

Necesitaba saber que tenían un futuro y, para eso, él tenía que sincerarse y esperar que Juliette lo perdonara y comprendiera. Considerando que últimamente se había visto herida por un hombre que la había utilizado, tenía sus dudas de que así fuera. Sin embargo, se negaba a que se le etiquetara en la misma categoría de

Stuart Barnes, porque él amaba a Juliette y nunca había tenido la intención de herirla.

Al tener aquellos pensamientos, tuvo que ahogar una risotada. Era un maestro para utilizar a las personas para sus fines profesionales.

Si no lograba su mayor deseo, probablemente era porque se lo merecía, porque, inicialmente, sí que había tenido la intención de utilizarla, tal y como había hecho su prometido.

Juliette suspiró y se estiró en sueños. Doug le acarició el cabello y se lo apartó de la cara. Entonces, permitió que ella se acurrucara más contra él. Tal vez no la conociera mucho, pero no le cabía la menor duda de que podrían tener una relación duradera. Estaba seguro de que lo que quería vivir con Juliette no era sólo una aventura, sino un compromiso eterno, como el que sus padres compartían.

Su certeza nacía de su pasado. Nunca había experimentado nada tan fuerte como lo que sentía por Juliette. No podía confundir de ninguna manera la diferencia de sentimientos con respecto a lo que había sentido por sus anteriores amantes.

Con mucho cuidado de no despertarla, se levantó de la cama. Ella se rebulló un poco, pero terminó por abrazarse a la almohada. Doug se dirigió a su escritorio y sacó un cuaderno, en el que empezó a escribir rápidamente maneras de proteger a Juliette, los datos con los que contaba…

Cuando hubo terminado de escribir sus notas, las metió en su maleta y volvió a meterse en la cama. Para su delicia, Juliette inmediatamente volvió a cobijarse entre sus brazos. Minutos después, volvía a dormir profundamente.

—Te amo —susurró, sabiendo que tenía la libertad y el deseo de poder decir aquellas dos palabras en alto por primera vez.

Le gustaba cómo sonaban y, de nuevo, experimentó la seguridad de sus sentimientos. Entonces, cerró los ojos y se esforzó por relajarse.

La mañana llegaría muy pronto y, con el amanecer, sus verdades. Y la reacción de Juliette.

Sin embargo, cuando se despertó, se encontró una nota sobre el reloj.

> Según tengo entendido, a la mayoría de los hombres no les gusta que una mujer se quede a pasar la noche. Para evitar situaciones incómodas, me marcho a mi bungaló a ducharme y a vestirme. ¿Te apetece venir a desayunar conmigo? Te dejaré la puerta abierta. Juliette.
>
> PD. Lo de anoche fue increíble.

La palabra «increíble» ni siquiera servía para empezar a describirlo. Doug arrugó el papel que tenía en la mano. Él no era como la mayoría de los hombres, al menos, no en lo que se refería a una mujer en concreto. No sólo había deseado despertarse con Juliette, sino que hubiera querido ser él quien se despertara en primer lugar.

De un modo sensual y erótico, pensaba haberle mostrado exactamente lo que sentía… antes de sincerarse con ella y poner su vida en sus manos.

Sin embargo, el desayuno tenía sus ventajas. Además, como era un escritor, era un hombre muy creativo. Se le podrían ocurrir muchas y eróticas maneras de disfrutar de la comida que no le dejaran a Juliette duda alguna de lo que sentía.

Después de una rápida ducha, salió de su habitación y se marchó en dirección a la zona en la que estaba el bungaló de Juliette.

Doug llevaba siendo reportero durante más tiempo del que recordaba. Desde que conoció a Ted Houston, descubrir una historia había sido siempre parte de él. Sabía cómo debía seguir a una persona a una distancia discreta, Precisamente porque solía haber otros reporteros siguiendo el mismo rastro, Doug sabía siempre cuándo tenía compañía.

En aquellos momentos, sintió aquella sensación. Doug no estaba solo en la isla y con ello no se refería al resto de los huéspedes de Merrilee, porque éstos no andarían escondiéndose. Miró a su alrededor, pero no vio nada fuera de lo normal. También oyó el sonido de unas ramas y supo que no había sido un pájaro ni un animal.

En vez de ir directamente al bungaló de Juliette, Doug decidió tratar de probar su teoría y se dirigió hacia la piscina. Escogió un sendero que no se utilizaba muy frecuentemente y que estaba cubierto de plantas y maleza. Si alguien lo estaba siguiendo, le resultaría imposible no hacerlo sin ruido. Efectivamente, a los pocos segundos, oyó el leve susurró de las ramas de las plantas. Enseguida, el sonido se interrumpió. Fuera quien fuera quien lo seguía, se había dado cuenta de que Doug se había percatado de su presencia.

Cuando Doug se volvió a mirar, la persona que lo seguía se le había anticipado y no se veía por ninguna parte. Además, el silencio lo rodeaba por todas partes, roto solamente por el canturreo de los pájaros y las risas de unas personas lejanas.

Doug nunca descartaba su instinto. Entonces, recordó que Merrilee había comentado que habían llegado más huéspedes al final de la semana y que estos parecían más desesperados que la mayoría. No sabía quién era la persona que lo estaba siguiendo,

pero de algo estaba seguro: todos los caminos conducían a Juliette.

Inmediatamente, pensó en otro periodista, aunque reconoció que, si hubiera conseguido saber dónde estaba Juliette y lo hubiera reconocido a él, no habría consentido que lo descubrieran con tanta facilidad. Lo descartó.

Podría ser el congresista Haywood. Si Stuart le había dicho lo que Juliette había visto y oído en la iglesia… Decidió que tampoco era probable porque habría enviado a Barnes para que le recordara su compromiso.

Aquello le llevó a pensar en Stuart Barnes. Podría ser que hubiera decidido controlar de cerca a su ex novia y asegurarse de que ella cumpliera su pacto.

Por último, quedaba la Mafia. Doug no sabía si conocían que Juliette sabía toda la historia. Decidió no correr riesgo alguno y echó a correr. Tenía que llegar al bungaló de Juliette y asegurarse de que estaba bien. Entonces, debía contarle las otras verdades, no sólo porque la amaba, sino porque ella necesitaba saber que debía protegerse y tomar precauciones con todo el mundo. Incluso con él.

Capítulo 9

Juliette acompañó al camarero a la puerta y luego volvió a la terraza para poner una mesa para dos. El joven le había llevado todo el menaje y había prometido regresar con un desayuno para dos, con unas mimosas recién cortadas, en cuando ella le avisara. Es decir, en cuanto Doug llegara.

Respiró profundamente. Estaba llena de esperanza y optimismo, más de lo que nunca lo había estado y sólo podía darle las gracias a Doug. En sueños, la noche anterior había soñado que le oía decir aquellas dos mágicas palabras.

Si tenía suerte, volvería a escucharlas de nuevo, pero aquella vez cuando estuviera completamente despierta. Doug volvería a decirlas mirándola a los ojos y poniendo su corazón en cada una de ellas.

Desde que le había contado a Doug toda su historia, lo comprendía todo más claramente. Que una tercera parte neutral lo supiera todo, ya la había ayudado mucho y estaba segura de que así seguiría siéndolo. Había comprendido que no podía seguir ocultando lo ocurrido. Debía informar a su padre. Él lo comprendería todo y lo resolvería rápidamente. Se sentiría muy desilusionado por Stuart, pero no consentiría que, bajo ningún concepto, un delincuente se sentara en el Senado.

Se sorprendió de no haberse decidido antes. Ciertamente, la había ayudado mucho contárselo a Doug. Se preguntó también si no sería que el amor hacía que, de repente, viera el mundo de color de rosa. Aquélla era otra cosa que debía hablar con Doug, aparte de sus recién descubiertos sentimientos.

Decidió ir a vestirse antes de que él llegara. Fue a su dormitorio, seleccionó lo que se iba a poner y, tras dejarlo encima de la cama, se metió en la ducha. De mala gana, dejó que el agua se llevara todo lo que quedaba sobre su cuerpo de aquella noche de pasión. Sin embargo, saber que la velada anterior sólo era el principio de algo mucho más importante la llenó de optimismo.

—Juliette…

Creyó que había oído que alguien pronunciaba su nombre, por lo que agarró la toalla y se cubrió.

—Juliette…

La voz volvió sonar de nuevo. Aquella vez, la reconoció como la de Doug.

—Estoy aquí.

A los pocos segundos, él abrió la puerta del cuarto de baño.

—¿Te encuentras bien?

—¿Y por qué no iba a ser así? —preguntó ella, asomando la cabeza por la abertura de la cortina de la ducha.

—Estás sola —murmuró, muy aliviado.

—Pues claro. ¿Con quién iba a estar? ¿Qué es lo que te pasa?

—No deberías dejar la puerta del bungaló abierta —musitó con la voz entrecortada.

—¿Qué pasa? ¿Es que has estado corriendo un maratón?

Rápidamente, Doug se quitó los zapatos y la camisa. Entonces, abrió la cortina de la ducha, que ella seguía tratando de mantener cerrada, y se metió bajo la ducha, sin importarle que todavía llevara puestas otras prendas.

—Creí que… —susurró, tomándola fuertemente entre sus brazos —. Bueno, ya no importa lo que creí…

Juliette suspiró y se moldeó contra su cuerpo, dejando que él tomara el control. El la devoró con sus besos y la acarició por todo el cuerpo, como si no pudiera creer que se encontraba bien. Juliette no comprendía las razones de su temor, pero le gustaba aquella posesión.

—Estoy bien.

—Necesitamos hablar.

Debía de estar bromeando. Se había metido en su ducha, la había excitado y, ¿sólo quería hablar?

—No creo que sea momento para eso.

—Juliette.

—¿Te he dicho lo mucho que me gusta que me hables con ese tono de voz tan profundo? Resulta muy sexy —dijo ella, bajándole con un rápido movimiento los calzoncillos y los pantalones.

Para acompañar a sus palabras, empezó a acariciarle rápidamente la ya firme erección.

—Hay ciertas cosas que debes saber.

—Más tarde —susurró Juliette, besándole dulcemente el pecho desnudo—. Quiero aprovechar esta situación.

Sin poder reaccionar ante sus caricias, Doug se deshizo de una patada de la ropa que tenía alrededor de los tobillos. Aunque necesitaba sincerarse con ella, ya que sabía que estaban solos y que ella estaba bien, creía que las noticias podían esperar un poco más. Los labios de Juliette estaban dibujando una línea que iba bajando poco a poco por el torso, para luego atravesar el abdomen y llegar un poco más abajo.

Ante la tortura de las caricias que ella le estaba proporcionando con la lengua, Doug gimió y echó la cabeza hacia atrás. Se dijo que, mientras estuvieran juntos, ella estaría segura. Esperar una hora

más para contarle la verdad no importaba. De hecho, nada importaba…

Acababa de sentir cómo ella lo agarraba de la cintura y rodeaba su erección con la boca, sirviéndose de labios y lengua para, con suaves caricias, llevarlo prácticamente al borde de la locura.

Nunca había experimentado un regalo tan increíble. Sabía que no se merecía tanta entrega y también decidió que no quería gozar solo. Prefería hacerlo dentro del cuerpo de Juliette.

Hizo que se levantara y la tomó en brazos. Los dos salieron de la bañera y entonces la dejó en el suelo. El dulce cuerpo de Juliette se deslizó por el suyo, lentamente. Sus senos se apretaron contra su tórax y los pezones se le irguieron.

—¿Por qué has hecho eso? —preguntó ella.

—Por justicia. Además, no puedo hacerte lo que deseo en la ducha.

—Dímelo —susurró ella con una lenta y sensual sonrisa.

—Prefiero demostrártelo —replicó él.

Entonces, bajó la cabeza y la besó sensualmente mientras, con un movimiento circular de caderas, dibujaba unos círculos enloquecedores contra sus caderas.

Juliette gimió. Entonces, decidió imitar sus movimientos y apretó su feminidad contra la erección de Doug, creando una fricción tan intensa que él creyó que iba a alcanzar el clímax allí mismo. La respiración entrecortada de Juliette y los sonidos guturales que ella emitía indicaban que estaba sintiendo el mismo deseo que él en aquellos momentos.

Sólo se detuvo para abrir el botiquín del baño y ocuparse de los anticonceptivos. Ya había descubierto que la dirección del complejo se ocupaba hasta de aquel pequeño detalle. Entonces, incapaz de esperar, la agarró por las caderas y la levantó. Entonces, con una gran destreza, la colocó encima de él y se hundió en ella. El placer fue inimaginable.

Juliette temblaba. Rápidamente, envolvió los brazos alrededor del cuello y las piernas alrededor de la cintura. La pared les dio el apoyo que Doug necesitaba para seguir con los movimientos. Su cuerpo se sentía listo para estallar. Cuando Juliette sintió los primeros temblores que anunciaban el clímax, se aferró a él con fuerza.

La erótica contracción de los músculos de ella le dio el empuje que necesitaba y Doug se vertió en ella en un explosivo orgasmo, uno que implicó no sólo su cuerpo, sino su mente, su corazón y su alma.

Juliette estaba tumbada en la cama con Doug, dibujando

perezosos círculos sobre su tórax. El silencio los rodeaba, pero ella no sentía la necesidad de hablar. Lo que acababan de compartir hablaba por ellos. La felicidad reinaba entre los dos, por lo que ella no tenía deseo de cambiar nada. Sin embargo, el sonido del teléfono los sacó de aquel estado de gozo total.

—¿Sí? —dijo Juliette. Querían comprobar que había pedido un desayuno doble y preguntar cuándo quería que lo entregaran—. Dentro de cinco minutos estaría muy bien —dijo. Después, se volvió hacia Doug—. Se trataba del desayuno. Te invité, ¿te acuerdas?

Doug se tumbó encima de ella, cubriéndola con su cálido peso.

—Pensé que acabábamos de comer —susurró él.

—Mmm…

Juliette suspiró y lo besó dulcemente. No quería romper aquella unión física, pero no le quedaba elección. Con el servicio de habitaciones de camino, tenía que hacerlo. Con un suave empujón, animó a Doug a que se levantara.

—Estoy segura de que puedes hacer que se te despierte el apetito.

—Ya lo creo —replicó él mientras le acariciaba de nuevo los pechos.

—Te recuerdo que el servicio de habitaciones está en camino—. Quería sorprenderte, pero ahora es imposible. Bueno, dame cinco minutos para terminar de prepararlo todo, ¿de acuerdo?

En realidad, necesitaba unos minutos para poder pensar. Durante el desayuno, quería admitir lo que sentía por él y ver en qué posición quedaban cuando terminara aquella semana. Evidentemente, era algo que no podía hacer en la cama, con el cuerpo desnudo de Doug cerca del suyo.

—De acuerdo —dijo él con desgana—. Además, necesito saber cómo van las cosas en casa, pero tenemos que hablar durante el desayuno.

—Da miedo el modo en que lo has dicho —susurró ella temblando—, pero, sí, tienes razón. Tenemos que hablar.

Juliette se levantó de la cama y se vistió con su bata de seda antes de disponerse a salir de la habitación.

—Juliette…

—¿Sí?

—Sólo da miedo si te lo tomas de ese modo.

Ella inclinó la cabeza y salió del dormitorio, sin poderse olvidar de las extrañas palabras de Doug. Al salir al salón, descubrió que el camarero ya lo había dispuesto todo en la terraza. Como por arte de magia, había aparecido a los pocos minutos de la llamada. Después de colocarlo todo, se marchó enseguida.

Juliette sirvió las bebidas y destapó una deliciosa cesta de

pastelitos, cruasanes y pastas. Sin poder evitarlo, recordó la última vez que Doug y ella habían hablado de los méritos de los dulces. Entonces, habían intercambiado un preludio de las cosas que iban a venir después, como por ejemplo el modo en que ella lo había saboreado aquella mañana, algo que ella nunca había querido hacer con ningún otro hombre.

—Hola, Juliette.

—¡Stuart! ¿Qué estás haciendo aquí? —preguntó ella sin poder creer lo que estaban viendo sus ojos.

—Haciendo que se cumpla una fantasía, lo mismo que tú —respondió él, vestido tan conservadoramente como siempre, a pesar de lo relajado que era el ambiente en la isla.

—¿Y qué clase de fantasías te han traído aquí? —preguntó ella, segura de que aquella visita no tenía nada que ver con una fantasía, sino con ella.

—Eso es algo que no se dice. Sólo a Merrilee.

Juliette no se sorprendió de que hubiera mentido a Merrilee. Probablemente había utilizado también un nombre falso, dado que la ética de Merrilee era demasiado firme como para que Stuart pudiera tener acceso a la isla de otro modo.

Al mirarlo, Juliette recordó las palabras de su hermana sobre cómo le preocupaba el repentino silencio de Stuart. Respiró profundamente, decidida a no dejarse intimidar por su inesperada presencia en la isla.

—Ya te he dicho que no te voy a descubrir. ¿Por qué no puedes confiar en mi palabra?

—Tu repentina desaparición me preocupó. No es propio de ti salir corriendo —dijo Stuart con cierta ironía.

—No es que tú me dieras elección para no hacerlo. Tú me mentiste y el matrimonio debe de estar basado en la confianza.

«Y en el amor», pensó ella. Suponía que, en cierto modo, debería estar agradecida por la revelación que había tenido lugar en la iglesia. Si no lo hubiera descubierto antes de decir el «sí quiero», habría terminado por darse cuenta de que lo que sentía por su marido no era verdadero amor. Ya conocía lo que se sentía con el sincero y verdadero amor. Era exactamente lo que sentía con Doug.

—Entonces, sin los votos del matrimonio, ¿cómo sé que puedo confiar en ti? —preguntó él.

—Porque me conoces. Hace años que me conoces…

Aquella incongruencia no se le pasó por alto. Ella lo conocía desde hacía exactamente el mismo tiempo y, sin embargo, no había sabido ver al verdadero Stuart. ¿Se daría él cuenta de lo mismo? Por lo menos rezaba para que no sospechara que le estaba engañando, que ya le había contado los detalles de sus sórdidos

contactos a Doug y que planeaba decírselo a su padre en cuanto regresara. Su padre llevaría la historia a la policía o a los periódicos. Fuera como fuera, Stuart podría ir despidiéndose de las elecciones, y sobre todo del escaño de su padre.

—¿Por qué tuviste que implicarte en esos trapicheos y en el blanqueo del dinero, Stuart? —le preguntó sin poder evitarlo.

—No lo entiendes, ¿verdad? Tal vez crecimos puerta con puerta, pero tú creciste con el dinero y la fama. Yo tuve que trabajar para conseguirlo.

—Y lo hiciste. Trabajaste duro y lo conseguiste. Ya casi tienes todo lo que deseabas.

—Me imaginé que los contactos de Bob me darían el dinero que me hacía falta, pero lo que dicen es cierto. Antes de que uno pueda darse cuenta, se ha metido demasiado.

—En ese caso, lo único que tienes que hacer es salir. No es demasiado tarde.

—Lo es a menos que no me importe perderlo todo y no voy a decir que eso ocurra. Tu silencio me garantizará que mis sueños se hacen realidad. Bueno, ¿cuál es tu fantasía? —le preguntó, tras tomar una de las flores que adornaban la mesa—. ¿Qué estás buscando que no te diera yo? ¿Que yo no supiera?

Juliette se echó a reír. Se conocían tan poco que resultaba patético. En menos de una semana, Doug había logrado comprenderla mejor que Stuart en toda una vida.

—Gillian me preparó este viaje y creó una fantasía. Yo sólo estoy representándola.

—Implica a un hombre.

—No me puedo imaginar que puedas estar celoso, no cuando todo lo que viste en mí era un escalón para asegurarte la elección.

—Celoso no es la palabra acertada —dijo Stuart, extendiendo la mano para tocarla. Juliette dio un paso atrás para que no pudiera conseguirlo—. Hablo en serio, Juliette. Estoy muy preocupado por ti. Necesitas seleccionar mejor tus compañías y lo que dices. De otro modo, no me voy a creer que vayas a guardar silencio y, por lo tanto, no podré protegerte.

—Hasta ahora lo he hecho y tu preocupación me resulta muy halagadora, pero es innecesaria —replicó ella, apoyándose en una de las sillas—. Además, no me relaciono con nadie que pudiera ser una amenaza para ti o para tus socios.

—Si eso es cierto, ¿por qué no me dices el nombre del hombre con el que… estás ahora?

Juliette se contuvo para no mirar hacia la puerta del dormitorio. Sabía que Doug podría aparecer en cualquier momento y que, si gritaba, él estaría a su lado en un instante. Sin embargo, no quería

hacer una escena. Además, no creía que Stuart quisiera hacerle daño. Sólo necesitaba apaciguar sus temores.

—Eso no es asunto tuyo.

—Ya te he dicho que estoy preocupada por ti.

—Di más bien que te preocupa lo que yo pueda contar.

—Eso por descontado, teniendo en cuenta con quién te mueves.

—Primero me preguntas con quién estoy y ahora hablas como si lo supieras. ¿En qué quedamos? —le espetó ella, furiosa.

—Te he preguntado si quieres decirme de quién se trata. De hecho, me estaba preguntando si lo sabrías.

—Claro que lo sé —replicó ella, indignada—. Se llama Doug. No conozco su apellido.

—Yo te lo diré. Es Houston. Douglas Houston, el reportero del *Chicago Tribune* que destapó la historia al principio.

«Eso es imposible», pensó Juliette.

—Estoy segura de que lo estás confundiendo con otra persona. Se llama Doug, sí, pero es de Michigan, no de Chicago.

—Te digo que es ese periodista —afirmó Stuart—. Y, si ha estado pasando tiempo contigo para intentar sacarte algo, también es un mentiroso.

—Mira quién habla. Doug es… escritor. Lo mismo que su padre —dijo. Sin saber por qué estaba empezando a tener un mal presentimiento—. ¿O acaso me vas a decir que es también periodista?

—Efectivamente. ¿Estás satisfecha ahora?

Juliette empezó a creerle, pero no estaba nada satisfecha. La traición hizo que el desprecio por sí misma se apoderara de ella. ¿Cuándo iba a aprender? No sabía juzgar bien a los hombres. Nunca lo había sabido y nunca lo sabría.

—Vete de aquí, Stuart —susurró mientras se sentaba en la silla —. Has venido a verme y me has dicho lo que me querías decir. Doug es un reportero en el *Tribune* y es la última persona a la que yo debería revelarle mis secretos. Ahora que sé que es tan mentiroso como tú, te aseguro que no tienes nada de lo que preocuparte, ¿de acuerdo?

El rostro de Stuart se llenó de alivio. Si la situación no hubiera resultado tan patética, Juliette se habría echado a reír.

—Tienes que saber que nunca tuve intención de hacerte daño —le dijo Stuart, arrodillándose ante ella—. Éramos amigos y creo que podríamos haber sido felices.

—No tengo nada más que decir. Creo que eso debería alegrarte.

—Eres muy lista, Juliette. Siempre lo fuiste. Y quieres mucho a tu padre. En este caso, creo que esa combinación me bastará.

Con aquella amenaza implícita y, tras haber conseguido lo que

había ido a buscar, se marchó y dejó a Juliette a solas con la dolorosa verdad.

Se había enamorado de otro hombre que la había utilizado para sus propios fines. Desde que se publicó el artículo, para luego retractarse, Douglas Houston no valía nada. Gracias a ella, Doug acababa de conseguir su billete de entrada en los círculos políticos de Chicago.

Le había dado la información que necesitaba para respaldar el primer artículo y limpiar su nombre. Esa información crucificaría a Stuart y a sus socios. En cuanto a ella, acababa de convertirla en un blanco andante si alguno de ellos descubría que, no sólo podía establecer los vínculos que había entre ellos, sino que había contado todos sus secretos.

Doug observó cómo Stuart se marchaba. Con el corazón en la garganta, decidió darle a Juliette unos minutos para digerir la información que acababan de darle. Era lo menos que podía hacer.

Él necesitaba decidir cómo iba a actuar. Había sido demasiado complaciente. Se había dejado llevar por el gozo de cuando habían hecho el amor y luego había estado demasiado preocupado por la salud de su padre.

Se había distraído. Sin embargo, nunca habría esperado que Stuart Barnes se presentaría en el bungaló de Juliette. Cuando el sonido de la conversación se había filtrado desde el exterior, Doug rezó por que fuera el camarero, pero no tuvo tanta suerte. Era Stuart Barnes el que estaba hablando con Juliette.

Decidió que, si salía, Stuart podría llegar a la conclusión de que Juliette se lo había contado todo. Por eso, había preferido esperar y hablar con Juliette cuando los dos estuvieran solos. De todos modos, había estado muy atento por si tenía que intervenir para protegerla. A medida que fue escuchando la conversación, se dio cuenta de que su futuro junto a Juliette se acababa de hacer pedazos.

Lo emocionó el modo en que ella trató de defenderlo, de negar las acusaciones de Barnes. Una admirable defensa para un hombre despreciable.

Sabía que enfrentarse a Juliette sería solo el principio de un castigo que le duraría toda la vida. A pesar de todo, salió del dormitorio y se dirigió a la terraza.

—Juliette…

—Parece que no nos han presentado formalmente —replicó ella, girándose inmediatamente en la silla para mirarlo—. Lo dos ya sabemos quién soy yo —añadió ella, extendiendo una mano. Doug sintió que el alma se le caía a los pies, pero, sin saber qué hacer,

colocó su palma sobre la de ella. Era como enfrentarse a una desconocida—. Diría que me alegro de conocerle, señor Houston, pero eso sería una mentira.

—Me gustaría explicarme…

—Lo evidente no necesita explicación alguna. Al menos, eso es lo que dice siempre mi padre. Entonces, siempre nos deja explicarnos de todos modos, así que adelante —le espetó, apartando la mano.

—¿Por qué me da la sensación de que, diga lo que diga, no va a cambiar nada?

—¿Y debería hacerlo? ¿Por qué no te pongo las cosas más fáciles y te ayudo un poco? Tú tenías una historia que contar y un nombre que limpiar. Yo tenía la información. Muy sencillo.

—Si te paras a pensarlo, yo nunca te saqué esa información.

—No tuviste que hacerlo. Yo te lo puse muy fácil.

—Eso se llama compartir, Juliette. Tú misma lo dijiste. Hemos compartido el uno con el otro los acontecimientos más importantes de nuestras vidas… mi infancia y tu reciente pasado. Soy periodista, pero nunca te sonsaqué nada. ¿No quieres saber por qué?

Juliette lo estudió, pero Doug no pudo leer nada en la expresión de su rostro. El corazón le latía con furia en el pecho y decidió aferrarse a la última oportunidad que le quedaba.

—Porque te amo.

Los ojos de Juliette reflejaron fugazmente una ligera emoción, pero luego se cubrieron de lágrimas.

—Sería una estúpida si dejara que me engañaran dos veces, pero debo admitir algo.

—¿De qué se trata?

—No sólo es que tu reputación te precede, sino que deberías estar orgulloso. Eres muy bueno en tu trabajo.

Doug apretó la mandíbula. Su rostro irradiaba dolor. Había tratado de explicarse y ella no lo había escuchado, aunque no podía culparla. De hecho, Juliette tenía razón. Había hecho su trabajo demasiado bien.

—Juliette…

—Sea lo que sea lo que quieres decirme, no importa —dijo ella, volviéndose de espaldas.

Doug podía enfrentarse a la ira, a la desaprobación o a las acusaciones, pero no se trataba de nada de eso. En vez de todo eso, había recibido apatía, lo único a lo que no podía enfrentarse. Lo único que podría alejarlo de ella para siempre.

—¿Puedes marcharte? —preguntó Juliette, abrazándose, como si quisiera protegerse de él.

—Primero, quiero que comprendas algo. Vine a conseguir una

historia sobre tu ex. Nunca tuve la intención de hacerte daño. Nunca planeé utilizarte…

A pesar de sus buenas intenciones, aquello era exactamente lo que había hecho. Si hubiera pensado más allá de sus propias necesidades, se habría dado cuenta de que hacer daño a Juliette era algo inevitable.

—Me iré.

Si Juliette se merecía algo, era que se cumplieran sus deseos.

Juliette lanzó la última prenda de vestir a la maleta y la cerró. «Suéltate el pelo y sé tú misma». Aparentemente, se comportara como se comportara, tanto si era como la hija del senador, la prometida de un futuro político o como Juliette Stanton, la mujer, daba igual. Fuera como fuera, siempre terminaban utilizándola.

Cuando alguien llamó a la puerta, Juliette exhaló un suspiro de alivio. Había reservado un vuelo de regreso a Chicago aquella misma tarde y había llamado al hotel para que le enviaran a alguien para que le ayudara con el equipaje. Sin embargo, en vez de un botones, se encontró con Merrilee.

—Según me han dicho, te marchas antes de que se acabe tu estancia —dijo la mujer.

—Sí, he cambiado de planes.

—La vida raramente funciona de acuerdo con planes.

—Ni que lo digas —afirmó Juliette. Nunca había esperado enamorarse de un hombre que le hubiera mentido desde el inicio de su relación.

—¿Me creerías si te digo que lo inesperado funciona a menudo mucho mejor que cualquier cosa que se haya planeado?

—¿En estos momentos? Probablemente no…

Juliette trató de echarse a reír y, en vez de eso, se echó a llorar. Los sentimientos que había estado conteniendo en las dos últimas horas acabaron por vencerla.

Merrilee le colocó una mano en la espalda. Juliette trató de evitar que se preocupara e intentó dejar de llorar, pero no lo consiguió. Lo único que pudo hacer fue revivir todo lo que había pasado en los últimos días y contárselo a Merrilee.

—Me siento ridícula —susurró la joven mientras se enjugaba las lágrimas con un pañuelo.

—No sé por qué. Todos hemos pasado nuestros malos momentos, pero, ¿por qué estás tan segura de que Doug no era sincero en lo que te dijo? «Te amo» no es algo que un hombre diga fácilmente.

—Lo es en mi experiencia.

—¿Hablas por tu ex novio?

—Sí. Cada vez que Stuart me decía esas mismas palabras era sólo para asegurarse de que sería parte de la familia y que seguiría gozando del favor de mi padre.

—¿Y Doug? Admito que sé sólo lo que veo, pero parece quererte de verdad.

—Él también quería algo de mí.

—Que consiguió. Y que todavía tiene que utilizar.

—«Todavía» es la palabra clave.

—Mira, te aseguro que hay muchas formas de contar una historia. ¿Quieres mi consejo?

Juliette asintió. Como su hermana y sus padres estaban demasiado lejos como para poder ayudarla, estaba dispuesta a aceptar el consejo que aquella amable mujer quisiera darle.

—Mantén una mente abierta y, mucho más importante, abre el corazón. ¿Estás segura de que no te puedo persuadir para que te quedes más tiempo?

—No. A pesar de lo hermoso que pueda resultar este lugar, necesito irme a mi casa. Llevo ocultando algunas cosas mucho tiempo y necesito hacer algo al respecto.

—Bueno, espero que el tiempo te ayude a recordar tu estancia aquí con cariño.

—Aunque no te lo creas, Merrilee, ya es así.

Al menos había aprendido mucho sobre sí misma y sobre su habilidad para poder abrirse a los demás y para confiar en sí misma.

Había algo que la atribulaba. Si Doug era tan negativo para ella, entonces, ¿por qué no podía olvidar el dolor que había visto en sus ojos ni sus palabras? «Nunca tuve intención de hacerte daño. Nunca quise utilizarte…»

«Te amo». Aquello era lo último que le había dicho después de que sus mentiras salieran a la luz. Mucho después de que él se hubiera marchado, dejándola sola tal y como ella había pedido, Juliette había revivido cada momento que habían pasado juntos en la isla. Cada caricia, cada beso, cada conversación íntima…

No había duda de que Doug había acudido a Fantasía secreta con un plan, pero, ¿sería posible que sus sentimientos hubieran alterado sus planes? Eso era preciosamente lo que le había ocurrido a ella.

—¿Merrilee? —dijo, cuando la otra mujer estaba a punto de marcharse.

—¿Sí?

—¿Te lamentas de algo en esta vida?

—Sí. De no haber podido seguir los dictados de mi corazón.

Mucho después de que Merrilee se marchara, aquellas palabras siguieron resonando en sus oídos. «Te amo…» Dios sabía que, a

pesar de sus mentiras, Juliette estaba enamorada de Doug. Sin embargo, la habían engañado dos veces y las dos tan recientemente que todavía tenía cicatrices que mostraban sus errores. ¿Cómo podía pensar ni siquiera en confiar en las palabras de un hombre cuyos labios y cuyos ojos ya la habían engañado?

Capítulo 10

Si volar desde Fantasía secreta hasta Miami, desde Miami hasta Chicago y desde Chicago hasta Washington DC en cuarenta ocho horas era suficiente para demostrar su amor, Doug ya debería tener a Juliette entre sus brazos. Desgraciadamente, ella le había tomado la delantera y había adquirido el último asiento del vuelo a Miami cuando salió de Fantasía secreta. Después de horas de espera en los aeropuertos y de poco sueño, Doug se preparó para enfrentarse primero con la secretaria del senador Stanton y luego con el propio senador.

De hecho, su viaje acababa de empezar. Cuando estuvo de pie delante del padre de Juliette, comprendió lo difícil que iba a resultarle aquella visita.

El senador Stanton se puso de pie desde detrás de su escritorio.

—Ni siquiera debería recibirlo —dijo el hombre, que guardaba un extraordinario parecido, a pesar de la edad y las canas, con su hija.

—Supongo que eso significa que ya ha hablado con su hija.

—Lo suficiente como para saber que ha estado muy ocupado.

—No tanto como podría haberlo estado si me hubiera pasado las últimas cuarenta y ocho horas escribiendo mi artículo en vez de venir a verlo.

—En ese caso, estoy seguro de que tiene algo importante que decirme —comentó el senador, indicándole que se sentara y tomando también asiento—. No me dirá que ha hecho un viaje tan largo sólo para advertirme de lo que se va a publicar. Los periodistas no suelen tener tales cortesías.

—Especialmente, los que han hecho sufrir a una mujer inocente, ¿verdad?

—*Touché*. Y le recuerdo que son sus palabras, no las mías, aunque creo que en este caso van perfectamente.

—Señor, tengo una idea que evitará que el nombre de su hija vuelva a salir en los periódicos, al menos en el que yo trabajo. No puedo controlar lo que los otros publican, pero efectivamente puedo controlar lo que yo escribo.

—¿Y por qué iba a estar dispuesto a hacer eso?

—Porque la amo —respondió Doug sin vacilar.

El corazón le latía a toda velocidad en el pecho. Se había dado cuenta de lo mucho que la quería. Sólo conocerla le había ayudado

a convertirse en un hombre mejor. Si conseguía que ella lo perdonara, sería como alcanzar el paraíso.

Era consciente de que en aquellos momentos estaba delante de su padre y que este la defendería contra viento y marea. Sin embargo, confiaba en la reputación del senador y en su comprensión.

—Asumiendo que le creo, algo sobre lo que me reservo mi opinión, no espere que yo lo apoye en nada. Juliette se merece ser capaz de tomar sus propias decisiones, especialmente en lo que se refiere al daño que le ha hecho, aunque proclame que la ama.

—Por supuesto. No esperaría que fuera de otro modo. Además, como escritor, debo dejar que sean mis palabras las que hablen por mí.

Mejor dicho, las palabras que omitiría en su artículo serían las que hablarían por él. Si todo salía como estaba planeado, podría sacar a la luz aquel asunto sin mencionar el nombre de Juliette Stanton.

—Tendrá que utilizar más que palabras para hacer que mi hija cambie de opinión sobre usted.

—¿Puedo añadir algo, señor? —le preguntó. El senador asintió —. Yo no me atrevería a pedirle nada, excepto su aprobación, si puedo conseguir que su hija cambie de opinión sobre mí.

—Acabo de conocer la turbadora verdad sobre mi protegido. Entonces, me enteré del papel que usted había jugado en este asunto… ¿Sabe una cosa? Creo que en otra situación podría haber sentido simpatía por usted.

Al oír aquellas palabras, Doug sonrió. Se sentía mucho más optimista de lo que había estado desde que Juliette se marchó de Fantasía secreta.

—Déme diez minutos. Tal vez todavía podamos conseguir que sea así.

—Mmm, esto es delicioso. No sé el tiempo que hace que no me tomo un pastelillo tan delicioso como éste…

—¿Podría ser una semana? —le preguntó Gillian, riendo—. ¿Es que no has comido en esa isla?

Juliette masticó el pastelillo, que era de crema de queso. Su padre había regresado a casa para el fin de semana y el domingo estaba desayunando con sus mujeres. Habían pasado cuatro días desde que Juliette había regresado de la isla y, desde entonces, no había tenido noticia alguna de Doug.

Eso no significaba que la historia de la *Novia a la fuga* se hubiera olvidado. Los periodistas seguían acosándola en su casa y la seguían a todas partes. Aquella vez se preguntaban por qué había

desaparecido durante unos pocos días. Habían logrado rastrearla hasta el sur de Miami, pero, aparentemente, Merrilee se había ocupado muy bien de todo a partir de ese punto. A pesar de todo, Juliette era consciente de que sólo era cuestión de tiempo que todo saliera a la luz. Sin embargo, al menos entre su familia, a las ocho de la mañana de aquel día, todo seguía saliendo bien.

—La isla era muy diferente. Había muchos tipos de dulces… —dijo Juliette. Y besos, muchos besos, dulces, deliciosos e intensos…

—Y zumo de naranja de Florida, seguro —dijo Annabelle Stanton—. Creo que ya va siendo hora de que nos tomemos unas vacaciones, ¿no te parece, Len?

—Muy pronto, querida —prometió el senador, agarrando la mano de su esposa.

Juliette observó el amor que había entre sus padres y sintió que su corazón estaba a punto de rompérsele. Aquello era precisamente lo que ella más deseaba, lo que quería para Doug y para ella. No importaba que hiciera muy poco tiempo que se conocieran. Presentía que había demasiada fuerza entre ellos como para que la relación prosperara. Sin embargo, no había contado con las mentiras…

—No me mientas, Len —dijo su madre, riendo. Juliette no pudo evitar sentirse algo extraña ante tan extraordinaria coincidencia—. Ya sabes que siempre que planeamos un viaje, te surge algo que te obliga a quedarte en Washington. No creas que no me conozco ya la rutina. Siempre me dices lo que quiero escuchar y me escondes el resto para que no me sienta desilusionada. Al menos, ya va quedando poco para la jubilación —añadió—. Chicas, ¿os parece que si podemos hacer que vuestro padre esté entretenido no echará de menos Washington?

Mientras Gillian y su madre empezaban a recitar actividades que se podrían realizar cuando llegara ese momento, el senador se inclinó sobre su hija.

—Con una semana que pase en casa me estaré subiendo por las paredes —susurró.

—Sobrevivirás —comentó Juliette, riendo—. Hay muchas cosas buenas que se pueden realizar fuera del Senado.

—Ésa es mi niña. Siempre preocupada por hacer bien las cosas. Si no me equivoco, fue así como acabaste comprometida con Stuart… Tal vez vaya siendo hora de que tomes el camino que es menos correcto políticamente.

—Ya te lo he dicho. Intenté hacerlo y me hicieron daño de todos modos.

Juliette había ido directamente desde el aeropuerto a casa de sus padres, porque él se iba a marchar a Washington por la mañana y lo

que tenía que decirle no podía esperar.

Sus padres y ella habían hablado largo rato. Juliette había estado llorando y liberándose de sus penas, como solía hacer cuando era pequeña. El senador se había sentido muy desilusionado por lo que Juliette le dijo sobre Stuart, aunque comprendía plenamente que hubiera cancelado la boda. Lo único que lamentó fue que Juliette no hubiera hablado antes con él. Su padre, de todos modos, le había prometido no hacer nada hasta que considerara la situación muy cuidadosamente y hasta que ideara un modo de proteger a todos los que podrían verse dañados por aquella información. Sin embargo, sabía que Doug conocía toda la historia y que el tiempo podría jugar en su contra en aquel sentido.

Juliette se preguntaba qué era lo que había pasado durante el fin de semana, pero deseaba disfrutar simplemente de un desayuno familiar normal y no quería preguntarlo en aquellos momentos. La realidad se manifestaría muy pronto.

—Juliette…

—Lo siento, estaba distraída —dijo la joven. No se había dado cuenta de que su padre había seguido hablando con ella.

—Ha sido ese hombre el que te ha herido.

—Ese hombre tiene nombre, papá —dijo Juliette, levantando la mirada para mirar a su padre. Se sorprendió al ver que estaba sonriendo—. Por cierto, no sé qué es lo que resulta tan gracioso.

—Que te afecta, cariño. Y no es divertido. Es muy serio.

—¡Qué me vas a decir a mí!

Todo lo que estaba relacionado con Doug le afectaba. Sus caricias, sus besos, el modo en que habían yacido en la cama, completamente desnudos, el modo en que sus corazones latían al unísono, como si fueran uno solo… En realidad, los buenos recuerdos eran lo que más le afectaban y lo que le impedía a veces creer que todo hubiera sido una mentira.

—A mí me parece que los dos tenéis un asunto sin terminar —afirmó el senador.

—¿Qué puede haber sin terminar en el hecho de que fue a la isla mintiendo o en los extremos a los que fue capaz de llegar para conseguir su historia?

—Eso es algo que sólo tú puedes saber —concluyó su padre, encogiéndose de hombros—. O si lo que os dijisteis es más importante que lo que no se dijo.

«Te amo», le había dicho Doug. Y ella había permanecido en silencio. «Hemos compartido las cosas más importantes de nuestras vidas, mi infancia y tú pasado reciente». Y ella se había burlado de él.

—¿Qué es lo que has aprendido de vuestra madre y de nuestra

relación? ¿Qué es lo más importante que os hemos enseñado, hijas? —les preguntó el senador.

—Que siguiéramos lo que nos dictaba el corazón —dijo Juliette, en nombre de su hermana y en el suyo.

—¿Y lo has hecho? ¿Con ese tipo de la universidad? ¿Con Stuart? ¿Seguiste lo que dictaba el corazón en esos casos o más bien lo que creías que tu madre y yo queríamos para ti?

Los dos sabían perfectamente que aquella pregunta era retórica. Con Stuart sólo había cumplido su deber como hija, pero con Doug… Recordó las palabras que Merrilee le había dicho antes de marcharse. La mujer sólo lamentaba no haber tenido la oportunidad de seguir lo que le dictaba el corazón.

Juliette se echó a temblar. Con Doug, había seguido lo que le decía el corazón. Gracias a él, había podido relajarse y ser ella misma. La había ayudado a superar su fobia a las tormentas… Recordó que a Doug le había abierto las puertas de su corazón.

Y lo había dejado marchar. ¿De verdad quería mirar el pasado, al cabo de los años, y darse cuenta de que había dejado pasar la oportunidad de poder seguir su corazón? Se preguntó, entre temblores cada vez más fuertes, si sería demasiado tarde…

—Quiero echar un vistazo al periódico —dijo su padre. Como buen político, sabía cómo retirarse.

—Yo te lo traeré, papá —dijo ella.

Cuando llegó al lugar en el que estaba el periódico, lo primero que vio fue el titular del artículo de Doug, claro y directo: Retractación anulada. Por fin se revelan los trapos sucios de un congresista.

Juliette sintió que el estómago le daba un vuelco al ver la fotografía y el nombre de Doug. En el cuerpo del artículo había otra fotografía, la de Stuart con el congresista Haywood.

A pesar de que la fotografía de Doug estaba en blanco y negro y en ella presentaba un aspecto más conservador de lo que ella había conocido, le recordó la profundidad de los sentimientos que tenía por él. Si antes había creído que lo echaba de menos, al ver aquella fotografía el dolor de su corazón se hizo casi insoportable. Además, el problema sería no sólo enfrentarse a la fotografía, sino al artículo. Evidentemente, había utilizado la información que ella había compartido con él…

Sus padres le habían dicho que siguiera siempre lo que le dictaba el corazón. Y el suyo se negaba a olvidarse de Doug a pesar de la prueba irrefutable que tenía en las manos.

Al mirar por encima del hombro, para buscar el apoyo de su padre, vio que él estaba conversando con su hermana. En realidad, sabía que no necesitaba su consejo. Si realmente amaba a Doug,

tenía que creer en él, en las últimas palabras que le había dicho en la isla…

Rápidamente, se volvió y entregó el periódico a su padre.

—¿No quieres leerlo? —le preguntó él.

—No —respondió Juliette—, tengo todas las respuestas que necesito aquí dentro —añadió, golpeándose el pecho.

Al oír aquellas palabras, su padre se levantó y le dio un abrazo.

—Has tomado esa decisión con tu corazón. Y creo que es la correcta. Cuando leas ese artículo, estoy seguro de que volverás a enamorarte de él.

Juliette le devolvió el abrazo y luego salió corriendo hacia la puerta.

—¿Adonde vas? —le preguntó Gillian.

—A divertirme bajo la lluvia…

Sería un nuevo ejercicio para superar sus temores. Esperaba que Doug estuviera dispuesto a darle otra lección.

No se dio cuenta de que no sabía dónde vivía hasta que no se metió en el coche. Aunque sabía dónde estaban las oficinas del periódico, sabía que había una posibilidad muy pequeña de que todavía siguiera en la redacción a aquellas horas en un domingo. Sin embargo, no lo dudó.

Arrancó el coche y fue al centro de la ciudad. Aparcó el coche a una manzana de las oficinas del periódico y se quedó allí sentada, sin saber qué hacer.

Con el corazón a punto de salírsele del pecho, tomó su teléfono móvil y llamó a Información. Por supuesto, el número de Doug no aparecía en la guía. Entonces, se le ocurrió su única posibilidad: llamar a Merrilee.

Tal y como había planeado, a Doug le habían devuelto su puesto y, además, su padre había salido del hospital y se recuperaba favorablemente.

Entonces, ¿por qué se sentía Doug tan deprimido? Sacó el periódico de su buzón y, al llegar a casa, lo tiró sobre la encimera de la cocina. Los acontecimientos de los últimos días habían culminado en el artículo más importante de su carrera, gracias, en gran parte, al padre de Juliette.

A sugerencia de Doug, el senador Stanton se había dirigido a Stuart Barnes y le había convencido para que se entregara. Le había hecho comprender que el respeto por uno mismo es mucho más importante que un escaño en el Senado y que podría corregir lo que hubiera hecho con Haywood y sus socios. A cambio, el senador le había prometido apoyarlo incondicionalmente a lo largo del proceso. El joven había ido a la policía y, con la ayuda de un

abogado, conseguiría que se le redujera considerablemente la sentencia si colaboraba.

El artículo de Doug era una exclusiva en la que se defendía el primer artículo que había publicado y revelaba los trapicheos de Barnes y Haywood y su relación con la Mafia sin mencionar el nombre de Juliette Stanton.

Por supuesto, la razón por la que había dejado a Stuart plantado en el altar se leía entre líneas, pero Doug no había querido dejarse llevar por el sensacionalismo de la *Novia a la fuga*. Había sacrificado aquella parte para proteger a la mujer que amaba. ¿Cuándo había sacrificado Doug Houston detalles de una historia antes? Nunca. Sin embargo, se sentía muy bien por lo que había hecho. Le parecía que el hecho de que fuera más sensible se lo debía a Juliette, por lo que, con el resto de los detalles de su artículo, debería haberse dado por satisfecho.

Pero lo único que le quedaba era un profundo sentimiento de soledad y de frustración. Para un hombre que siempre había estado solo, aquello no debería importarle, pero sabía que elegir estar solo y verse obligado a ello eran dos cosas muy diferentes.

Como necesitaba tomar un poco de aire fresco, decidió irse a dar un paseo, a pesar de que estuviera lloviendo. A pesar de que Chicago no tenía nada que ver con Fantasía secreta, los recuerdos lo inundaron una y otra vez.

Recordó la fantasía que había inventado para que lo emparejaran con Juliette. A pesar de basarse en algo cierto, como había sido el hecho de que hubiera utilizado a Erin para sus aspiraciones profesionales, no había podido evitar cometer errores. Había usado a Juliette del mismo modo en que lo había hecho con Erin, sólo que, aquella vez, también él había sufrido. Se había enamorado y había perdido a la mujer que tanto quería. Se lo merecía.

La mayor ironía de todo aquello era que había conseguido realizar su fantasía. Aquella mentira le había hecho ser más humano, aunque reconocía sus errores y sabía que lo que le deparara el futuro ya no dependía de él. Si quería hacerlo, Juliette sabría muy bien dónde encontrarlo…

En aquel momento recordó que no le había dado su dirección. Tras lanzar una maldición, decidió volver corriendo a su casa, más mojado que antes, pero sin haber conseguido ninguna solución.

Sin embargo, a medida que se acercaba a su casa, vio una hermosa mata de cabello rojizo entre las brumas de la gran ciudad. Entonces, no pudo evitar preguntarse si hasta los canallas como él merecían una segunda oportunidad.

De repente, todo le pareció un sueño y aminoró la marcha. No

obstante, cuando Juliette extendió la mano y él la tocó, comprendió que todo era real.

—Hola.

—Hola —dijo ella, con la sonrisa que tanto había echado de menos durante aquellos días.

—Veo que estás sentada bajo la lluvia. ¿Es que ya has superado tu miedo a las tormentas?

—Ese miedo se ha visto reemplazado por recuerdos más agradables.

Seguían de la mano, mirándose a los ojos.

—¿Llevas esperando mucho tiempo?

—Toda mi vida —respondió Juliette.

Al oír aquello, Doug abrió la puerta del portal, hizo que ella se levantara y la hizo entrar. Una vez estuvieron a cubierto, él la tomó entre sus brazos. Se besaron de un modo tan apasionado e intenso, que a Doug no le quedó duda alguna de que los sentimientos de Juliette eran tan poderosos como los suyos.

—Te he echado de menos…

—Lo mismo digo —susurró él, agarrándola con fuerza por la cintura—. Sé que tenemos muchas cosas que arreglar.

—Mmm… Muchas cosas… pero nada que no pueda esperar.

—Me alegro de que podamos esperar para hablar —musitó Doug, apretándose contra ella con fuerza—, pero espero que no lo hagamos para otras…

—No soy yo la que está perdiendo el tiempo hablando.

No. Efectivamente, ella ya le había colocado las manos en la pretina del pantalón y había agarrado con fuerza su sexo. Doug comprendió que tenía razón. Ya tendrían tiempo para hablar.

—Te echo una carrera al sofá —dijo él, entre risas, tras abrir la puerta de su apartamento.

—Estaba esperando que dijeras eso…

Juliette fue más rápida y, tras colársele por debajo del brazo, fue quitándose la ropa por el camino. Entonces, se tiró corriendo sobre el sofá. Doug hizo lo mismo y, enseguida, se tumbó encima de ella. A continuación, le subió los brazos sobre la cabeza y entrelazó sus dedos con los de ella.

—No tengo preservativos.

—Para mí no es un problema, ¿y para ti?

Doug oyó el desafío que había en aquellas palabras. En el pasado, se había sentido atrapado, pero con Juliette no.

—No pareces estar muy preocupada al respecto.

—¿Y por qué iba a estarlo? —le preguntó ella mientras separaba las piernas en una invitación que Doug comprendió enseguida—. Una noche, estaba dormida en la isla. Estábamos juntos y podría

haber jurado que tú me habías dicho algo muy importante. Luego, volviste a repetirlo, y aunque estaba despierta, no quería escuchar. Si lo decías de corazón, me gustaría que me lo repitieras.

Doug notó el temblor que había en su voz y la ansiedad de volver a sufrir de nuevo si estaba equivocada. Sin embargo, él sabía perfectamente que nunca más volvería a herirla.

Bajó la mano y deslizó los dedos entre su sedosa y cálida humedad. Juliette suspiró, pero no dejó de mirarlo nunca, sino que parecía implorar una respuesta con los ojos.

—Nunca más volverá a haber preguntas ni inseguridades entre nosotros, Juliette. Nunca más. Te amo —susurró, colocándose completamente encima de ella y penetrándola con un solo movimiento.

Al sentir cómo los músculos de Juliette se contraían a su alrededor, sintió que las palabras le salían no solo de la garganta sino del corazón. Ella sintió la excitación muy rápidamente. Con cada movimiento de Doug se creaba una oleada de placer más fuerte que la anterior. Mucho después de que la satisfacción física hubiera acabado, las palabras de Doug permanecían alojadas en su corazón.

Él tomó una manta del brazo del sofá y los cubrió a ambos, mientras ella se acurrucaba contra su cuerpo.

—Tienes que saber que te amo.

—Más o menos me lo había figurado cuando perdiste la última prenda de ropa de camino hacia el sofá —dijo él, riendo—. Lo que no entiendo es cómo puedo tener tanta suerte después de lo que hice. Ese artículo debe de ser mucho mejor de lo que yo me imaginaba.

—No lo he leído —confesó Juliette mientras se colocaba encima de él.

—Entonces, ¿qué te hizo cambiar de opinión sobre mí? —preguntó Doug, muy sorprendido.

—Tú. Tú dijiste que me amabas cuando ya no tenías nada más que ganar. Debería haberme dado cuenta de eso mucho antes.

—Te utilicé.

—Fuiste a Fantasía secreta en busca de una historia, pero no te marchaste en el momento en que la conseguiste. ¿Hay algo más que quieras saber?

—Bueno, me gustaría decirte que mi fantasía era una mentira, pero sólo al principio…

—¿Y después?

—Quería anteponer tus necesidades a las mías y quería ayudarte a curar tus heridas. En vez de eso, repetí errores del pasado y te hice aún más daño.

—¡Oh, Doug! El hecho de que me ames no me ha hecho daño. ¿Quién no ha cometido errores alguna vez? Yo los cometí cuando seguí un plan inexistente, que yo pensé que mis padres tenían para mi vida. Lo único bueno fue que me condujo a ti. ¡Ah! Esa fantasía tuya, eso de anteponer mis necesidades a las tuyas y de hacer que mis sueños se hagan realidad… ¿te he mencionado que me gustaría que siguieras con ella los próximos cincuenta o sesenta años?

—¿Me estás pidiendo que me case contigo? —preguntó él, riendo de felicidad.

—Por supuesto, dado que podrías haberme dejado embarazada —replicó ella, sonriendo.

—Bueno, yo nunca podría rechazar una petición como ésa, especialmente de una mujer que me acepta tal y como soy.

—En eso tienes razón. Por cierto, ¿cómo está tu padre?

—En casa, listo para conocer a la mujer que me ha vuelto del revés y de arriba abajo y que me ha hecho volverme inhumano en los pocos días que he estado sin ella.

—¡Vaya! Parece que alguien me ha echado de menos…

—No tienes ni idea de cuánto, pero, ¿eres consciente de que ni siquiera sabes si aprieto el tubo de pasta de dientes por arriba o por abajo? —bromeó él.

—¿Estás tratando de asustarme?

—No, creo que para eso haría falta mucho más que mis hábitos, gracias a Dios —susurró, besándola dulcemente.

—Tenemos mucho que descubrir el uno sobre el otro —musitó ella, deslizando las manos hacia abajo para explorar el cuerpo que tanto adoraba.

—Y tenemos una vida para aprender —murmuró él mientras recibía con agrado sus caricias.

—Estoy dispuesta.

—Me alegro, pero, ¿no crees que deberías leer ese artículo? En él, no menciono nada sobre ti. Sólo la sabiduría de tu padre.

Su padre… Recordó que le había dicho que, cuando leyera el artículo, volvería a enamorarse de Doug. En aquel momento, había creído que estaba aplaudiendo su valor por ir detrás del hombre que amaba. Acababa de comprender que su padre había tenido mucho que ver en que se solucionaran las cosas…

—¿Juliette?

Vio el temor que había en los ojos de Doug, pero él no tenía nada que demostrarle. Esperaba que comprendiera lo mucho que confiaba en él, ya que lo había hecho antes de leer el artículo.

—Ya sé muy bien que tengo un hombre muy inteligente a mi lado para que el que siempre soy la primera.

El corazón de Doug se llenó de amor y satisfacción. Había

encontrado a su media naranja, una mujer que tenía una fe completa en él. Tendría que asegurarse de, en lo sucesivo, no defraudarla nunca.

—Te prometo leer ese artículo.

Inmediatamente, sus actos superaron a sus palabras. Empezó a hacer girar de un modo muy erótico las caderas, a arquear la espalda, atormentándolo con una irresistible invitación que él no pensaba rechazar y que aceptó repitiendo sus movimientos.

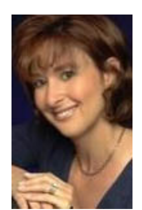
—Mmm, creo que tendré que dejar la lectura para más tarde —ronroneó ella.

—Para mucho, mucho más tarde…



RESEÑA BIBLIOGRÁFICA

Carly Phillips



Carly Phillips inicio su carrera como escritora en 1999, desde entonces ha publicado más de 20 novelas, que han estado entre las más vendidas en las listas más conocidas de Estados Unidos. Actualmente publica en dos sellos, Harlequín y Warner.

Carly vive en Purchase, New York con su marido, sus dos hijas pequeñas y un juguetón Wheaton Terrier.

Su pasatiempo favorito es leer, le gusta escuchar opera y le encanta recibir correos de sus lectoras, ya sea por mail o por correo normal. También se confiesa adicta a la televisión, especialmente a las telenovelas y acostumbra a tenerla puesta incluso mientras trabaja. Pero no todo es "diversión" en la vida de Carly, cuando no se encuentra escribiendo, colabora activamente con varias asociaciones benéficas.

Fantasía secreta

El futuro profesional del reportero Doug Houston tenía un aspecto tenebroso. Después de informar sobre una noticia que está siendo cuestionada y rectificada por el protagonista principal de la historia, se da cuenta que la única forma de limpiar su integridad profesional es dar con la persona que jugó un papel importante en esa historia, la novia del senador, la cual, según sus informes, lo dejó plantado. Sólo ella puede confirmar la historia que Doug había escrito y nadie creía. Lo único que tenía que hacer era convencerla para que colaborara… aunque para ello tuviera que hacer realidad alguna de sus fantasías…

Serie Multiautor Fantasías Inc.

1. Seductive fantasy (2001) / Fantasía de seducción (2002) - Janelle Denison
2. Secret fantasy (2001) / Fantasía secreta (2002) - Carly Phillips
3. Intimate fantasy (2001) / Fantasía íntima (2002) - Julie Kenner
4. Wild fantasy (2001) / Fantasía salvaje (2002) - Janelle Denison

* * *